

LANZAROTE:
el papel
de la
crisis

Gallego & Rey
Máximo
Peridis
El Roto

LANZAROTE:
el papel
de la
crisis

LANZAROTE: el papel de la crisis

27 octubre 2000 - 7 enero 2001

Gallego & Rey
Máximo
Peridis
El Roto



FUNDACIÓN CÉSAR MANRIQUE

PRESIDENTA DE HONOR

S. M. La Reina Doña Sofía

PATRONATO

Presidente

José Juan Ramírez Marrero

Vicepresidente

Esteban Armas Matallana

Secretario

Leopoldo Díaz Bethencourt

Vicesecretario

Francisco Gómez Ruiz

Patrono Fundador

Antonio López Suárez

Patronos

Juan Alfredo Amigó Bethencourt

Marcos Guimerá Ravina

Carlos Matallana Manrique

Luis Morales Padrón

José Luis Olcina Alemany

Mario Alberto Perdomo Aparicio

EQUIPO EJECUTIVO

Presidente

José Juan Ramírez Marrero

Director Actividades Fundacionales

Fernando Gómez Aguilera

Jefa Administración y Recursos Humanos

Montse Suárez González

Departamento de Conservación

Fernando Ruiz Gordillo

Bisi Quevedo Portillo

Bianca Visser

Departamento Pedagógico

Alfredo Díaz Gutiérrez

Departamento de Medio Ambiente

Idoya Cabrera Delgado

Archivo y Biblioteca

Irene Gómez Fábregas

Servicios Técnicos

Manuel Espino Falcón

EXPOSICIÓN

Proyecto

Fernando Gómez Aguilera

Coordinación

Departamento de Conservación

Producción

Fundación César Manrique

Diseño Gráfico

Alberto Corazón

CATÁLOGO

Diseño

Alberto Corazón

Coordinación

Fundación César Manrique

Dibujos

Gallego & Rey

Máximo

Peridis

El Roto

Textos

Federico Aguilera Klink

Joan Buades

Roque Calero

Antonio Estevan

Fernando Gómez Aguilera

Francisco Jarauta

Antonio Machado

José María Mendiluce

José Manuel Naredo

Ezequiel Navío

Juan Antonio Ramírez

Enric Tello

Alfonso del Val

Florencio Zoido

Fotografías

Pedro Albornoz

Traducción

Hilary Dyke

Fotomecánica

Lucam

Impresión

Cromoimagen, S.A.

Encuadernación

Méndez

I.S.B.N.: 84-88550-35-9

Depósito Legal: M-41176-2000

© de los textos: sus autores

© del catálogo: Fundación César Manrique

Taro de Tahiche. 35509 Tegui

Tfno: 928 843138

Fax: 928 843463

Lanzarote. Islas Canarias

La **Fundación César Manrique**
agradece la colaboración de
Gallego & Rey, Máximo, Peridis, El Roto, así como de
*los autores de los textos sin cuya generosidad y
apoyo no hubiera sido posible esta exposición.*

Índice

Presentación	11
Textos críticos	
Entre dioses y caníbales: crónica de un festín Fernando Gómez Aguilera <i>Director de Actividades Fundacionales de la FCM</i>	15
¡Más turismo, que es la guerra! Federico Aguilera Klink	43
Para vivir aquí Joan Buades	49
Crisis energética: nuevas oportunidades para Lanzarote Roque Calero	55
La Variante de Guatiza: que la cobren, pero que no la hagan Antonio Estevan	61
Por qué no Lanzarote Francisco Jarauta	67
Biodiversidad y desarrollo Antonio Machado	71
La isla del tesoro José María Mendiluce	77
Por una economía al servicio de Lanzarote José Manuel Naredo	81
Lanzarote, la gran parodia Ezequiel Navío	87
Ecología arquitectónica y obra de arte integral Juan Antonio Ramírez	93
¿Viraje a la sostenibilidad? Lo importante es participar Enric Tello	97
Lanzarote: un bello portaaviones de lujo escorado por su carga contaminante Alfonso del Val	103
Territorio y paisaje Florencio Zoido	109

Dibujos	
Gallego & Rey	117
Máximo	127
Peridis	137
El Roto	147
Biografías dibujantes	157
Versión inglesa	167

Desde el comienzo de su andadura en 1992, la FCM ha ido incrementando paulatinamente su atención a diversas cuestiones relacionadas con la conservación de los equilibrios ambientales y territoriales de Lanzarote.

La difícil situación que viene atravesando la Isla en estos últimos años, caracterizada por un ciclo económico expansivo y acelerado que ha incidido notablemente en la construcción de camas turísticas y en la ampliación de las infraestructuras, al tiempo que se han producido importantes desajustes en los indicadores demográficos, consumo de energías y recursos naturales, producción de residuos y servicios públicos, entre otros, contextualiza la cada vez más activa participación de la FCM en la búsqueda de soluciones a los problemas ambientales y culturales que tiene planteados la comunidad donde se inserta.

El análisis de la situación sobrevenida ha conducido a la FCM a proponer la revisión crítica del modelo de desarrollo de Lanzarote, promoviendo, a través de una campaña pública de sensibilización ciudadana y de otras iniciativas técnicas, la implantación de una moratoria estricta que frene la construcción de alojamientos turísticos y tome el crecimiento cero como referencia para redefinir los patrones de desarrollo futuro. Una posición que la FCM fija en el Manifiesto por la sostenibilidad de Lanzarote, elaborado por la institución y suscrito por importantes personalidades del mundo de la cultura, la ciencia y la universidad.

Con la exposición Lanzarote: el papel de la crisis, la FCM pretende seguir contribuyendo a la necesaria reflexión sobre la situación actual de la Isla al tiempo que reitera su voluntad de servicio a la comunidad. A través de los

dibujos de cuatro de los más importantes humoristas gráficos de nuestro país, Gallego & Rey, Máximo, Peridis y El Roto, la muestra ofrece diversos emblemas visuales, de gran rotundidad y eficacia, sobre varios aspectos conflictivos de la realidad insular.

La exposición se complementa con un catálogo en el que se recogen, junto a los dibujos de los humoristas gráficos, trece textos de otros tantos especialistas de prestigio reconocido en distintos ámbitos del conocimiento, en los que se abordan de manera crítica diferentes elementos del sistema insular así como su relación con los problemas globales que tiene planteado el planeta.

Quiero expresar mi gratitud a todos los que han hecho posible este proyecto, muy especialmente a Gallego & Rey, Máximo, Peridis y El Roto, y a todos los expertos que colaboran en el catálogo.

José Juan Ramírez
Presidente

TEXTOS CRÍTICOS

ENTRE DIOSSES Y CANÍBALES: CRÓNICA DE UN FESTÍN

Fernando Gómez Aguilera

Director de Actividades Fundacionales de la FCM

*A César Manrique,
origen de la luz,
memoria de la resistencia.*

I. Como la llama de una vela

Las islas también se acaban. Cuando cesa su resplandor, las islas se extinguen como la llama de una vela: dejan de ser el destino de la luz que desde el principio las nombró. Un denso y áspero tejido de sombra y de fatiga envuelve y devora el frágil palpito de su corazón. Y, entonces, en ellas, ni la caída de la tarde ni la vida del hombre que las respira ni el pulso del mar o el temblor de la memoria se salvan. La extinción de su ser lo arrastra todo. Extienden los días una cortina de confusa oscuridad sobre la piel muerta del cuerpo inerte de las islas devoradas. Vivir se convierte en una metáfora cabizbaja de la vida. Mientras, los hombres murmuran lamiéndose la herida, entre la lujuria de príncipes y mercaderes, a quienes se acercan a pedirles monedas y aquiescencia para que el recuerdo de lo que fueron en la isla al menos pueda guardarse en el perfume melancólico del

papel escrito. Es el reino de las sombras, el retorno a la caverna del origen. Sombras, ríos de sombras.

¿Por qué se acaban las islas? ¿Qué rachas extinguen las islas? ¿En qué penumbra se envuelven hasta desfigurar su rostro, su tronco y extremidades, sus vísceras delicadas? ¿Quién las sacrifica? ¿Adónde van las islas extintas? ¿Sólo lo saben las islas o también los hombres sabemos algo de su deriva?

Según se alcanza la Isla, se oye un sonido incierto, o, más precisamente, si se coloca el oído a la altura de los ojos, quienquiera que sea el atento advierte con prontitud que algo se oye a las claras. No se trata del sonido de la luz, por más que creamos haber llegado al destino de la luz, pues es sabido que el de la luz es un sonido muy callado, intravenoso, que se filtra por el resto de los sentidos antes de hacerse audible. Estamos, ciertamente, por lo que se percibe, ante el sonido de un cuerpo hermoso que cede al empuje de las grietas. Una suerte de lienzo vivo que se craquel a instancias de un brusco cambio climático, cuya energía dilata la materia apresada entre los bordes del bastidor. El sonido de una quiebra. Un cuerpo que, previo a la desarticulación de sus miembros, comienza a sufrir la erosión de las grietas. El sonido de una isla que se rompe. Y el murmullo de los hombres y mujeres que respiran entre las grietas, que provocan las grietas, que consienten las grietas a la sombra de la indolencia o que las denuncian y proponen abrir nuevas ventanas sobre el horizonte para que el destino de la luz nunca se acabe. Lanzarote.



Lanzarote. 2000

II. Aquella historia, esta historia: la misma historia

Nada que sea nuevo. Si la segunda mitad de la década de los ochenta alumbró un ciclo expansivo en el sector turístico e inmobiliario, con repercusión en todos los órdenes de la vida insular —hasta conformar un escenario de riesgo que preocupó a la sociedad en general—, en los primeros años noventa, Lanzarote se vio afectada por una importante recesión. De aquel proceso, alimentado por poderosas fuerzas centrífugas, que pusieron contra las cuerdas las estrategias lideradas por César Manrique y, de manera más amplia, comprometió la integridad territorial y social de la Isla, surgió la necesidad de ordenar y regular tanto la actividad turística como la ocupación del territorio. En 1991, se aprobó el Plan Insular de Ordenación del Territorio (PIOT), que, entre otras decisivas regulaciones, reducía las 250.000 plazas alojativas previstas en los diferentes planes parciales municipales a un total de 98.058 camas turísticas y 22.778 residenciales en zonas turísticas hasta el año 2000. Con posterioridad a esa fecha, podrían ampliarse hasta 110.958 plazas turísticas y 38.653 residenciales. Pero el avance culminado en 1991 ha resultado hoy claramente insuficiente. Tras años críticos —en particular, los comprendidos entre 1990 y 1993—, a partir de 1996 comienzan a hacerse visibles síntomas de recuperación de una nueva etapa de intensa actividad económica vinculada a la expansión del sector turístico, en el marco más amplio de una coyuntura nacional y regional próspera, proclive a los intereses de inversores y empresarios.

El calentamiento de la economía de Canarias se produce aceleradamente, favorecido por la magnitud y voracidad de los recursos financieros en juego. A los ingresos por el negocio turístico hay que añadir la ingente cantidad de

fondos europeos que llegan a las Islas, además de las aportaciones del Estado y el estímulo de la Reserva de Inversiones de Canarias (RIC), acumulada por el sector empresarial aprovechando un incentivo fiscal previsto en el Régimen Económico y Fiscal del Archipiélago (REF) con el objeto de fomentar la inversión a través de exenciones fiscales. Una Reserva que acumuló 226.186 millones de pesetas en 1998, con unas previsiones de creación de una bolsa de capital de dos billones de pesetas en los próximos diez años. Pero también la fiebre de blanqueo de dinero provocada por la implantación efectiva de la moneda comunitaria, el euro, en 2002, ha contribuido sustancialmente a elevar los grados del horno económico de las Islas, que tuvieron en 1999 un año inmejorable para los intereses y los beneficios del sector privado. A pesar de ello, los canarios siguen estando entre los ciudadanos españoles con menor renta *per cápita* —Canarias ocupa el duodécimo lugar—, por debajo de la media, y muy lejos de Baleares, la Comunidad que registra mayor índice.

La Administración autónoma, fascinada por el mito del crecimiento continuo —en 1998, la tasa de crecimiento del PIB canario fue del 4,58%, la tercera de España—, alimenta la maquinaria, al tiempo que aprovecha la energía liberada para insistir en potenciar la industria turística, que supone el 42% de la oferta global española —algo más de 11 millones de turistas al año en Canarias, 729.000 plazas alojativas oficiales en 1998— y aporta el 80% del PIB de la economía del Archipiélago, con una cifra anual de negocio en torno a 1,6 billones de pesetas (1999). Un escenario en el que no debería resultar extraño que en 1999 la Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias previera gastar 1.500 millones en la promoción de las Islas para captar más visitantes. No obstante, sorprende que, mientras crece la reserva de inversiones empresarial (RIC) y la propia Administración contribuye a aumentar la temperatura financiera e

inversora en el Archipiélago —sin cuestionar el modelo actual de desarrollo turístico ni plantear nuevas formas de organización del sistema productivo que no comprometan los recursos naturales—, la riqueza generada no se reparte más equitativamente, de modo que la tasa del paro continúa su progresión ascendente, un 13,29% en julio de 2000, el porcentaje más alto del país. Pero a nadie preocupado parece interesarle profundizar en las contradicciones del sistema. El dinero, pues, no se redistribuye, aunque sus flujos se muevan torrencialmente —la Consejería de Obras Públicas, Vivienda y Aguas del Gobierno de Canarias, por citar un ejemplo elocuente, estima invertir 866.428 millones de pesetas en la construcción de carreteras, viviendas, puertos y obras hidráulicas, entre 1999 y 2006—, suscitándose razonables dudas no sólo sobre la capacidad de Canarias para digerir el gran volumen inversor en circulación, sino también sobre los costes ambientales, sociales y territoriales que habrá que pagar, ahondando aún más en la grieta de la insostenibilidad.

Mientras tanto, la legitimación monetarista del actual modelo económico, cuyo fracaso ecológico es conocido por todos, desatiende tanto los escenarios de riesgo dibujados sobre el horizonte futuro como las preguntas básicas que, desde hace tiempo, suscita una carrera tan autista o las inquietudes planteadas desde ámbitos independientes de la sociedad e incluso desde estamentos de la propia Administración. No deja de ser preocupante, en este sentido, que, en el *Libro Blanco del Medio Ambiente* confeccionado por la Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias, después de recordar que "la falta de sostenibilidad del modelo de desarrollo económico es cada vez más visible", se haya dejado constancia de algo que, a estas alturas, nadie duda: que "el consumo de recursos naturales y el impacto ambiental generado por las actividades turísticas alcanza cotas alarmantes que pueden agravarse significativamente", y que

asistimos a "la más radical transformación del territorio que haya conocido Canarias". Un acentuado proceso de modificación territorial y social que "comporta un consumo incontrolable de recursos naturales y una incidencia ambiental muy negativa". Sin embargo, no se cesa en la estimulación de la demanda turística, un comportamiento que sigue provocando el crecimiento continuo del parque alojativo, pero también de la población residente —que aumenta aceleradamente, sobre todo debido a la recepción de flujos inmigratorios— y la intensificación de la presión sobre los recursos naturales más allá de los márgenes de tolerancia, en torno a cuyos límites pocos quieren debatir.

III. Un mundo que agoniza

A pesar de llamadas de atención tan explícitas, el sistema, amparado en la inercia, el interés y la ceguera que le son consustanciales, persiste en anudar exclusivamente el sentido del progreso a la razón económica, excluyendo consideraciones decisivas a la hora de plantear el bienestar presente y futuro de las sociedades y de los ciudadanos. Se trata de un proceder desatento al cúmulo de nuevas realidades y retos que plantea nuestra época, un talante que vacía la gestión pública de horizontes morales y se sitúa de espaldas a una de las conquistas intelectuales más características de nuestra época: la conciencia de vivir en un planeta con límites, la finitud de los recursos naturales. Frente a ese hecho incontrovertible, que debiera dar paso a la preocupación por poner en práctica nuevas formas de organización y gestión, confrontando modelos alternativos de desarrollo al catecismo economicista y neoliberal hegemónico, se continúa instrumentalizando el territorio, usado como una mina o fondo de reservas financieras; esto es, ofreciendo más de lo mismo y en mayor cantidad.



Cultivos abandonados. 2000

Ciertamente, la construcción de nuevos patrones de producción y de calidad de vida reclama asentar las convicciones personales y sociales en los fundamentos de un giro cultural. El desafío, de hondo calado, conmueve los cimientos de los modos dominantes de nuestra civilización: orientar estrategias impulsoras de políticas alternativas que respeten eficazmente la relación sostenible y continuada del ser humano con su entorno y con los recursos naturales, implica abordar críticamente las fórmulas democráticas que enmarcan y regulan el gobierno de los bienes e intereses públicos y privados. Pocas dudas caben de que en el centro de nuestro *maelström* están las prácticas democráticas actuales, tan formales, retóricas y apegadas al viejo orden del mundo, esto es, tan en crisis, como necesitadas de redefinición. Es la misma organización de la democracia la que se siente concernida. Las cartografías con las que pensar y gestionar la época se ven necesitadas de una renovación sustancial, dando paso a diseños de mapas que nos lleven más allá del disgusto que provocan tanto la inoperancia como la incertidumbre.

Los intereses colectivos están informados por perspectivas y dinámicas inéditas. La magnitud y la velocidad de los acontecimientos constituyen parámetros decisivos y específicos del mundo actual, deviniendo en razones sustanciales más allá de su apariencia relativa. La naturaleza limitada de los recursos naturales, la presión de las nuevas tecnologías, la sociedad móvil contemporánea, el imperio mediático, la globalización del mercado, el crecimiento y la desestructuración de las ciudades, el libre flujo de la burbuja financiera, la polarización de la pobreza, la dictadura del capital internacio-

nal, la sistemática vulneración de los derechos humanos y el debilitamiento de las democracias erosionan y diluyen los intereses colectivos, reducidos a la forma de una volátil gaseosa. En el escenario de un paisaje vaciado de horizontes morales y utópicos, se impone cada vez más influir en los contextos cívicos próximos —el barrio, la ciudad, la provincia, la comunidad y los espacios transversales—, al tiempo que deben aprovecharse las nuevas tecnologías de la comunicación para cohesionar individuos y grupos alejados y articular respuestas al poder organizado internacional —como, en buena medida, ocurrió en Seattle, en Davos y, recientemente, en Praga—.

La participación ciudadana está llamada a jugar un papel decisivo en la reorientación de los intereses colectivos, comenzando por aportar su capacidad reguladora a la gestión del territorio y de los recursos naturales. Debe convertirse en un injerto imprescindible en nuestras extenuadas democracias: savia nueva, catalizadora. Pero, en ausencia de nuevos modelos de sociedad participativa, no queda más remedio que perseverar en la titánica tarea de reclamar, desde unos y otros frentes, patrones solidarios y racionales de explotación de los recursos, procurando, de paso, debilitar la autocrática razón económica, para poner sobre la mesa consideraciones humanas inherentes a la dignidad plural del hombre. De lo contrario, mientras se profundiza en el fracaso ecológico del actual modelo económico, el discurso de la sostenibilidad continuará corrompiéndose en el paladar retórico del poder político y de los mandarines del mercado, que han aprendido el nuevo vocabulario íntegramente, incluidas las inflexiones de voz y las referencias bibliográficas, con la sola intención de devorarlo, de modo que nada impida continuar construyendo el mundo con los materiales y la voluntad de dominio de siempre.

IV. La luz es finita

El paraíso también se acaba. Como los hombres y el mundo, los paraísos agnizan. Hoy o mañana. Se mueren en nuestros brazos mientras, en un gesto a medias estúpido y a medias distraído, persistimos en mantener la presión sobre el estilete que hemos clavado en su corazón. La luz se deshace entre nuestras manos: desfallece, se disuelve. Lanzarote es una isla única en su singularidad, pionera en la inquietud de compatibilizar la economía del turismo con la conservación de su territorio y sus ricos recursos naturales y culturales. Después de tres décadas de creciente actividad turística, mantiene el tipo aparentemente. Quiere decirse que quizá aún salga bien en la foto a media distancia, aunque, en el cuerpo a cuerpo, las grietas se impongan como síntomas de pronta decadencia. Entre los haces luminosos de su mago y mentor, César Manrique, Lanzarote pugna por seguir reconociéndose en el espejo y, a rachas, por defenderse de mil y un asedios. A cambio de la prosperidad y la modernidad, no es poco lo perdido por el camino, tormentoso el horizonte de nubarrones que se ciñe sobre el inmediato presente. Y en este punto, cada uno de los ciudadanos de Lanzarote hace sus cuentas, plantea su saldo particular.

Caletón Blanco. 1999



Unos hacen la operación con monedas, la mayoría con deseos, desazón y convicciones, reclamando la articulación política de una auténtica *cultura de los límites*.

Pero la disyuntiva aún está abierta para la Isla: mantenerse en el brillo de la luz antigua o precipitarse al abismo. Aunque afortunadamente no todo está perdido en términos territoriales, ambientales y sociales, tampoco se dispone de mucho más margen de elección y de tiempo. Lanzarote

comienza a atravesar un desierto y, si no se pone remedio, mañana mismo continuará recorriendo la larga desolación sin nombre de esas arenas secas y áridas, ya negada toda posibilidad de retorno. Lo cierto es que, sin escenificar un brindis al sol, hay lugar todavía para sostener un discurso crítico que defienda la integridad de los recursos naturales insulares, contribuya al bienestar ciudadano, favorezca el mantenimiento de la biodiversidad terrestre y marina, incida en modificar la dirección de los alarmantes escenarios de riesgo, apueste por ponerle estrictos límites al crecimiento turístico, exija racionalidad a la hora de desarrollar infraestructuras con fuerte impacto sobre el territorio, insista en la necesidad de reconvertir el modelo de desarrollo, y denuncie la ineficacia y obsolescencia de los instrumentos de gestión administrativa de los recursos, muy lejos de las capacidades, de la innovación y la eficacia que reclama una Reserva de la Biosfera que tiene protegido el 42% de su suelo. Aún hay lugar para la esperanza y el compromiso activo —así se justifica esta exposición—, a pesar de los conflictos y de las tendencias regresivas que amenazan con extenuar la Isla.

De todas las hostilidades, la de mayor envergadura es la que plantean el crecimiento y la masificación turística. En su acción se reconoce el origen de la hipertensión que padece Lanzarote, fuente, a su vez, de un torrente de desajustes orgánicos. Hipertensión y obesidad turística son sus males, su cuadro básico de riesgo. Desde 1997, la presión urbanística se ha intensificado notablemente, y hoy asistimos a un masivo proceso de urbanización. El consumo de cemento proporciona un indicador significativo: si en 1995 se emplearon 99.100 Tm, en 1996 fueron 104.275 Tm, que en 1997 crecieron hasta 124.337 Tm, y en 1998 llegaron a 151.083 Tm, cifra ampliamente superada en 1999. La economía insular está volcada en el monocultivo turístico, que ha estrangulado la diversidad del tejido productivo, haciendo retroceder hasta lo

meramente testimonial las actividades tradicionales de la pesca y la agricultura. En 1998, el sector servicios aportó el 87,8% de la economía insular, y la construcción supuso el 7,6%, mientras que la superficie cultivada, en constante retroceso, fue de 3.332 Has, frente a las 4.857 Has de 1991.

La brusca e intensa activación del sector inmobiliario deriva en agudas y aceleradas transformaciones territoriales y socioeconómicas que el frágil metabolismo insular se muestra incapaz de digerir. El resultado se resuelve en forma de un creciente malestar social. La convivencia con el nuevo mapa socioeconómico surgido de la hipertrofia se precipita traumáticamente en una comunidad que, desde los años setenta, se ha visto forzada a cambiar bruscamente su modelo socioeconómico —paso de una base productiva agrícola-pesquera a una economía basada en el turismo, o sea, una radical terciarización— y a continuos excesos digestivos —aún no resueltos satisfactoriamente— por los diversos desarraigos que han ido floreciendo. El vértigo demográfico que zarandea la Isla en los últimos años habla por sí solo: de los 58.634 habitantes de derecho que vivían en Lanzarote en 1987 —con un promedio diario de 17.182 turistas— o los 77.192 en 1996, se pasó a 84.849 en 1998 —a los que hay que añadir una media diaria de 49.678 turistas, con lo que la población de hecho se situaba en 134.527 personas—, a cerca de 92.000 habitantes en enero de 1999 —el 66% nativos— y a 99.339 en febrero de 2000. La inmigración laboral representa el aporte más importante en esa tendencia creciente que acentúa la presión demográfica y proyecta ritmos de incremento poblacional vertiginosos sobre un territorio reducido —entre 1998 y 1999 la población insular aumentó en 7.000 personas mientras que, en los once primeros meses de 1999, se inscribieron en los censos municipales 8.442 nuevos residentes—, con una densidad de población de derecho de

100 hab/km² en 1998, y unos 118 hab/km² en la actualidad. En su conjunto, la Comunidad Autónoma de Canarias —1.630.015 habitantes en 1998, 219 hab/km²— muestra uno de los aumentos de demografía más altos del Estado: entre 1981 y 1996, la población del Archipiélago creció en un 17,4% y el número de inmigrantes subió en un 91%; por su parte, Gran Canaria y Tenerife se encuentran entre las islas con mayor densidad de población del mundo —459 hab/km² y 333 hab/km², respectivamente (1998)—. Mirando hacia el futuro, en un estudio presentado a comienzos de este año, el Instituto Canario de Estadística (ISTAC) preveía un crecimiento demográfico en Canarias del 12% en 15 años, entre 1996 y 2011, o sea, hasta alcanzar 1.791.000 personas —Madrid crece, por ejemplo, a razón del 4%—. Según estas estimaciones, Lanzarote y Fuerteventura serán las islas que registren el mayor ascenso, debido al factor inmigración. Las proyecciones consideran que la isla de los volcanes, que, en 1996, contabilizó 77.192 habitantes, pasará a tener, en 2011, 121.203 residentes.

En Lanzarote, la explosión demográfica, con tasas de crecimiento anual difícilmente asimilables, han saturado los servicios sanitarios y los centros educativos, dando lugar a incomodidades y descontentos que ocasionan conflictos tanto de integración como de exclusión por parte de sectores de la población residente, manifestándose en forma de actitudes de rechazo al otro y de refuerzo y exaltación de la singularidad y los valores locales. Pero es la misma maquinaria que calienta la economía y hace crecer el edificio turístico la que imanta el desbarajuste inmigratorio, por encima de los ritmos naturales deseables. En aquel fuego está el origen de estos humos.

El incremento acelerado y sostenido de la actividad económica y de la población suscita desajustes en todos los ámbitos de la realidad, desestructurando

el frágil sistema insular y poniéndolo en situación de crisis. La dependencia energética de la Isla es absoluta, debiendo importar los combustibles fósiles que abastecen la maquinaria de producción de energías y de agua desalinizada, sin la que no podría subsistir la industria turística. El equilibrio es precario. Lanzarote, en medio del Océano, con un tejido productivo polarizado en torno al sector servicios —basado en el consumo de energía y recursos naturales y en la producción de residuos—, está a merced de los flujos y reservas de los combustibles tradicionales, sin que apenas se haya incluido dentro de las estrategias de sostenibilidad (¿?) la posibilidad de aplicar nuevas tecnologías y energías renovables —en 1998 se produjeron 17.845 MWH de energía eólica sobre un gasto global de 465.205 MWH—, ni siquiera de racionalizar los consumos actuales. Por el contrario, las proyecciones y el crecimiento se plantean como si los recursos energéticos fueran propios e infinitos, haciendo bueno el optimismo ciego del capitalismo y la sociedad de consumo.

El crecimiento de la producción y de los consumos es imparable. El suministro de gasolina fue de 40.126 toneladas en 1998, el 62,6% más que diez años

Puerto del Carmen. 1999



antes, en 1988. Tan desmedido porcentaje deja de sorprender cuando nos adentramos en las estadísticas del sobredimensionado parque automovilístico de Lanzarote: 76.466 vehículos en 1998, el doble de los que había diez años antes —38.580, en 1988—, una cifra que sienta la proporción de 901 vehículos por cada 1000 habitantes, y que continua aumentando, de modo que, en 1999, se contabilizaron ya 83.089. Con una red de transporte público insular prácticamente inexistente, y un parque móvil de

coches de alquiler que suma la impresionante cifra de más de 22.000 automóviles —sostienen un sector que emplea a unas 5.000 personas, con 1.500 puestos de trabajo directos y 3.500 indirectos—, el 80% de los desplazamientos en la Isla se hace en vehículo particular. Sólo en Arrecife circulan a diario 25.000 vehículos y la vía medular de la capital soporta diariamente el tránsito de más de 62.000, la mitad de los que circulan en toda la zona urbana de Las Palmas de Gran Canaria —Arrecife con una población de 46.000 habitantes y la capital grancanaria con unos 350.000—. La densidad de tráfico resulta insólita en una isla que tiene una red viaria de aproximadamente 425 km, con distancias muy reducidas entre los puntos de mayor movilidad.



Desalinizadora de agua.
Arrecife. 2000

No quedan al margen de esta celebración del *progreso* y el *desarrollo* los consumos de energía eléctrica y de agua. Si, en 1995, el gasto en electricidad de cada abonado era de 8,5 MWH, tres años más tarde subió hasta 9,7 MWH. En cinco años, entre 1993 y 1998, se ha incrementado en un 30% el consumo eléctrico. La producción de agua fue, en 1995, de 9.506.773 m³, mientras que en 1998, sólo tres años más tarde, se registraron 3 millones más, 12.415.815 m³. Nuevas desaladoras —el 80% del agua consumida procede de desalación—, que necesitan combustible fósil para su funcionamiento, se están construyendo para abastecer la creciente demanda. Más y más presión sobre los recursos en una Reserva de la Biosfera gestionada con imperceptible sensibilidad hacia la biosfera, mientras nadie toma decisiones y pone los medios para introducir políticas de racionalización de los consumos. Carencias que incluso afectan al tratamiento de los residuos sólidos urbanos o al control de



Vertedero incontrolado. 1999

vertidos al mar. Todavía hoy, Lanzarote necesita implantar una política decidida y moderna de gestión ambiental de los residuos que, además de resolver la recogida selectiva y la posterior reutilización y reciclaje, incluya programas de prevención y reducción.

Las fuerzas del mercado operan con toda intensidad, empeñadas ciegamente en mantener en funcionamiento una gran maquinaria productiva que se proyecta sobre un escenario sin límites, como si la Isla no tuviera fondo social ni territorial ni medioambiental. Es la dinámica arrolladora de la todopoderosa mitología de la salvación por el crecimiento, legitimada y estimulada por el economicismo clásico, consustancial al sistema de sistemas que ordena/desordena el mundo contemporáneo.

La capital de la isla, Arrecife, se resiente particularmente de los intensos ritmos de crecimiento y transformación de Lanzarote. Centro administrativo insular y área comercial por excelencia, ha crecido históricamente al margen de la dinámica paisajística del resto de municipios, acumulando un desarrollo urbanístico desarticulado y empobrecedor, carente de zonas de ocio público, que ha sacrificado el patrimonio arquitectónico civil y se ha conformado dándole la espalda al singular litoral que da nombre a la ciudad. Arrecife, excluida de los ingresos de recursos por afluencia turística, debe sin embargo encajar los desajustes inducidos por los acelerones del calentamiento económico y el auge del turismo. Las palpitaciones que sufre su tejido urbano y socioeconómico están en estrecha relación con las constantes vitales del sistema insular. Sometida a un vertiginoso aumento demo-

gráfico, acoge algo menos de la mitad de la población total de la Isla —46.460 habitantes en septiembre de 2000— y sólo en el último año, entre noviembre de 1998 y el mismo mes de 1999, ha incorporado más de 3.000 nuevos residentes, en una tendencia que no cede. A comienzos del pasado año, los redactores del Plan Director de Infraestructura de Canarias, promovido por el Ejecutivo autónomo, diagnosticaron como problemas fundamentales de la ciudad capitalina la densidad de población, el deterioro urbano, la suburbanización crónica y la consolidación de diversos focos de marginación, incluso en zonas céntricas. Un haz de conflictos ciertos que acentúan el malestar y la desmotivación ciudadana, al que se ha sumado en los últimos tiempos la incertidumbre ante el futuro del frente litoral de la ciudad, amenazado por operaciones de diversa naturaleza, en particular, la redacción y aprobación inicial del Plan de Utilización del Puerto de Arrecife (PUPA) elaborado por la Autoridad Portuaria de Las Palmas —decididamente especulativo con el frente marítimo, sobre el que cierne un horizonte de posibilidad que incluye rellenos e infraestructuras de ocio—; la anunciada urbanización privada del Islote del Francés; la potencial construcción de un muelle deportivo; o las deficiencias en la movilidad urbana. En una dirección contraria, afortunadamente, la Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias se ha inclinado por proteger los singulares valores naturales y culturales de la Marina de Arrecife promoviendo su declaración como Sitio de Interés Científico (SIC). El escenario de necesidades y



Litoral de Arrecife. 1998



Islote del Francés.
Arrecife. 1998

oportunidades consolidado en Arrecife advierte sobre las tensiones que el futuro inmediato pondrá sobre la mesa. La ciudad reclama una planificación integral, un proyecto urbano consensuado y pactado, que incluya actuaciones estratégicas cualificadas, tanto en el centro como en los barrios, susceptible de regenerar el tejido urbano, redefinir el patrón de desarrollo regresivo vigente hasta la actualidad y corregir las tendencias espontáneas, atomizadoras y desordenadas dominantes, hasta hoy favorecidas por las decisiones administrativas y la discontinuidad política. Pero, asimismo, desde la defensa de los intereses colectivos, y estimulando la participación ciudadana, es necesario también —para no comprometer las oportunidades urbanas de la ciudad— disipar las dudas y sobresaltos razonables que suscitan iniciativas oscuras planteadas sobre el litoral, poniendo en peligro su conservación y disfrute público.

Los ecosistemas terrestres y marinos se ven amenazados por la presión turística y el consiguiente desarrollo de las infraestructuras, en un marco general de gestión medioambiental caracterizado por la inexistencia de planes de protección de especies en peligro de extinción, proyectos de restauración de los ecosistemas dañados y el escaso éxito de los mecanismos de control y vigilancia. Lanzarote posee un silencioso y peculiar patrimonio natural de fauna y flora sometido a una agresión constante, que lo coloca en una situación recesiva. El mito del progreso tiene efectos devastadores en su aplicación acrítica y sistemática. Los recursos naturales aparecen como una de sus principales víctimas. Los flujos financieros y las operaciones económicas se muestran insensibles hacia la Naturaleza, concebida como simple proveedora de materias primas y objeto de consumo. En Lanzarote, como en el resto de Canarias, circula el dinero abundantemente. El Gobierno autónomo dispone de una gran capacidad

inversora que, en buena medida, prevé volcar sobre el territorio a través del desarrollo de infraestructuras: sólo el vigente Convenio de Carreteras suscrito entre el Gobierno autónomo y el Gobierno central tiene presupuestado un gasto de 200.000 millones de pesetas. Y a las inversiones procedentes del Ejecutivo canario, hay que sumar las que efectúan las administraciones insulares y locales, además de la iniciativa privada. En conjunto, un cúmulo de operaciones estratégicas en nudos de comunicación y de ocio altamente sensibles.



Autovía del Aeropuerto de Lanzarote. 2000

Lanzarote, por supuesto, está también en el ojo de ese huracán inversor indiscriminado que puede provocar una intensa y acelerada transformación del territorio, adecuándolo para asimilar mayores flujos turísticos —de excursión y de estancia—, a la vez que ejercerá una notable presión sobre el litoral. Una perspectiva que complace y satisface las expectativas de un influyente sector inmobiliario y empresarial. La Consejería de Obras Públicas del Gobierno de Canarias afirma estar invirtiendo en la Isla, durante el año 2000, en torno a 9.000 millones de pesetas —destinados a costas, infraestructura hidráulica y carreteras—, y anuncia que, en los próximos años, el ritmo anual inversor será de 3.000 millones. La sintaxis de la bulimia —y del derrumbe— se expande por la totalidad del espacio insular en forma de ampliación de las carreteras, cuyas máximas amenazas se centran en el eje rápido Órzola-Playa Blanca, en la adecuación de la carretera de La Geria, y en la nueva carretera de Maciot (Femés-Playa Blanca); campos de golf —uno en Tías, de 18 hoyos, adornado con

Aeropuerto de Lanzarote. 2000



el complemento de una oferta alojativa de unas 700 camas; y seis proyectos en estudio para el sur de la Isla—; una red de puertos deportivos, que colonizará la franja litoral, estimulando el desarrollo inmobiliario del entorno y perturbando los ecosistemas marinos; desalinizadoras; una posible pista más en el aeropuerto, después de que recientemente se haya inaugurado una nueva terminal; parques temáticos; quizá dos nuevos centros turísticos, en el norte y en el sur; grandes superficies comerciales —una de 30.000 m² en Arrecife, de momento paralizada por un decreto municipal—; o, en fin, puertos comerciales, como la ampliación planteada en Playa Blanca —650 m de dique; 7.500 m² de zona comercial y 6.000 millones de pesetas de inversión, una operación con la que se pretende facilitar la habilitación de una *autopista marítima* que enlace Lanzarote con Fuerteventura para, entre otras cosas, recibir turismo de crucero y turismo residual de excursión procedente de la isla mayorera, convirtiendo Lanzarote en un gran parque temático de la isla vecina—... Ciertamente, en los próximos años, las láminas de agua del litoral canario padecerán intensas acometidas inmobiliarias. El dinero, los promotores y sectores de la Administración centran su interés en explotar los bordes marítimos, transformándolos y rentabilizándolos económicamente. Las costas canarias tienen encendidas las luces de alarma. Su situación es crítica, acosadas por la progresiva degradación de los ecosistemas, el desarrollo de puertos deportivos y espacios de ocio, la construcción de espigones, las extracciones de áridos y la ausencia de un plan de protección y ordenación. Acosadas por el dinero, la especulación y la voracidad política.

Tal conglomerado de *infraestructuras de carga*, que contrasta vivamente con la práctica ausencia de políticas y de inversión en necesarias *infraestructuras sociales* —equipamientos culturales y de ocio, educación, zonas verdes, camas hospitalarias, centros de atención e integración social...—,

amenaza con configurar la Isla como un barroco escenario, un gran parque de atracciones variadas, en el que se acumulen las distorsiones de los continentes mientras, aceptada la imposibilidad de adaptar las ventajas de los territorios continuos, se disuelven las singularidades insulares. La masa inversora en marcha o programada, tanto en construcción de plazas alojativas —probablemente más de 10.000 sólo en los dos últimos años— como en infraestructura, no deja mucho lugar al optimismo y hace pensar en la homologación y estandarización de Lanzarote como destino turístico, empujada a una loca carrera hacia el abismo. Una perspectiva preocupante que, al tiempo de trazar sobre el horizonte los signos inequívocos de la insostenibilidad —envueltos en el sahumero de la vacía retórica ambientalista desplegada por los representantes políticos y sectores privados—, reclama nuevas formas de organización de la actividad turística, en un contexto de control, regulación y fijación de límites al crecimiento, que conciba la Isla como un sistema integral, solidario e interdependiente, y no como el sumatorio de siete municipios autónomos.

V. Nunca te acabes

En un poema publicado por Luis Feria (Santa Cruz de Tenerife, 1927-1998) en 1962, puede leerse:

*A la lenta caída de la tarde
amar la vida largamente es todo
el oficio del hombre que respira.
Alzar la mano y detener el cielo.
Destino de la luz, nunca te acabes.*

Construcción de plazas
alojativas turísticas.
Playa Blanca. 2000





Costa Tegui. 2000

Un poema de celebración y comunión con la Naturaleza: el crepúsculo, el cielo, la luz... el hombre que contempla el espectáculo tan apasionante como terrible de la vida: *Destino de la luz, nunca te acabes*. O también puede leerse: Naturaleza, isla, nunca te acabes. Pero tenemos la certeza de que el destino de la luz y el destino del cemento se repelen, son irreconciliables. En las islas, bien se sabe. En Lanzarote, sin duda, también. Los ornitólogos aseguran que el reflejo animal provoca en los canarios la comezón

de la inquietud sólo unos segundos antes de que la tierra comience a temblar. Sensores fiables del cataclismo, su nerviosismo precede al desastre. Quizá una virtud similar caracteriza a los isleños. Por ello, cuando en enero de 1999, el Centro de Datos del Cabildo de Lanzarote elaboró una Encuesta de Temas Insulares, pocos se sorprendieron de que el 65% de la población se manifestara proclive al *crecimiento cero* turístico: no más turistas, no más construcción de plazas alojativas. Los ciudadanos, temerosos y previsores, optaron por el destino de la luz y condenaron la hemorragia del cemento. Mientras tanto, y desde mayo de 1998, el Cabildo insular procuraba tramitar la Revisión del Plan Insular del Territorio, aprobada definitivamente en mayo de 2000. La Revisión, conocida popularmente como Moratoria, quería moderar el crecimiento de camas turísticas en un período de diez años, que sirviera para meditar y tomar decisiones sobre el futuro. Desde la Administración se reconocía la presión incontrolada a la que estaba siendo sometida la Isla, incapaz de metabolizarla. Se suspendió la concesión de licencias de construcción turística durante dos años y se reprogramó el PIOT aprobando la autorización para poner en circulación 10.707 nuevas plazas turísticas y 17.943 residenciales en zonas turísticas en los próximos dos lustros, o sea,

hasta el 2010. Construcciones que se sumarían al parque alojativo ya existente, 57.000 camas, según cifras oficiales; 73.000, según la Federación Insular de Empresarios Turísticos (Aetur). Lo significativo, en todo caso, es la vergonzosa ausencia de datos reales y sistemáticos sobre la ocupación del suelo y las licencias municipales aprobadas, recayendo, sobre todo, en los ayuntamientos turísticos de la Isla la responsabilidad de ese secuestro de información que los ciudadanos reclaman.

Sin embargo, desde sectores ecologistas, grupos de opinión y la propia Fundación César Manrique, se contestó pronto la medida impulsada por el Cabildo, por considerarla insuficiente y, en realidad, una falsa moratoria. Se discutieron también las cifras reales de camas que finalmente podrían construirse en los próximos años —así, frente a las 28.650 aprobadas en la revisión del PIOT, los ecologistas calcularon en 55.341 camas el aumento real del parque alojativo, como consecuencia de añadir, en sus cálculos, las licencias caducadas renovadas (17.735) y una partida añadida de camas residenciales (8.966)—, se objetó que no se determinaran ritmos de construcción en el tiempo de vigencia de la Moratoria, y se denunció que la forma de tramitación de la suspensión de licencias había provocado un incremento notable en la adquisición de derechos de construcción con anterioridad a la suspensión: había estimulado el crecimiento inmediato. Un escenario inquietante, al que habría que añadir la consideración de otras 100.000 plazas residenciales no afectadas por la revisión del PIOT, que podrían construirse libremente, sin estar sometidas a regulaciones de ritmo de edificación, en el suelo urbano repartido por la Isla. El horizonte de futuro se presenta, pues, sin controles



Rellenos para construir
un muelle deportivo.
El Berrugo. Playa Blanca.
2000

efectivos del crecimiento y sin garantías de sostenibilidad. Más allá de los tibios propósitos de la Administración, la Isla queda a merced del mercado y del dinero mientras se activan los indicadores de alarma y aumenta el malestar en los ciudadanos. Como desde el principio, la ocupación del territorio y la especulación del suelo siguen siendo el principal problema de Lanzarote.

Pero más allá de la inestabilidad de las cifras de camas, es un hecho incontrovertible que, en la actualidad, la construcción sufre una aceleración desproporcionada como consecuencia de la actividad del sector en plazas alojativas

turísticas nuevas, viviendas residenciales y remozamiento de plazas anticuadas. La realidad se convierte en la mayor de las evidencias y juez inapelable. Los promotores van muy deprisa, calculándose en unos 60.000 millones de pesetas la inversión privada tan sólo en la zona de Playa Blanca (Yaiza). Y es también un hecho cierto que, difícilmente, la Isla podrá asimilar más camas de las construidas en la actualidad, sea éste el número que sea, que, desde luego, supera con creces las cifras oficiales. El futuro es sombrío, si tenemos en cuenta que, en 1998,



Playa Blanca. 2000

Lanzarote recibió 1.738.291 turistas —de ellos, 1.662.427 extranjeros—, con una ocupación media del 88,53%; los Centros de Arte, Cultura y Turismo fueron visitados por 2.800.000 personas que dejaron 3.250 millones de ingresos; y el aeropuerto registró un movimiento de 4.577.329 pasajeros —en 1988, diez años antes, fueron la mitad: 2.156.341— y un tráfico de 42.839 aeronaves.

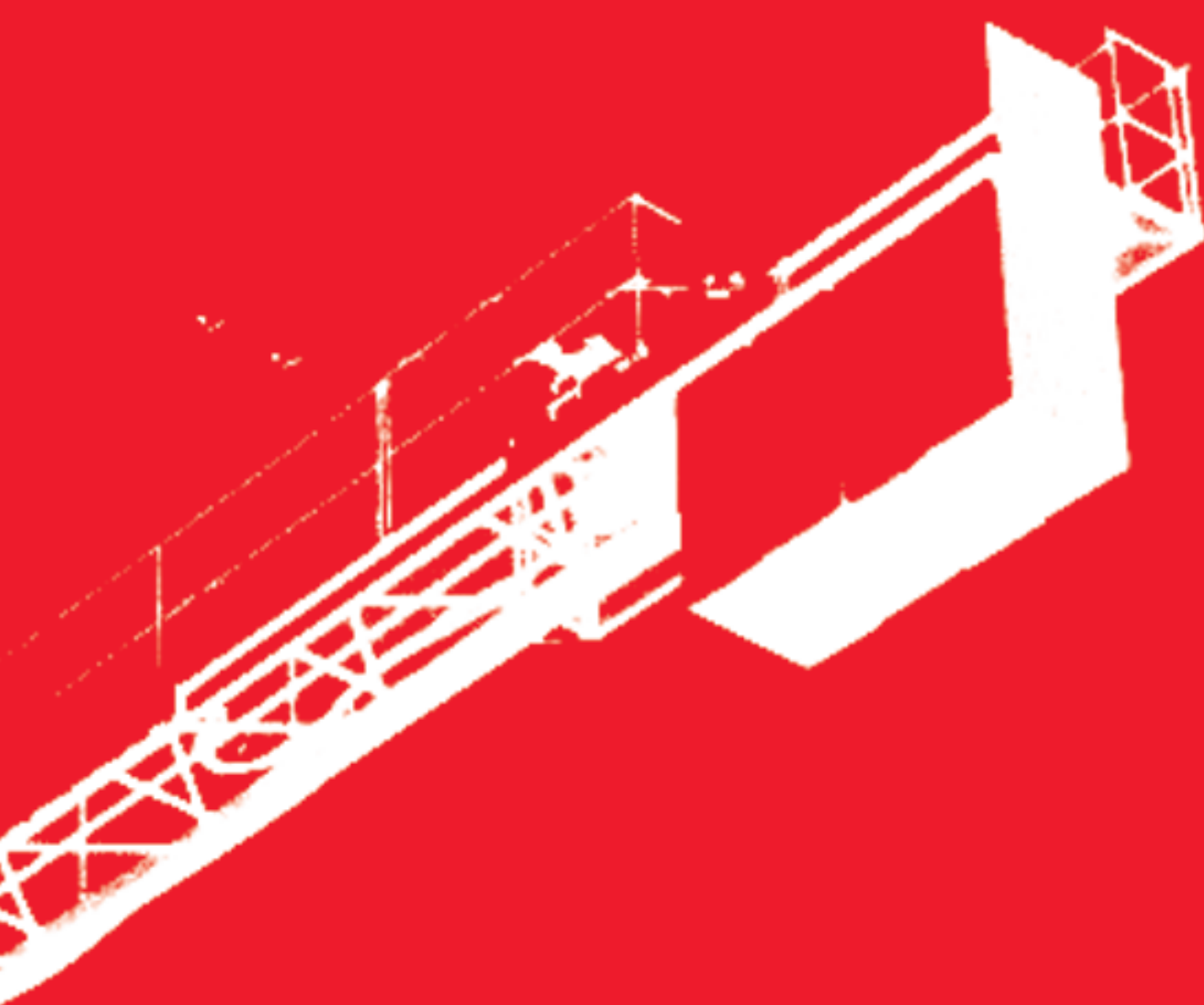
En realidad, los márgenes de tolerancia parecen agotarse y así lo perciben amplios sectores de ciudadanos y agentes sociales que cuestionan abiertamen-

te el actual modelo y su inercia. La visibilidad social de los desajustes y alteraciones a que se ve sometida la Isla y la vida diaria de sus habitantes contribuye a la inquietud y la conformación de una masa crítica que apuesta por evitar la instrumentalización del territorio, invertir las tendencias regresivas y planificar las actividades productivas en el marco de la *cultura de los límites* y de políticas alternativas que se superpongan a los intereses inmobiliarios y a la sectoria lógica economicista. Las emociones colectivas se muestran sensibles a las transformaciones y la aceleración de los procesos, y tanto sus reacciones cuanto el análisis de los indicadores socioeconómicos inducen a pensar que es necesario afrontar la situación de crisis del sistema insular con una nueva cartografía de la que surjan opciones alternativas de gestión del territorio y sus recursos. Opciones que confronten el equilibrio urbanístico y la regeneración ecológica de la Isla a la red de intereses sobre la que se sustenta la apología del *statu quo*. Opciones, en fin, que, sin comprometer los bienes naturales y la salud cívica, permitan, como César Manrique siempre defendió y procuró, compatibilizar el bienestar de los ciudadanos con la conservación de la singularidad del patrimonio natural y sociocultural, apostando antes por la calidad —de la Isla como sistema y de la oferta alojativa— que por la cantidad.

La mirada inteligente y el humor con que Gallego & Rey, Máximo, Peridis y El Roto resumen, a través de iconos, situaciones y relatos, los escenarios, agentes y objetos de los conflictos constituyen una invitación a meditar sobre el presente de Lanzarote. Su fina percepción y lectura de las tensiones de la realidad y el compromiso con que las devuelven en sus dibujos, envueltas en los vapores de la risa lúcida —la que sugiere un horizonte de dudas e interrogaciones, también algunas respuestas—, abren vías de debate y confirman la dirección de los riesgos. Muchos de sus dibujos sobre los conflictos que ate-

nazan Lanzarote adquieren el carácter de emblemas, y, leyendo muy de cerca las grietas que amenazan a la Isla, saben también conectarlas con un movimiento tectónico universal del que se resienten unos y otros lugares del mundo. El vaivén local y la plataforma común global conviven y se complementan, como no podía ser de otro modo, en una época en que el mundo, de tan pequeño por comunicado, se vuelve a hacer inmenso. Veintinueve dibujos, los incluidos en la exposición *Lanzarote: el papel de la crisis*, que invitan a meditar y a reaccionar sobre las amenazas que acorralan la Isla. Y a la mirada de los dibujantes se añade en el catálogo de la exposición el acompañamiento de trece artículos, alimentados por el pensamiento crítico, en los que diversos especialistas reflexionan sobre los diferentes ámbitos de los traumas insulares, conformando un prisma de facetas complementarias: tráfico y carreteras, residuos, territorio, biodiversidad, energía, economía, paisaje, globalización, movimientos migratorios, sistemas insulares, arquitectura y urbanismo, participación ciudadana y turismo. Sus análisis y juicios exploran direcciones alternativas y señalan fórmulas diferentes de construcción solidaria y sostenible de la realidad cotidiana. Todo, con el propósito de contribuir a que Lanzarote, destino de la luz, nunca se acabe.





¡MÁS TURISMO, QUE ES LA GUERRA!

Federico Aguilera Klink

Catedrático de Economía Aplicada.

Universidad de La Laguna

La lógica con la que se mueve la economía del turismo en Lanzarote, igual que en el resto de Canarias, recuerda a la lógica que aplicaba Groucho Marx, en el lejano Oeste, para mantener en funcionamiento su locomotora en aquella delirante carrera. Así como Groucho decidió ir destrozando los vagones del tren para utilizarlos como combustible en la caldera de la locomotora, aquí se aplica desde hace tiempo la misma lógica con cada isla. La locomotora del crecimiento turístico y de la masificación va destrozando de manera imparable el tren formado por las islas-vagones, quemándolo, día a día, en esa caldera voraz de la lógica económica y del pseudo progreso hacia ninguna parte.

La diferencia consiste en que Groucho tenía un objetivo muy claro, que era el de alcanzar al estafador que llevaba la escritura de la mina, en tanto que en Lanzarote, Reserva (o Mina) de la Biosfera, la locomotora se alimenta de esa supuesta Reserva mientras corre en beneficio de unos pocos, ignorando

todos los costes sociales y ambientales. Es más, sabemos que estamos deteriorando y agotando la Mina de manera totalmente irreversible, aunque este agotamiento se disfraza con la exhibición de unos números llamados indicadores de crecimiento, a modo de tótemes mágicos, cuyo objetivo consiste en convencer a la gente de que ignore la realidad que ve y de que tenga fe en esos indicadores, en el sentido de que crea que ve una realidad diferente. El problema es que esos indicadores son considerados científicos por el hecho de sugerir que más equivale a mejor y porque algunos de ellos son expresados en términos monetarios, pero, como ha indicado con gran lucidez y sentido del humor Donella Meadows, tratar de conducir la economía con los indicadores actuales es como si estuviéramos conduciendo con el parabrisas empañado y confiando en un pasajero borracho para que nos dé indicaciones sobre la carretera.

No es ajena a la consolidación de esa fe el destacado papel que juegan algunos políticos cuya tarea consiste, en principio, en la protección del territorio y del medio ambiente, pero que, en la práctica y siendo conscientes de que lo que influye en la actitud de la gente es la insistencia y la reiteración en lugar del razonamiento, transforman esa tarea en una encendida defensa del crecimiento "argumentando" su compatibilidad ambiental y ecológica así como su necesidad para elevar el nivel de vida de los canarios. Así pues, somos tan desagradecidos que no nos damos cuenta de que todo lo hacen por nosotros. A lo anterior se añade el entusiasmo con el que saludan los medios de comunicación la construcción de nuevos hoteles de cientos de camas y las inversiones de miles de millones ignorando, deliberadamente, que la condición previa para que realmente exista progreso social consiste en que la gente sea consciente y se convenza de que existen muchas alternativas fac-

tibles para la política actual que ofrecen una amplia gama de elección en el más vital de los aspectos que afectan a su bienestar: el propio medio ambiente físico en el que viven y trabajan.

Pero, en lugar de abrir el debate sobre las alternativas factibles que existen, debate que permitiría, además, profundizar en la práctica de la democracia cotidiana, consolidándola, el único mensaje que llega con reiteración es el de la descalificación, como utópicos, de aquellos que cuestionamos ese crecimiento, dejando de lado que lo realmente utópico es pensar que podemos seguir creciendo como hasta ahora. Da igual que ese cuestionamiento sea sólidamente razonado y argumentado pues, por definición, sólo cuentan como razones y argumentos aceptados aquéllos que defienden el crecimiento y que contribuyen a mantener la maquinaria económica en constante funcionamiento, con independencia de su aportación al bienestar de las personas. La conclusión es clara: si la economía crece, todo va bien, así que no es necesario preguntarse a costa de qué crece, cuál es el coste real que se está pagando por crecer, ni cómo se distribuyen los ingresos generados por ese crecimiento.

En definitiva, el único objetivo bendecido por políticos y empresarios, en este lejano Oeste del turismo que es Lanzarote y que es Canarias, consiste en el crecimiento turístico, es decir, en que la locomotora corra cada vez más y en que nunca se pare. Más significa más vuelos con más turistas, más hoteles y apartamentos, más coches de alquiler, más residuos, más congestión, más "consumo" de espacios naturales, y más y más y más... combustible para la locomotora. Y ese combustible no es otro que el deterioro continuado de cada isla porque, en el fondo —cuando nos atrevemos a reconocer de verdad qué es lo que está pasando y apartamos las ramas y flores de plástico que

constituyen las declaraciones tan rimbombantes como inútiles de Espacio Natural Protegido o de Reserva de la Biosfera, entre otras— lo que vemos es que cada isla es considerada simplemente como un vagón más de madera que puede ser utilizado como combustible inmediatamente o como un simple solar que los fogoneros-promotores-especuladores están deseando urbanizar o “desarrollar ecológicamente”. Sin embargo, la realidad es incontestable, el crecimiento turístico sólo es posible porque el precio que pagan los turistas por sus desplazamientos, incluido el transporte en avión, es mucho menor que los costes sociales inconmensurables que generan esos desplazamientos y que habitualmente son ignorados, aunque, a veces, se intentan financiar con fondos públicos, lo que, paradójicamente, exige un mayor crecimiento del turismo que aporte esos fondos.

Esto es así porque hemos pasado de una situación en la que el turismo era una actividad que estaba al servicio de la isla —lo que permitía mejorar personalmente o financiar la construcción de ciertas infraestructuras colectivas de carácter básico— a otra situación en la que la isla está por completo al servicio del turismo y acaba destruyéndose y destruyéndolo sin que se resuelvan los problemas que los ingresos obtenidos gracias al turismo habrían podido resolver. De hecho, nos enfrentamos a la tremenda obviedad de que, cuanto mayor es el crecimiento turístico y económico, aparecen más y mayores problemas cuya solución real no es otra que la disminución de ese crecimiento, pero cuya solución aparente y políticamente aceptada requiere más crecimiento del turismo para poder financiar esas soluciones. Al final, resulta que toda solución lleva su problema incorporado, por lo que la espiral crecimiento turístico-problemas-soluciones-crecimiento turístico-problemas nunca tiene fin. En suma, la locomotora turística devora al turismo y a las

islas en tanto que espacios sociales convirtiéndolas simplemente en espacios comerciales y en espacios de conflictos cada vez más agudos e irresolubles desde la lógica del crecimiento turístico.

La prueba consiste en que se han construido cientos de hoteles y miles de apartamentos, recibiendo a millones de turistas, y, generándose unos ingresos de miles y miles de millones, se han construido nuevos puertos, aeropuertos y carreteras, pero nunca es suficiente. Hay que mantener la locomotora en marcha y seguir trayendo más turistas y construyendo más hoteles y apartamentos, ampliando los puertos y los aeropuertos para, finalmente, convertir el territorio insular en un inmenso y masificado aparcamiento de personas y de automóviles. ¿Cuánto deterioro es necesario conseguir para que empiecen a primar realmente los intereses colectivos sobre los individuales?

PARA VIVIR AQUÍ

Joan Buades

Diputado de Els Verds en el Parlament de les Illes Balears

EL MUNDO ES UNA ISLA. Habitamos un mundo cada vez más inasible. Nos acercamos a la culminación del proyecto filosófico de la Modernidad: el del hombre como dueño y ministro de la naturaleza, aquél que la conoce, desentraña sus secretos y es por ello capaz de "perfeccionar" sus frutos. La técnica, con sus incesantes inventos y artefactos del más variado pelaje, se ha convertido en la religión de nuestro tiempo, un tiempo marcado por lo que alguien ha llamado "sonambulismo tecnológico". Sobornados por la televisión, internet, el microondas o el coche, hemos perdido nuestro instinto del miedo y de la duda ante el acontecer de las cosas.

Rompemos a ritmo cada vez más vertiginoso fronteras sagradas: el planeta, el universo cercano, el cuerpo, el genoma propio. Pero, y ésta es la tragedia de la hora presente, con prisas y sin pausas, nos sentimos extraños en nuestro paraíso artificial. Es un secreto a voces que estamos rozando límites: el

equilibrio climático que nos permite respirar, el balance hídrico favorable para que la naturaleza fluya y nos alimente, la pervivencia de la belleza del paisaje como rostro del planeta que proporciona sosiego y deleite. Somos muchos, cada vez más. Vivimos el siglo del desarraigo y las migraciones. De un falso mestizaje y de la destrucción de las últimas naciones ajenas al culto tecnológico. Sabemos que estos nuevos problemas a escala planetaria tienen su origen en un desarrollo ciego con el ambiente y los derechos sociales de la gente y de los pueblos. Los éxitos macroeconómicos, la libertad sólo de comercio, el ilusionismo técnico, constituyen hoy los pilares de una civilización en decadencia y llamada a la extinción. Todos ellos han dado lugar a la famosa globalización, es decir, a la unificación de las maneras de producir, consumir y sobrevivir de la humanidad. Si algo está claro a partir de ahora, es que el mundo se ha convertido en una isla cada vez más pequeña donde impera una creciente fragilidad y complejidad. La conciencia del mundo como una sola Tierra, como una isla, es precisamente la base de la revolución cultural ecologista. A diferencia de las revoluciones del pasado, ésta se nutre de la vida y de la noviolencia: el reto de hoy es proteger el planeta de una mayor destrucción que va en contra del propio interés humano y de los demás seres vivos y que disminuye el potencial de disfrute de una existencia plena para ambos.

UNA ISLA ES EL MUNDO. Bali, Formentera, Kauai, Madagascar, Jamaica, casi 500.000 islas pueblan el Planeta. El estudio de la insularidad ha sido siempre estimulante. Las Galápagos, por ejemplo, estuvieron en el origen de la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies. Los sistemas insulares reúnen rasgos que las hacen particularmente atractivas para comprender la trama de la vida. Su limitación y discontinuidad geográfica los han llevado a ser cobijo

de fenómenos tan dispares como el incremento de la diversidad incluso en las condiciones ambientales más adversas (los endemismos) y la ralentización de la dinámica evolutiva en comparación con los ecosistemas continentales. Conocemos ejemplos de desarrollo humano muy diferentes en espacios insulares. Unos han dado lugar al esplendor mediterráneo clásico, pero otros pueden darnos una lección sobre el futuro de la humanidad. Fijémonos en la isla de Pascua, uno de los lugares más remotos y deshabitados del planeta. Hacia 1550 llegó a su cénit de población, unos 7.000 habitantes, constituyendo probablemente la civilización más avanzada de Polinesia, como testimonian las gigantescas estatuas que la han hecho famosa. ¿Cuál fue la causa de su abrupta decadencia? Como tantas otras veces en la historia, la ruptura vino dada por haber traspasado el umbral de sostenibilidad ecológica. El acarreo sobre troncos de las enormes piedras con las que erigieron monumentos a sus divinidades así como el incremento desmesurado de las necesidades de la vida cotidiana de una población cada vez mayor comportaron la deforestación total de la isla antes de que llegaran los europeos en el siglo XVIII. Desde entonces, la decadencia de la isla, de la calidad de vida humana y de la biodiversidad se han convertido en un hecho permanente. Tanto es así, que hoy da cobijo a menos de 3.000 personas. ¿Será el de la isla de Pascua el destino futuro de nuestra especie?

LANZAROTE ES UN LABORATORIO DE INTERÉS PLANETARIO sobre la viabilidad de un desarrollo humano basado en el respeto a los ritmos de la Naturaleza y a las verdaderas necesidades de la gente. Su declaración como Reserva de la Biosfera por la UNESCO no significa otra cosa. De eso hace ya siete años, pero aún no se ha traducido en una gestión ambiental sostenible. Buena prueba de ello es la celebración de esta exposición y la rica variedad

de aproximaciones a la crisis de la isla que refleja: el modelo turístico, la energía, las infraestructuras, la biodiversidad, la demografía, el urbanismo, el nivel de democracia local...

Con sus poco más de 80.000 hectáreas, un hábitat prácticamente desértico debido a su génesis volcánica, su bonanza climática a lo largo de todo el año, así como su pertenencia a un estado de la Unión Europea, Lanzarote se ha convertido ya en un destino turístico de primer orden. Vistos los ejemplos de Mallorca e Ibiza, la especialización turística supone una ruptura total con la sociedad tradicional y su entrada en el mundo industrial. Como pone de relieve la polémica pública sobre la Moratoria urbanística y el Plan Insular de Ordenación del Territorio, está en juego la calidad de vida a largo plazo de una sociedad que empieza a sufrir, sin ningún tipo de control democrático real, la invasión de capitales especulativos a gran escala. A las probablemente cerca de 70.000 camas turísticas actuales, podría sumarse una cantidad nada despreciable en los próximos años si prosperan las presiones del *lobby* constructor. El punto crucial es poner el acento en la noción de "capacidad de carga". La capacidad de carga mide los límites ambientales que puede soportar de manera duradera un territorio determinado. ¿Cuál es el límite de sostenibilidad ecológica y social del modelo territorial lanzaroteño? En este sentido, hay que innovar y ser capaces de pasar de la mera discusión urbanística (sobre gestión de planeamiento y modalidades de edificación) a una auténtica ordenación territorial ecológicamente sensata. Esto es, hay que acordar nuevos indicadores como la densidad de población o las reservas estratégicas de agua. Hay que ser valientes y ralentizar la construcción antes de que Lanzarote se convierta en un parque temático "natural" en manos de inmobiliarias sin escrúpulos. Y se tiene que promover una economía donde la

gente del lugar importe: buscando equilibrios con otros sectores, reinvertiendo en servicios públicos de calidad, alentando las iniciativas culturales y la participación comunitaria. Con absoluta honestidad y un poco de coraje. Juntos, vertebrando la democracia cotidiana, sin delegar en expertos ni en políticos gremiales. Como en tantas otras islas del archipiélago-mundo. Para vivir aquí.

CRISIS ENERGÉTICA: NUEVAS OPORTUNIDADES PARA LANZAROTE

Roque Calero

Director del Instituto Tecnológico de Canarias

Lanzarote, por su pasado, su presente y su futuro, constituye un ejemplo casi único, a nivel mundial, de todo lo que ha significado y pueden significar los conceptos de desarrollo y sostenibilidad.

Lanzarote, como toda isla pequeña, es un sistema cerrado y frágil, sometido a las limitaciones derivadas de sus propios (y escasos) recursos. Si no estuviera habitada, el equilibrio entre energía (solar), agua, flora y fauna sería perfecto. Desde el momento en que la especie humana puso su pie en la isla, se inició un proceso de cambio en sus condiciones naturales a través de lo que se conoce como acción tecnológica del hombre, modificando intencionadamente el medio, recreando la naturaleza primigenia.

Para efectuar tal acción tecnológica ha sido preciso poner en juego, procesar, tres factores: materias primas, energía e información. Así, por ejemplo, un

proceso tecnológico simple como hacer una casa con piedras requiere la materia prima piedras, la energía para transportarlas, elevarlas y colocarlas, y la información precisa para saber cómo hacerlo.

En la isla de Lanzarote desde hace no muchos años, la cantidad de vida, incluyendo la humana, y la calidad de ésta, venía condicionada por el conocimiento (información) disponible y por la energía y por las materias primas, también disponibles. A medida que la isla se va interrelacionando con el exterior, incrementando las importaciones de las materias primas, energía e información (y por consiguiente salvando las carencias naturales) va incrementándose su nivel tecnológico, y con él, la cantidad de vida capaz de ser soportada. Es decir, se entra en el proceso que se ha dado en llamar desarrollo.

Hasta hace poco tiempo, este desarrollo se concebía como más cantidad de vida (más turistas, más residentes) y más calidad de vida (más automóviles, más electrodomésticos, más...). Esto ha conducido a una enorme sobrecarga de los recursos naturales de la isla, a una creciente dependencia del exterior, a una mayor vulnerabilidad frente a cualquier crisis externa o interna.

En realidad, la isla de Lanzarote es hoy un mundo artificial, un alarde tecnológico, un auténtico portaaviones anclado en el mar. Cientos de aparatos aterrizan sobre ella cada día para extraer el recurso exportable: turistas que pagan por el sol, las playas, los hoteles, el paisaje..., mientras que decenas de barcos nodriza la abastecen de todos los recursos necesarios: energía, alimentos, materiales, maquinaria, etc. Aun cuando se asuma que el único recurso vendible de Lanzarote sean los servicios turísticos, no queda más remedio que plantearse si el modelo actual es el más correcto de cara al futu-

ro o, en otras palabras, si puede sostenerse en el tiempo. La respuesta depende de muy diversos factores, pero en este artículo me voy a limitar al análisis de sólo uno de ellos, la energía, pues, sin lugar a dudas, es el más decisivo, tanto para mantener el desarrollo actual como, mucho más, para alcanzar cualquier desarrollo sostenible futuro.

En el momento actual, prácticamente el 100% de la energía que se consume en Lanzarote procede del petróleo importado, directa o indirectamente. Con esta energía se desplazan los turistas en avión (entre 300 y 450 litros de queroseno por persona y viaje, ida y vuelta); se produce toda el agua potable que abastece la isla (a razón de 0.6 Kg de petróleo por m³ de agua); se mantienen los alimentos en los frigoríficos; se acondicionan los hogares y residencias para que los visitantes tengan el máximo confort; se iluminan los interiores y exteriores de casas, comercios y calles; se cocina; se calienta el agua para la limpieza corporal, etc. En definitiva, la energía es, ni más ni menos, el sustento de la vida en la isla. Por tanto, a más cantidad de vida, a mayor número de habitantes y de visitantes, y a más calidad de vida, a más desarrollo convencional, en suma, más consumo energético.

Ante esta situación pueden plantearse muchos interrogantes para el futuro; pero sólo destacaré dos a título de compendio: ¿Puede aumentarse la cantidad y calidad de vida disminuyendo al mismo tiempo la importación de petróleo? ¿Qué repercusiones puede tener para Lanzarote una eventual crisis de precios y de suministros de petróleo? Evidentemente, lo que ocurra en el futuro con la energía del petróleo (o incluso del gas), no será una "noticia externa" para Lanzarote. Será el ser o no ser para la isla de Lanzarote que hoy conocemos.

Dada la finitud de los recursos de petróleo y gas y los altos consumos actuales (que se verán incrementados si nuevos países alcanzan un mayor nivel de desarrollo convencional) puede afirmarse con total seguridad que la década 2010-2020 marcará el inicio de la etapa final de estos combustibles, cuyos primeros síntomas serán aumentos considerables de precios y convulsiones políticas de todo tipo, para posteriormente entrar en un periodo de escasez progresivamente creciente.

Las repercusiones para Lanzarote van a ser muy importantes, dada la incidencia enorme que los combustibles representan en todas las actividades de la Isla. Aparte del encarecimiento de todos los servicios y bienes (incluido el agua), lo más grave sería el aumento del coste de transporte de los turistas hasta la isla, que supondrá en la práctica un alejamiento progresivo de Lanzarote del continente europeo. Esto afectará, en mayor medida, al modelo de turismo actual, masivo y de corta estancia, donde el factor transporte supone más del 40 % del total del "paquete turístico".

Teniendo en cuenta la evolución de la población europea (progresivo envejecimiento), y los nuevos hábitos y exigencias del trabajo (más tiempo libre, más corto periodo de actividad laboral, posibilidad de trabajo a distancia, etc.), la respuesta más adecuada a esta presumible crisis energética podría ser la de ofertar un nuevo modelo de turismo en Lanzarote soportado por recursos energéticos propios (que disminuya los costes de la energía en los bienes y servicios producidos en la isla), y el alargamiento de la estancia media del visitante (de manera que se disminuya el coste del transporte en el paquete total).

Desde el punto de vista energético, ello implica el uso intensivo de los recursos energéticos derivados del sol y del viento, fundamentalmente, y la implantación generalizada de sistemas de ahorro energético, en todas las aplicaciones posibles.

El uso intensivo de la energía solar, fotovoltaica y térmica, significará una importante independencia del petróleo para iluminación, refrigeración y calentamiento del agua, mientras que el empleo a gran escala de la energía eólica puede suponer el total abastecimiento de agua potable de la isla sin recurrir al petróleo y la posibilidad, cada vez más cercana, de producir a partir del viento lo que será el combustible limpio del futuro: el hidrógeno (para mover vehículos de todo tipo o producir electricidad).

Para la implantación generalizada de sistemas de ahorro se hace preciso una profunda transformación en los modelos de viviendas, apartamentos y hoteles de la Isla, bajo los conceptos de bioclimatización y autosostenimiento. Esto significa que debe ser imperativo y urgente el establecimiento de nuevos requisitos constructivos, no sólo para las nuevas edificaciones de la Isla, sino también para el cambio paulatino de los actuales.

Como resultado de todo ello, Lanzarote seguirá siendo un portaaviones anclado en el océano, pero ahora mucho menos dependiente, más protegido frente a crisis externas, con un desarrollo tecnológico mucho más avanzado (y propio), que en definitiva supone mantener (quizás) la cantidad, pero apostar decididamente por la calidad, entendida ésta, en el contexto que nos ocupa, como un soporte turístico altamente tecnificado y energéticamente eficiente y autosuficiente.

Y todo ello en un marco de solidaridad mundial, cual es el real y positivo concurso al mantenimiento de un atmósfera más limpia, a un ecosistema planetario más estable y duradero.

LA VARIANTE DE GUATIZA: QUE LA COBREN, PERO QUE NO LA HAGAN

Antonio Estevan*

Ingeniero industrial y consultor ambiental

La tesis de este artículo es sencilla: se esperan tiempos difíciles para Lanzarote en materia de sostenibilidad del transporte. Por diversas razones, es de temer que se vuelva a intensificar la construcción de carreteras, estimulada por el imperativo político de consumir los presupuestos de inversión aprobados, en un marco institucional de insensibilidad ambiental en relación con las obras públicas. Se avecina en la isla, en consecuencia, una oleada de destrucciones ambientales debidas a la construcción de carreteras cuyo inicio y símbolo es el proyecto de la Variante de Guatiza.

* En 1998 elaboró,
por encargo de la
Fundación César Manrique,
el *Informe sobre
las Carreteras de Lanzarote*.

En los últimos quince años, la política española de transportes ha consistido sencillamente en construir nuevas carreteras y autovías a la mayor velocidad posible para conseguir beneficios electorales, utilizando para ello fondos europeos y dinero procedente de las privatizaciones de empresas públicas. Poca gente sabe que, en la actualidad, y como consecuencia de esta prolon-

gada carrera de construcciones electorales, España ocupa ya el primer lugar entre todos los países europeos en kilómetros de carreteras de gran capacidad (autopistas y autovías) por habitante y por vehículo, superando al siguiente (Francia) en un 34 y un 57 por ciento, respectivamente, y a los restantes países en porcentajes mucho mayores¹. En términos absolutos, la red española es ya la segunda en longitud de Europa y la cuarta del mundo, sólo superada por las de Estados Unidos, Alemania y Canadá, por ese orden. Sin embargo, el frenesí constructivo no parece que se vaya a calmar, a tenor de los recientes anuncios gubernamentales de nuevos megaplanes de infraestructuras.

La dinámica electoralista que impulsó los planes de autovías en los años ochenta y noventa parece haber remitido en los últimos años². Seguir haciendo autovías ya no da votos, por la sencilla razón de que apenas quedan ya votantes sin autovía. Las próximas autovías, que constituyen una completa extravagancia desde el punto de vista del tráfico, se van a construir sencillamente por dinero. Con los nuevos programas de infraestructuras, que completarán una red gigantesca, el *lobby* de las grandes constructoras que controla desde siempre al Ministerio de Fomento no sólo se asegura abundante obra nueva de gran rentabilidad para los próximos años, sino también, y sobre todo, un impresionante presupuesto de mantenimiento y conservación de la red de autovías, que en adelante se reproducirá para siempre, de modo obligado, año tras año.

A su pequeña escala insular, Lanzarote ha sido en las dos últimas décadas un fiel reflejo de la singular política estatal brevemente descrita más arriba. No ha habido otra política insular de transportes que la construcción de carreteras, y ésta se ha desarrollado de modo brutal y ajeno a las características

¹ *Anuario Ministerio de Fomento*, 1998.

² En la etapa más reciente, la construcción electoral se ha desplazado desde las autovías hacia el ferrocarril. Ahora lo que parece que da votos es el AVE, y hacia él se van a dirigir masivamente los recursos públicos en la próxima década: sumando los kilómetros de vía de alta velocidad en servicio, en construcción y en proyecto, al término de la década actual sólo Francia aventajará a España en este tipo de infraestructura ferroviaria, y ello en el contexto no sólo europeo, sino mundial.

de la isla, así como a los intereses de la población. La galería de los despropósitos acumulados ya va siendo larga: ahí está la partición del núcleo de Tías por la autovía, las dos carreteras que corren paralelas entre Yaiza y Playa Blanca, la deplorable carretera de Arrecife a San Bartolomé, la nueva vía rápida que atraviesa la parte norte de La Geria, la pista superrápida construida entre Tegui y el Monumento al Campesino, a través de El Jable... Cualquiera puede observar los profundos daños que han sido ya causados en los paisajes de Lanzarote —cuyo valor no es necesario señalar— por la política de obras públicas que se viene abatiendo desde hace años sobre la isla.

Pero en Lanzarote, al igual que ocurre a escala autonómica y a escala estatal, lo más preocupante es lo que está por venir. En la isla hay dos grandes cante-
ras de obras de carreteras: el tradicional itinerario costero Playa Blanca-Arrecife-Órzola, y el más reciente itinerario interior Arrieta-Haría-Tegui-Uga. En realidad, este último no es más que una invención oficial, pues nunca ha existido tal "itinerario" en Lanzarote, sino una sucesión de conexiones locales. Pero la creación de este "itinerario" ya ha justificado la realización de varias obras de cierta importancia, y en el futuro podrá generar muchas más, simplemente declarándolo itinerario "alternativo" de la ruta costera.

Por su parte, en el Estudio Informativo³ aprobado oficialmente para el corredor costero, se afirma tajantemente la "vocación de autovía" de todo el itinerario, desde Playa Blanca hasta la misma Órzola. Obviamente, tal propuesta es por completo indefendible para quien tenga un mínimo decoro técnico, especialmente en su tramo más septentrional, pues Órzola es una localidad con algunos centenares de habitantes y al norte sólo tiene la isla de La Graciosa, habitada por un puñado de familias y legalmente protegida de la

³Estudio Informativo
Órzola-Arrecife-Playa Blanca.
Fase C.U.T.E., Consultoría y Gestión
E.E. y SERCAL, S.A., Dirección
General de Obras Públicas del
Gobierno de Canarias,
Las Palmas, 1966

especulación urbanística. Sin embargo, la autoridad autonómica competente aprobó en su día el Estudio Informativo, y sobre las conclusiones de éste se están justificando oficialmente las propuestas de intervención a lo largo de todo el corredor.

Dentro de ese itinerario, ahora mismo vuelve a estar sobre el tapete la *Variante de Guatiza*, que simboliza el comienzo de un nuevo ciclo de grandes obras de carreteras en Lanzarote. Claramente, el proyecto de Guatiza se inscribe en un planteamiento de largo alcance que tiende a crear itinerarios rápidos de nuevo trazado y con "accesos controlados". Esto es, vías de altas prestaciones liberadas de cualquier servidumbre de acceso a las tierras circundantes, y, por tanto, fácilmente convertibles en autovías en el futuro, mediante la duplicación de calzada.

El problema que suscita la *Variante de Guatiza* va mucho más allá de la destrucción de la vega de tuneras, de la salvaje intrusión paisajística y de la irreversible fragmentación territorial que supone la obra. También va más allá del despilfarro de recursos para una obra totalmente innecesaria: las intensidades de tráfico que se producen en las travesías de Guatiza y Mala se pueden manejar perfectamente con mayor seguridad vial que en la variante, y sin molestias para la población, sin más que aplicar los principios y las técnicas que se agrupan bajo el objetivo de "calmar el tráfico".

El problema es mucho más profundo y tiene una gravísima proyección insular: dejar que ese modelo de carretera, ideado para recorridos rápidos de larga distancia en itinerarios continentales de mediana intensidad de tráfico, tome carta de naturaleza en Lanzarote, equivale a firmar a largo plazo la sentencia

de muerte de la sostenibilidad ecológica y paisajística del transporte por carretera en la isla. Como es fácilmente pronosticable, porque ya ha ocurrido en otros lugares, la existencia en la red de importantes tramos de carreteras rápidas con accesos controlados se utilizará para justificar la progresiva conversión de más y más secciones de las restantes carreteras hacia los mismos parámetros, en un proceso retroalimentado que se irá extendiendo progresivamente a toda la red insular, sean cuales sean las intensidades de tráfico de cada tramo. Es lo que los departamentos de carreteras llaman "la necesaria homogeneización de la red". La isla acabará quedando surcada, en todas direcciones, por carreteras o autovías de altas prestaciones de velocidad, totalmente innecesarias dada la escala territorial insular, pero cuyo impacto visual, en un relieve como el de Lanzarote, será necesariamente demoledor.

Así las cosas, queda ya poco espacio en Lanzarote para intercambiar hermosas reflexiones acerca de la movilidad equitativa y sostenible, la creación de cercanía, y otras propuestas más o menos poéticas como las que se plantearon en la *Estrategia de Lanzarote en la Biosfera*, cuando parecía que era posible que las cosas comenzaran a hacerse de otra manera en la isla. Según todos los indicios, el contexto institucional de la obra pública en Lanzarote vuelve a estar tan sometido a intereses económicos y políticos concretos, y tan rebajado en su nivel de competencia técnica, como lo estuviera en los peores viejos tiempos.

Y si esto es así, y si ya no queda en la isla capacidad para oponerse a los intereses constructivos y para frenar políticamente el desastre ambiental que se avecina con la nueva oleada de obras de carreteras, sólo cabe terminar formulando una propuesta concreta para parar el simbólico proyecto de la

Variante de Guatiza. Una propuesta que podrá parecer cínica o incluso extrañada, pero que, dadas las circunstancias, si es examinada fríamente se comprobará que posee una sólida lógica interna:

Sacrifíquese el dinero público, pero no la isla. Páctese con los poderes fácticos prevalentes una solución segura para salvar la Vega de Guatiza: si no hay otra forma de parar la carretera, que la cobren, pero que no la hagan.

POR QUÉ NO LANZAROTE

Francisco Jarauta

Catedrático de Filosofía. Universidad de Murcia

La tendencia hacia una civilización global es hoy una evidencia. Sean cuales sean los efectos intermedios, los desajustes y contradicciones del proceso, a nadie escapa que la tendencia hacia la mundialización de las actividades humanas ha dejado de ser un concepto abstracto para dar lugar a formas concretas de organización de un mundo nuevo en vías de formación.

El "mundo global" es, ante todo, el resultado de una profunda reorganización de la economía y la sociedad, las formas del poder y de la comunicación. Pocas épocas como la nuestra han sufrido transformaciones tan profundas y aceleradas. El mapa con el que nos habíamos acostumbrado a pensar la historia ha estallado, desplazando sus límites, imponiendo otras estrategias. Ha surgido así un territorio que se resiste a las cartografías oficiales.

La reorganización en curso da lugar a una nueva complejidad que hace necesaria una nueva reflexión con la que orientar el análisis de los nuevos

fenómenos y tendencias, así como aquellas estrategias políticas competentes para intervenir en los diferentes niveles de la situación actual, transformando su lógica y sentido. La reorganización en curso está, por ejemplo, definiendo el papel central jugado hasta hace poco por el estado-nación, dando lugar a nuevas formas de organización del poder económico y político, legitimadas cada vez más por un pragmatismo *after the facts* y que terminan siendo las instancias últimas de decisión de la globalización del planeta.

En este contexto se ha impuesto como razón primera del proceso el primado de una razón económica, frente a otro tipo de valoración de los hechos. Pero someter el proceso a la lógica de la funcionalidad de lo económico es dejar fuera consideraciones fundamentales que hasta la fecha correspondía a la moral y a la política defender. Y, si por una parte, una economización progresiva de los procesos, el primado dado a lo económico sobre lo político, deja a este último sin las competencias críticas correspondientes y, en cualquier caso, sin la relevancia propia de una orientación justa de los objetivos prioritarios; por otra, la reducción de los componentes morales y críticos, a la hora de establecer la valoración de los fines, hace que los procesos de la globalización se legitimen desde su propia lógica, la de una eficiencia a todo coste de sus objetivos estratégicos, sin dar entrada a otros considerandos críticos, que la tradición moderna había situado en su horizonte moral como algo innegociable.

Esta mínima lección que la historia moderna nos proporciona debe seguir actuando a la hora de plantear una perspectiva amplia de los problemas que la globalización comporta. Se trata de reivindicar un contrapunto moral frente a un tipo de análisis que prefiere la lógica economicista de los procesos

como único criterio de medida y legitimidad. A este respecto hay que añadir que no se trata de posiciones voluntaristas y testimoniales, sino de decisiones que tienen que ver directamente con la organización de la misma democracia, referencia última a la hora de representar los intereses colectivos.

Igualmente adquieren hoy una creciente relevancia aquellas tesis que a lo largo de las últimas décadas han ido señalando los riesgos que podían derivarse de una instrumentalización abusiva del planeta. Desde el ya lejano Informe del Club Roma sobre los límites del crecimiento, que dio lugar a una larga polémica en los años 70, ha ido desarrollándose una conciencia crítica que ha hecho entender que el planeta Tierra debía considerarse como un sistema, cuyos recursos y posibilidades eran limitados y que por lo tanto todo abuso del mismo podía tener consecuencias irreparables. Es curioso observar cómo en la literatura contemporánea, que el liberalismo más audaz utiliza para explicar sus proyectos, no aparece en ningún caso referencia a este Informe. Sin embargo, todos sabemos que no vivimos en un mundo infinito y que nuestro futuro inmediato depende de nuestra capacidad de gestionar el sistema, consiguiendo el mejor aprovechamiento, salvaguardando así los intereses de las generaciones futuras. Desde la Conferencia de las Naciones Unidas sobre población y medio ambiente, celebrada en Estocolmo en 1972, al citado Informe del Club Roma, *Limits to Growth*, del mismo año, informe que tuvo una amplísima recepción y que puso sobre la mesa el debate sobre los modelos de desarrollo, hasta el conocido estudio elaborado por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, el Informe Brundland —*Our Common Future* (1987)— que acuñó el concepto, ahora utilizado universalmente, de “desarrollo sostenible”, puede identificarse una amplísima literatura atenta a la elaboración de un pensamiento crítico frente al futuro

de la humanidad. Conciencia que, en términos de Hans Jonas, deriva hacia nuevas formas de responsabilidad morales y políticas.

Frente a este conjunto de problemas sigue siendo urgente trazar nuevos mapas, nuevas cartografías del mundo contemporáneo, que nos permitan pensar y situar nuestras opciones frente a un horizonte más justo y humano. Quizá no sea ya el momento de grandes revoluciones, pero quién puede negar la necesidad de nuevos criterios que orienten las estrategias económicas, políticas, sociales y culturales de nuestro mundo. Y si en el proceso de des-territorialización de la política, lo local —región o ciudad— ha pasado a ser el lugar más real políticamente hablando, quizá sea en este lugar donde aplicar y realizar los nuevos proyectos, las nuevas esperanzas. Una forma humana de vivir y comunicarse en un planeta que cada vez es más cosmopolita y multicultural y que tiene la fortuna de contar todavía con lugares como Lanzarote.

BIODIVERSIDAD Y DESARROLLO

Antonio Machado

Biólogo

Cuando George Bush se negó a firmar el *Convenio sobre la Diversidad de la Vida* en la Cumbre de Río (1992), hizo indirectamente un gran favor al lanzamiento definitivo de un concepto que hoy impera en el mundo conservacionista: la biodiversidad.

Tradicionalmente, los biólogos se han ocupado de estudiar la diversidad de la vida en sus variadas expresiones morfológicas, fisiológicas o de comportamiento, es decir, de la biodiversidad como un atributo de la vida. Pero la Cumbre de Río introdujo un importante matiz en el concepto, equiparando la biodiversidad a un recurso. La biodiversidad es el conjunto de genes, especies y ecosistemas de un territorio determinado. Y es así como surge un renovado interés por la conservación de este patrimonio genético que, al margen de su función ecológica en el mantenimiento de los ecosistemas, es algo cada vez más tangible en virtud de los avances en biotecnología. El proyecto

Genoma Humano, el caso de la oveja Dolly o incluso la hipótesis genética que subyace en la trepidante novela de Critchon, *Parque Jurásico*, son buenos exponentes de los potenciales que se esconden en los genes: esas cosas invisibles, por pequeñas, que están preñadas de información aprovechable para el interés del hombre.

La biodiversidad, en sus tres componentes: genes-especies-ecosistemas, es objeto de inventario por parte de cada nación, y muy pocas naciones no son conscientes aún de que el mantenimiento y futuro de nuestra especie en el planeta se soporta sobre la biodiversidad. Esto es válido sobre todo a escala global, y algo menos a nivel regional o de una simple isla. Cualquier territorio puede ser forzado para albergar más carga humana, bien incrementando tecnológicamente el rendimiento de los recursos locales, o bien importando lo que escasea o, sencillamente, no se tiene. En tales casos, unas regiones explotan y parasitan a otras.

Viene al caso este preámbulo para acabar con la falacia de presentar a Lanzarote como un modelo de "desarrollo sostenible". Lanzarote hace tiempo que dejó de vivir de sus propios recursos naturales, que siempre fueron limitados. La actual población humana de la isla se sustenta en las copiosas importaciones de alimento y energía que entran a diario a través de sus puertos. Cualquier isla que tenga que desalar agua de mar empleando combustibles fósiles importados está, por definición, fuera del marco de la sostenibilidad ecológica. Y si la memoria no me falla, el desarrollo sostenible es un taburete de tres patas: sostenibilidad social, sostenibilidad ecológica y sostenibilidad económica.

Es en este contexto en el que debemos valorar el interés relativo de la biodiversidad de la isla. En Lanzarote, se han contabilizado unas 600 especies de plantas silvestres, 430 de escarabajos, más de 250 líquenes distintos, 73 especies de arañas, unas 30 aves nidificantes, 17 especies de mariposas, etcétera, etcétera. No se trata de grandes cifras si se comparan con otras islas o regiones más húmedas, pero lo destacado de la biodiversidad insular no es el número de especies presentes, sino la particularidad de que muchas de ellas son exclusivas de la Isla (15 plantas, 33 escarabajos, etc.). Se trata, pues, de endemismos, especies que si se extinguen en Lanzarote, desaparecen del planeta y con ellas los genes potencialmente explotables que atesoran. No menos importantes son las variedades de hortalizas que el agricultor conejero ha seleccionado y moldeado a través de los tiempos, sus formas de cultivo e, indirectamente, los paisajes que de ello resultan. Biodiversidad antropogénica, por decirlo en otros términos.

Ahora bien, ¿seguirá la isla funcionando ecológicamente si desaparecieran estas especies? Probablemente sí. De hecho, el desarrollo ya acontecido se ha cobrado una cuota importante en alteración de los hábitats naturales, y la lista de especies autóctonas desaparecidas o en peligro de extinción es un lapidario anunciado. Por otra parte, la cantidad global de plantas y animales registrados no para de aumentar debido a la introducción continua de especies foráneas o exóticas que el comercio del hombre favorece de modo importante. Más de un tercio de la actual flora silvestre de Lanzarote es exótica, y estas plantas invasoras también quitan espacio a las nativas y endémicas. Lo mismo ocurre con los cultivos autóctonos. Y si queremos ahumar más el panorama, sólo hay que pensar en la contaminación directa del agua y el aire, o en el continuo incremento de basuras y residuos recalcitrantes.

En términos generales, la biodiversidad ha aumentado en la Isla, pero a costa de una merma importante en lo que es patrimonio o biodiversidad propia. Un trueque estúpido: auténtico por banal, calidad por cantidad.

La globalización quizás sea el fenómeno más característico de este final de siglo y la industria turística uno de sus fieles secuaces. En su cara oscura, la globalización devora diversidad, tanto biológica como cultural. Globalización y biodiversidad tienen mucho de antagónicos, con el agravante de que las pérdidas en biodiversidad son irreversibles. Las especies se extinguen para siempre.

Y si la Isla está ya inserta en un modelo de desarrollo ecológicamente no sostenible, ¿qué más da que se pierdan unas cuantas especies más o que los paisajes tradicionales isleños se transmuten en otros ajenos? Pues sí importa, porque, además de nuestra responsabilidad internacional como custodios de especies únicas de fauna y flora, la situación en la Isla puede empeorar y hacerse aún más insostenible. Nuestro bienestar no está garantizado en absoluto.

Pensemos, por ejemplo, en el creciente interés por lo auténtico que el propio fenómeno de la globalización está despertando en la sociedad del "hombre blanco". Lo auténtico, aquello que se da por sí mismo, sin premeditación comercial, acabará por ser lo más escaso y lo más codiciado en un futuro no muy lejano.

Lanzarote ha sido y sigue siendo una isla relativamente auténtica, con paisajes, ecosistemas y especies animales y vegetales propios. Ahora es cuestión de averiguar si el turismo, al que nuestra economía está enganchado, seguirá considerando atractiva una isla progresivamente banalizada. Es cuestión,

sobre todo, de que los conejeros decidan si prefieren vivir en un entorno con señas de identidad propia o en un *potpourri* de clichés importados. Las plantas y los animales de la Isla, por descontado, no tienen elección.

La pata de la sostenibilidad ecológica ya está tocada. Ahora está en juego la sostenibilidad social. Y, créanme, que si estas dos fallan, la economía también caerá.

LA ISLA DEL TESORO

José María Mendiluce

Eurodiputado

Si no fuera por los titulares de prensa, por la presencia molesta de la desesperación humana en las calles, o por la expresión dramática de muertos, niños y embarazadas, se impondría lentamente una densa normalidad de lo cotidiano. Pero bajo la apariencia, espesas capas de silencio e intereses se superponen. De nuevo el silencio cómplice. Tan útil como incapaz de evitar los dramas. Nadie sabe nada. Nadie ve nada. Nadie denuncia nada. Mientras, una amplia gama de beneficiarios del trabajo ajeno se lucra desde la ilegalidad y la explotación al final de la cadena de la extorsión y el tráfico de seres humanos. El nuevo negocio del siglo XXI. El tesoro de los ilegales.

Pero si el silencio ciudadano es inmoral, y el de los beneficiarios es criminal, se vuelve en irresponsable y acusatorio cuando se trata de dirigentes políticos y representantes gubernamentales que prefieren alejarnos del polvorín poniendo más mecha por medio, ignorando los peligros y aplazando las

responsabilidades desde la ausencia de una política migratoria substituida inútilmente por una política policial y de control de fronteras. Y no habrán resuelto nada. Porque la demanda imparable de mano de obra barata, joven, sin cualificación, se junta con la miseria de los que huyen del no futuro. Y el dinero, avaro y especulador para unos, es la misma razón para el riesgo y la desesperación de nuestros hermanos.

Así, ausentes o incompetentes, o con políticas torpes e insuficientes, el gobierno se escuda tras el orden público. Pero la chispa se ha encendido. Y mucho me temo que aplicaremos más mecha para alejarnos de la explosión. Sin embargo, ya no hay salida. El orden público puede imponerse por un tiempo. Pero no durante mucho tiempo, mientras persista el desorden social que provoca la marginación y la explotación. Entretanto, preparémonos, a fondo, para revisar el orden moral y ético de una sociedad que, cubriéndose los ojos, tapándose los oídos o cerrando la boca, querrá que todo pase rápidamente.

La realidad ha dejado caduca ya la Ley de Extranjería, y dejará en evidencia la anunciada y tramitada reforma de la Ley. Reforma que resuelve mal, de manera miope y restrictiva, la inevitable necesidad de otra política para abordar los flujos migratorios y que enfrente el problema de fondo: integración social de los inmigrantes favoreciendo, con urgencia, políticas activas de reagrupación familiar. Sólo las familias permitirán un anclaje sólido y seguro para los jóvenes.

La inmigración descontrolada seguirá, mientras persista la miseria dramática en África y el saldo de la globalización siga sumando ceros a los pueblos africanos, y la deuda les ponga más plomo en los pies. Recientemente, hasta el

Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que son de los principales acreedores, aceptan en un acto de cinismo que la deuda es "insoponible" e "impagable" para aquellos países en los que el pago de sus intereses supone el 25% de sus exportaciones. O dicho de otra manera, que deben destinar cuatro veces más recursos para pagar los intereses de la deuda que a educación y sanidad.

Resulta escandaloso reclamar el pago usurero de unas deudas imposibles sin preguntarse por las nuestras: las deudas morales, éticas, históricas y políticas que desde Europa, especialmente, tenemos contraídas con los pueblos de África. En doscientos años hemos conquistado y esclavizado, practicando un colonialismo devastador y voraz, seguido de una descolonización de torpes geometrías miopes. Y hemos dejado a nuestros capataces y vigilantes para que, corrompidos y corruptores, mantengan un sistema de poder que nos permita seguir nuestra inacabada tarea expoliadora de la riqueza natural de África.

Ahora las guerras comerciales de nuestras compañías se resuelven con guerras reales entre guerrillas y gobiernos al servicio de intereses inconfesables. Petróleo contra diamantes, gas contra oro. Muertos contra muertos. Beneficios en Europa o Estados Unidos. No nos ha importado que este proceso se haya traducido en más de 30 guerras desde 1970, con ocho millones de refugiados y desplazados; que la mitad de los muertos —por supuesto civiles— de las guerras en todo el mundo sean africanos.

Mientras África agoniza, en una reiterada imagen de resistencia ante la muerte, Europa debe escoger (y ya no hay más tiempo para las dudas ni los aplazamientos) si opta por el camino canalla de la venta legal o ilegal de

armas, o por apoyar incondicionalmente a los Mandelas africanos. Y hay más de uno.

Necesitamos un empuje crítico cargado de energía transformadora y positiva que emplace a nuestros gobiernos y a la Unión Europea a tomar partido por los africanos. Con otras políticas de desarrollo, de cooperación, de asilo, de migración y de condicionalidad democrática en nuestras inversiones y ayudas.

Los europeos debemos constituir una plataforma fuerte y unida, capaz de cambiar las relaciones internacionales y exportar no sólo capital y tecnología, sino también derechos humanos y democracia. Si no es así, África se convertirá en el basurero nuclear e industrial de una economía antinatural, y en el mayor hospital del mundo por hambre, miserias y SIDA. Pero somos muchos ya los que sabemos que estas ecuaciones no funcionan. Y que ya no es posible un reparto de las miserias sin el reparto de las riquezas. Y que la mundialización nos asocia en el presente y en el destino. Y que hay futuro para todos o no lo hay para ninguno. Ni desde nuestra confortable isla.

POR UNA ECONOMÍA AL SERVICIO DE LANZAROTE

José Manuel Naredo

Doctor en Ciencias Económicas y Estadístico Facultativo

En las islas se aprecia con más facilidad que en las grandes masas continentales que la mejora de la calidad de vida y la mejora de su ambiente no pueden ser objetivos separados, incluso enfrentados, como plantean, de hecho, los enfoques económicos habituales, lo que invita a revisar sus fundamentos. En efecto, si se identifica el *progreso* con el *crecimiento* de la población y sus consumos, y se considera a la *naturaleza* como un potencial de fuerzas a explotar, la *regresión* está servida de antemano. Esta visión meramente extractiva y explotadora tiene como horizonte obligado el deterioro del territorio que la nutre. Los recursos naturales aparecen así como simples *factores limitantes* a los que se enfrenta el *progreso* económico, cuyo triunfo presupone el deterioro de aquéllos, ocasionando una *regresión* que el discurso económico ordinario acostumbra a silenciar.

Sin embargo, como bien nos ha enseñado César Manrique en el caso de Lanzarote, los recursos naturales pueden y deben ser no sólo *limitantes*, sino

también *sugerentes* como fuente de placer y creatividad. Incluso un ambiente volcánico tan aparentemente hostil para la vida humana como el de Lanzarote puede *sugerir* usos extremadamente valorados y gratificantes. Hasta un tubo volcánico puede resultar muy acogedor para la vida. La aridez originada por la insolación, el viento y la salinidad del agua del mar puede trocarse en un útil y bello paraje de salinas. O el oscuro tono de las lavas puede combinar bien con el verdor de la vegetación... y la blancura de la edificación, para configurar un paisaje muy atractivo. En suma, que la especie humana puede establecer un uso que, a la vez, sea útil y mejore el medio físico en el que se desenvuelve. La agricultura tradicional y la arquitectura vernácula ofrecen múltiples ejemplos de esa interacción favorable en el pasado, que los éxitos de la ciencia parcelaria y el individualismo insolidario, guiados por una economía servil al universalismo capitalista dominante, han ido liquidando. Y junto a la destrucción de los saberes locales, asistimos a una simplificación cultural, constructiva y paisajística sin precedentes.

Para encontrar soluciones a este panorama *regresivo*, la economía tendría que dejar de ser la "ciencia lúgubre" que resulta de enfrentar *hombre* y *naturaleza* y buscar una integración favorable para ambos. La sensibilidad estética fue para César Manrique el desencadenante de esta fértil simbiosis. Desde esta perspectiva, el cultivo de la intuición estética debería desempeñar un papel pedagógico importante para hacer que gestores y políticos ayuden a orientar cabalmente las intervenciones sobre el territorio, contando con la población que lo habita. Creo que el humor puede ser también un antídoto eficaz para despertar la intuición contra los interesados absurdos que acarrea el progreso prometido desde la racionalidad parcelaria dominante, y espero que la exposición para la que ha sido solicitado este texto contribuya a ello.

Parece conveniente subrayar que ya no asistimos, como ocurría en la época de los románticos, al mero enfrentamiento de un conocimiento científico unitario a las censuras que desde fuera se le practican, sino que hoy se observan serias contradicciones en el propio seno de la ciencia, siendo los enfrentamientos entre *ecología* y *economía* y, dentro de esta última, entre *economía ecológica* y *economía ordinaria* o *estándar* los más relevantes a nuestros efectos. Estos enfrentamientos denotan que las intuiciones de César Manrique antes mencionadas podrían encontrar apoyo en el propio campo de la *economía*. Pero no de la economía unidimensional y parcelaria al uso, que reviste con un halo de objetividad científica la interesada toma de decisiones, sino de una economía abierta y multidimensional. De una economía que democratice la gestión haciendo de ella no sólo un punto de encuentro transdisciplinar, sino informando y dando la voz a la población implicada en la definición de las metas y en la elección de los proyectos. Pues hoy se sabe que para definir la orientación y procesar las ambivalencias e incertidumbres inherentes a la toma de decisiones, que normalmente escapan a la racionalidad científica, no hay otro camino que establecer un marco institucional que propicie la información, la sensibilización y la participación de los implicados. Una participación que es punto obligado de encuentro entre las finalidades utilitarias y los criterios éticos y estéticos olvidados en el discurso económico estándar.

Pero, en la era del "pensamiento único" y de la "globalización" capitalista dominante ¿puede una pequeña isla afirmar con éxito su propia personalidad y su afán de reconciliar las finalidades lucrativas con determinados objetivos utilitarios concretos, de calidad ambiental, de estética territorial... o de convivencia? En el caso de Lanzarote, su dependencia del turismo impide además

el aislamiento voluntario que en principio parecería demandar el mantenimiento de formas de vida y de gestión específicas. No se trata, pues, de construir una utopía al margen del mundo actual, sino dentro de sus dominios.

Precisamente, la ventaja económica que ofrece el atractivo turístico de la Isla constituye también el principal inconveniente para su conservación y mejora: el afán de explotar ese atractivo conduce fácilmente a deteriorarlo. Los espacios naturales de interés han atraído primero a los espíritus más sensibles. Pero tras los escritores y artistas, que actuando a modo de antenas captan primero ese atractivo, suelen aparecer legiones de turistas que contribuyen comúnmente a degradarlo. La espiral de especulación y uso masificado de tales espacios ocasiona su deterioro paisajístico y proyecta sobre ellos la tensión, el hacinamiento y la congestión propios de la vida urbana. De esta manera, salvando los casos en los que, con una sensibilidad poco común, se lograron síntesis afortunadas entre el uso turístico-habitacional de un territorio y la conservación de sus valores originarios, el deterioro de la habitabilidad de las ciudades se proyectó a través del turismo masificado hacia todos los puntos cardinales.

La principal tarea económica de Lanzarote pasa por encauzar y acotar la expansión del negocio turístico, que amenaza con arrasar, como antes hizo la lava, el territorio de la Isla y eliminar todo rasgo de vida propia. Y, cuando los comportamientos individuales tienen consecuencias colectivas no deseadas, hay que ampliar la escala de razonamiento para abarcarlos y tratar de enderezarlos. En el caso que nos ocupa, se debería de razonar sobre el proyecto turístico del conjunto de la Isla, discutiendo cuerdamente su dimensión y su orientación. La gestión de una bodega ilustra la disyuntiva a la que se enfren-

ta el negocio turístico lanzaroteño: mantener una calidad alta sobre una producción limitada o aumentar la producción a costa de degradar su calidad (y su precio). Cuando se cuenta con una calidad elevada, resulta absurdo degradarla compitiendo en la producción "vino común", mucho más problemática. Como también lo es masificar y degradar calidad turística de Lanzarote para acabar proponiendo el mismo turismo de "sol y playa" que tantos lugares ofrecen a precios de saldo.

Pero, debidamente encauzado y limitado, el turismo, en vez de arrasar y mediatizar al resto de las actividades, puede contribuir a mantenerlas con vida y personalidad propia al ampliar su mercado *in situ*. Y con la valoración de los paisajes, de los conocimientos, de los productos y de las actividades locales, se afianzaría la identidad cultural de la Isla.

La idea de tomar la Isla como proyecto integrado de gestión necesita de la continua interacción entre información, participación y vertebración del tejido social que le vaya dando vida. Este planteamiento exige potenciar dicha interacción junto con los tres aspectos mencionados: apoyando la toma de información sobre el metabolismo social y su incidencia territorial; sensibilizando a la población con la información recabada, teniendo en cuenta su opinión y estimulando su participación en la toma de decisiones; y por último, remodelando el marco institucional y estableciendo la normativa necesaria para adaptar el imperativo coste-beneficio al logro de otras metas (sociales, ambientales...) que permitan mantener e incluso mejorar la calidad interna del sistema insular.

LANZAROTE, LA GRAN PARODIA

Ezequiel Navío

Director de WWF/Adena Canarias

La población de Lanzarote se enfrenta hoy a un serio y muy trascendente desafío. La Isla del fuego, conocida en todo el mundo por la espectacularidad de sus costas, de los áridos y agrestes paisajes volcánicos, y por la inmensa riqueza biológica que alberga, se ha transformado de forma súbita por la erupción de modelos de desarrollo destructivos. Y los efectos son notorios, contundentes, y muy similares a los constatados en otros puntos geográficos de España y del planeta donde innumerables espacios atractivos son degradados tras ser designados objetivos turísticos.

El patrimonio natural, territorial, y sociocultural de Lanzarote, con sus tradiciones, sus economías primarias de autosuficiencia, y el respeto por el entorno, comienza a formar parte de la historia de la Isla en un pretérito cercano pero cada día más distante del presente. Ha nacido un nuevo parque temático para masas, plagado de atracciones turísticas. Se ha abierto la veda del

lucro y la cultura del pelotazo se impone como fórmula de ganancia rápida y como escudo de blanqueo para numerosos inversores.

El fenómeno, sin ningún género de dudas, merece una seria reflexión para analizar las raíces y frutos y consensuar decisiones que permitan discernir entre la continuidad de tan ácrítico sistema o, por el contrario, alentar adaptaciones factibles hacia el denominado turismo sostenible. Pero, visto lo visto, Lanzarote tampoco anda bien orientada en este sentido. La maquinaria económica funciona a pleno rendimiento y su inercia coarta las expresiones y los márgenes de corrección necesarios para intervenir con agilidad ante las derivaciones sociales y ecológicas que hoy en día experimenta la Isla. Si a este hecho le añadimos la pasividad y, en ciertos casos, la evidente connivencia de algunas administraciones locales competentes en la ordenación del territorio, en la explotación de recursos naturales —fundamentalmente los no renovables—, y en la conservación de la naturaleza isleña, es posible empezar a entender por qué existe ese deterioro y por qué no se actúa en consecuencia. Si la reflexión concluye además asumiendo el enquistamiento de una burocracia exasperante en las dinámicas administrativas, y la escasez de instrumentos imparciales de seguimiento y de control para lograr aplicar la legislación ambiental y territorial vigente, comprenderemos cómo es posible que se produzcan las sucesivas tropelías que facilita la conjunción entre la búsqueda desesperada de parcelas de poder político con el actual sistema de desarrollo económico que oferta sol y playa.

Sobre el terreno, resulta cuanto menos paradójico que fuerzas políticas de gran relevancia, bajo el estandarte de la defensa del patrimonio canario, asienten la principal economía insular sobre un monopolio desarrollista que

perjudica notablemente los valores más intrínsecos de la Isla y de su cultura. A juicio de numerosos observadores y analistas, entre los cuales se encuentra la organización que represento, no existe ninguna diferencia entre las actitudes de altos cargos políticos de Canarias y de Lanzarote con las promovidas por inversores foráneos que acuden ávidos a ésta y a otras islas del Archipiélago, a fin de aprovechar la coyuntura actual de crecimiento e invertir sin respetar el entorno, edificando o creando infraestructuras de gran impacto ambiental y, en muchos casos, innecesarias.

Mientras tanto, el desorganizado *boom* económico demanda más mano de obra, crece el índice demográfico de forma espectacular, y se producen inmigraciones masivas de personas foráneas en cifras y formas difíciles de asimilar por distintos sectores de la población nativa, A la par, el parque automovilístico aumenta sin control en detrimento del servicio público en un espacio visitado por cerca de dos millones de personas al año, saturando las arterias de comunicación vial. Es un tipo de colapso progresivo que se detecta también en centros educativos y sanitarios, entre otros servicios.

Como efecto directo de tan preocupante fenómeno, el deterioro de los ecosistemas naturales se multiplica en una geografía que posee más de un 45% de su territorio protegido y que, para más parodia, está declarada Reserva de la Biosfera por la Unesco.

Es en este punto donde la naturaleza refleja, como un espejo, las heridas provocadas por la acción humana. Entre los ecosistemas más afectados destacan los marinos en la plataforma litoral, saladares y bajíos costeros, sistemas dunares y arenales, llanos terroso-pedregosos, bosques termófilos, vulcanismo

histórico y tubos volcánicos. Las responsabilidades en este contexto recaen de forma especial sobre quienes impulsan las políticas de urbanismo, obras públicas, turismo y energías, al fomentar sin criterios de sostenibilidad infraestructuras faraónicas en forma de tendidos eléctricos, generadores, hormigón y asfalto, más propias de una capital europea que de una isla como Lanzarote.

Por otro lado, la dispersión de competencias y la escasez de iniciativas y de apoyo a los sectores agrícolas y pesqueros no sólo se contraponen a los criterios de sostenibilidad definidos por la figura de Reserva de la Biosfera de Lanzarote, también anulan la diversificación de la economía, aumentan el grado de dependencia del exterior en productos de consumo interno, y eliminan progresivamente la cultura rural que ha caracterizado a Lanzarote durante siglos.

En el marco ecológico, auténtico pilar de la economía insular y de la calidad de vida, los efectos del proceso desarrollista reflejan una pérdida de biodiversidad muy preocupante si se compara con el grado de deterioro de hace tan sólo veinte años. Por ejemplo, extracciones de material geológico se suceden a lo largo de toda la Isla, incluyendo el Archipiélago Chinijo, desfigurando irreversiblemente ecosistemas y parajes como jables, laderas de conos volcánicos, lajiales y corredores de lava, y vegas agrícolas. En muchas ocasiones, la extracción se produce en el seno de espacios naturales protegidos vulnerando la legislación ambiental. Otro fenómeno a destacar es la ausencia notable de sistemas de reciclado y de gestión de residuos sólidos y líquidos, hecho que determina incrementos alarmantes en los niveles de contaminación en el interior del territorio insular y en el litoral.

Según cálculos de WWF/Adena Canarias, entre un 70 y un 80% de los vertidos que desembocan en el mar, incumplen la Ley de Costas de 1988, afectando los estratos biológicos de una plataforma estrecha y frágil. La disminución de especies piscícolas, la proliferación de plagas en la zona intermareal y submareal, y la permanente desaparición de fanerógamas y especies de flora marina, se han sucedido en los últimos 20 años con increíble rapidez (en 5 años, las praderas de *Zoostera noltii* se han reducido en un 75% en el litoral de Arrecife, a pesar de que este espacio acoge aún el 38,2 % de las especies bentónicas de Canarias). Lanzarote cuenta en la actualidad con más de una quincena de especies de flora terrestre en inminente peligro de extinción.

En relación a la fauna, se estima que 27 especies animales requieren con urgencia proyectos de recuperación por las regresiones poblacionales sufridas a causa de la acción humana. Desde principios de siglo y hasta la fecha de hoy, al menos cinco especies zoológicas han desaparecido de Lanzarote por diferentes tipos de presión humana. Hoy día, el acúmulo de petróleo vertido deliberadamente al mar por buques de carga, la presión turística sobre las poblaciones de cetáceos, la pesca furtiva y la captura y comercialización generalizada de peces inmaduros, el uso de sistemas de pesca no selectivos, la falta de tratamiento de residuos tóxicos y altamente tóxicos que se arrojan diariamente al mar, la transformación de la línea costera en espacios de "disfrute" mediante intervenciones duras con hormigón, y la proliferación de escombreras y vertederos en el litoral, constituyen ejemplos claros de cómo las acciones humanas afectan la susceptible diversidad biológica de las costas de Lanzarote.

En resumen, el uso y la regulación del territorio, y de los valores ecológicos presentes en todas sus formas, exige planteamientos muy rigurosos para

compatibilizar el progreso económico con la conservación efectiva de la naturaleza conejera; en caso de no articular mecanismos de este género, en caso de no destapar el fraude del turismo verde o ecológico que se presenta como paladín y reclamo por la industria turística, el espacio insular perderá progresivamente, como ya pierde, singularidad, atractivo, identidad, y la obvia capacidad económica que posibilita la existencia del turismo.

Ante este panorama, de curva ascendente en gravedad, es prioritario diseñar estrategias formuladas bajo criterios de consenso, de sensibilidad, y de visión de futuro a largo plazo. La vertebración social, dinamizada desde la discrepancia pero aunada por la voluntad de alcanzar un modelo que beneficie al conjunto de la sociedad y de la naturaleza de Lanzarote, representa la única fórmula viable y racional de equilibrar el futuro económico y de alcanzar un aceptable grado de calidad de vida para la población, potenciando la educación ambiental y los valores tradicionales en los centros educativos, impulsando la autosuficiencia y la diversificación en los sectores primarios y energéticos, y defendiendo con la denuncia los intereses generales frente a los especulativos minoritarios. Ejemplos para abordar con coherencia este desafío existen sobrados, pero adaptarlos y extrapolarlos requiere sentimiento y, sobre todo, voluntad. Mucha voluntad.

ECOLOGÍA ARQUITECTÓNICA Y OBRA DE ARTE INTEGRAL

Juan Antonio Ramírez

Catedrático de Historia del Arte. Universidad Autónoma de Madrid

Las más contundentes parábolas sobre el efecto de la arquitectura en el medio natural nos las ha proporcionado la ciencia-ficción. ¿Quién puede olvidar aquel planeta-ciudad, totalmente cubierto de edificios, que describía Stanislaw Lem en la saga novelística de *Fundación*? Pero han sido muchos los escritores, cineastas e ilustradores que nos han venido ofreciendo imágenes y descripciones similares a las del célebre novelista polaco: todos ellos presentan mundos en los que la vegetación es una rareza o ha desaparecido por completo, y no existe ya la posibilidad de contemplar cosas tales como las montañas, el cauce de los ríos y torrentes, el mar, o las nubes que pasan. Se trata hipérboles, desde luego, pero es muy significativo que semejantes proyecciones imaginarias se hayan hecho cada vez más recurrentes en el dominio de las artes.

A nadie se le oculta que reflejan la dolorosa realidad de nuestro mundo: en los últimos cien años se ha modificado más el paisaje terrestre que en todos los

siglos precedentes, desde el surgimiento del homo sapiens. Las últimas décadas nos han hecho tomar conciencia de cambios físico-químicos no perceptibles a simple vista aunque trascendentales para el mantenimiento de la vida. Pienso en cosas como el envenenamiento de las aguas subterráneas, los agujeros en la capa de ozono o el calentamiento de los casquetes polares. La arquitectura y la planificación territorial juegan en todo esto un incómodo papel pues sus efectos se aprecian instantáneamente suscitando la unánime condena popular. El axioma que equipara menos construcción a mayor respeto por el medio ambiente parece algo aceptado ahora por casi todo el mundo. Pero el caso es que también consideramos necesaria a la arquitectura, pues nadie pone en duda la conveniencia de dotarnos de mejores viviendas y equipamientos colectivos (escuelas, hospitales, centros culturales y administrativos, fábricas, etc.). ¿Cómo solucionar esta aparente contradicción? ¿Hasta qué punto se ha ocupado de semejante dilema la cultura contemporánea? Intentaré responder mencionando brevemente tres momentos de la historia de la arquitectura del siglo XX que se corresponden, básicamente, con otras tantas actitudes diferenciadas ante el problema que nos ocupa.

El Movimiento Moderno no se planteó inicialmente la cuestión de la cantidad arquitectónica, ni se preocupó mucho por la eventual destrucción del medio natural a causa de la expansión desmesurada de las ciudades. Hubo algunas reflexiones en torno al asunto, desde luego, como lo demuestran el organicismo de Wright o las concepciones urbanísticas de Le Corbusier. Recordemos las críticas a la concentración edilicia de Manhattan que hizo este gran arquitecto suizo, y su propuesta de que la población se concentrara en grandes bloques de viviendas dejando entre medias abundantes espacios verdes. Las teorías urbanísticas del Movimiento Moderno fueron tibiamente ecológicas,

globalmente consideradas, mostrando mayor interés por la ordenación y la racionalización de las funciones que por el control del crecimiento. Aquellos pioneros se interesaron ante todo por la pureza del nuevo lenguaje formal, en lucha contra las adherencias del eclecticismo académico. Un nuevo repertorio de metáforas positivas (entre las cuales había algunas "biológicas") sustituía como referente estilístico a las columnas, frontones o pináculos del historicismo decimonónico, y se suponía que esa simple operación, aplicada a gran escala, mejoraría sensiblemente las condiciones de vida sobre el planeta.

En los años sesenta quedaron ya aclarados algunos de los malentendidos que generó esta actitud: el desarrollismo especulativo había adoptado sin mayores problemas el repertorio lingüístico del Movimiento Moderno, sirviéndose de él para inundar el mundo con operaciones urbanísticas de dudosa legitimidad moral y deleznable calidad estética. Y fue a partir de entonces cuando surgieron con fuerza numerosas tendencias ecologistas que propugnaban desde la simple des-arquitectonización hasta la invención de múltiples soluciones constructivas, respetuosas con el medio natural: arquitectura enterrada, regreso a ciertos materiales tradicionales (como el barro), megaestructuras que concentrarían la población en unos pocos puntos dejando intacto el resto de la tierra, etc. Todas estas ideas vinieron acompañadas, generalmente, de propuestas energéticas para recuperar los desperdicios humanos o para conseguir electricidad aprovechando la energía solar, eólica, marina o geotérmica. Ya vemos que el acento no se puso tanto en las formas como en los procesos de producción arquitectónica y en las modalidades de su consumo.

Pero algo más empezó a cambiar desde los años ochenta en adelante: abandonado el romanticismo ecologista, que algunos consideran poco ope-

rativo, se ha abierto camino una actitud neomoderna que se caracterizaría por la combinación de dos pulsiones igualmente poderosas como son la búsqueda de la máxima calidad estética, y el aprovechamiento de todos los recursos para erosionar lo menos posible el medio ambiente. Al intentar evitar la "contaminación óptica", se da por supuesto que un edificio de gran calidad técnica y artística enriquecerá por sí mismo el medio en el que se ubica. Se hace mucho hincapié en cosas como el aprovechamiento de la energía solar, el reciclaje de las aguas residuales, etc. La preocupación ecológica parece trasladarse así desde la arquitectura hacia la ingeniería constructiva, desde el tablero de diseño hacia los ordenadores del químico y del economista.

No parece factible, en cualquier caso, adoptar ahora una posición dogmática: debemos limitar la construcción, pero dado que no podemos pararla por completo, sí deberíamos exigir la máxima calidad estética y funcional. Esto es especialmente importante en pequeñas utopías ecológicas como Lanzarote, que se han construido también (o fundamentalmente) como creaciones de un artista. Es fundamental que sobrevivan a modo de laboratorios experimentales o reservas útiles para alimentar el imaginario colectivo. La idea no sería aquí la de respetar un paisaje natural protegido, sino la de aceptar un territorio como ecosistema total (que incluye a la arquitectura y a la ordenación territorial, con sus habitantes y visitantes) que debe ser mimado, restaurado y exhibido: una isla como obra de arte integral.

¿VIRAJE A LA SOSTENIBILIDAD? LO IMPORTANTE ES PARTICIPAR

Enric Tello

*Profesor titular del Departamento de Historia e Instituciones Económicas.
Universidad de Barcelona*

Reunidos a principios de junio de 2000 en Malmö, Suecia, un centenar de ministros de Medio Ambiente hicieron al resto del mundo una insólita declaración: reconocieron estar fracasando en el esfuerzo por detener el deterioro ambiental. "Hay una discrepancia alarmante entre los compromisos y la acción", dijeron. "Los principales desafíos contra la naturaleza identificados en la cumbre de Río de Janeiro en 1992 se han globalizado y agudizado por los hábitos consumistas insostenibles de Occidente." No era la primera vez que se contraponía en público la *retórica* sostenible, elevada por doquier al reino de lo políticamente correcto, con la ausencia de *respuestas* reales a la altura de las circunstancias. El Club de Roma ya lo hizo en 1991, cuando se refirió a la cultura de la sostenibilidad y al nuevo papel de las organizaciones no gubernamentales como la *primera revolución mundial*. Lo nuevo en Malmö fue que eso se admitiera sin tapujos por los mismos ministros responsables de poner remedio a la degradación de los sistemas naturales que nos sustentan.

Fue una declaración de impotencia. Hurgando en la llaga, alguno lo llamará incompetencia. Pero su sinceridad es de agradecer. En mi opinión, ése es exactamente el punto de partida que necesitamos para empezar a mover el desarrollo sostenible desde el limbo de la retórica bienpensante hasta la dura realidad, conflictiva e interesante, de la vida cotidiana. No está al alcance de un ministerio, ni siquiera del conjunto de gobiernos del mundo entero, virar hacia la sostenibilidad las tendencias que hoy empujan con fuerza hacia el deterioro perenne. Tampoco es una tarea para falsos titanes ni tribunos embaucadores. Es, sencillamente, una tarea *común*.

Traducida en acción, la nueva cultura de la sostenibilidad es una invitación a participar. Sólo la participación nos podrá sacar del atolladero. ¿Participación de quién? De todos aquéllos y todas aquéllas que de un modo u otro ya tomamos parte en el juego que ahora conduce, ciega y tozudamente, hacia la insostenibilidad. ¿Participación en qué? En todo aquello que hoy acrecienta la degradación ambiental. O lo arreglamos todos, o no tiene remedio.

Demasiado a menudo vemos a las piezas de ese engranaje pasarse la pelota de la responsabilidad. Las empresas dicen que los productos o servicios que venden son los que demandan sus clientes. Los gobiernos proclaman que deben atenderse a las preferencias de sus electores. Las encuestas revelan que, cuando se trata del medio ambiente, los consumidores y votantes recelamos, y mucho, de las empresas y los gobiernos (tanto más cuanto más alejados de nuestro alcance). Pero solos y aislados no logramos hacer valer nuestros buenos deseos. Se nos dice y repite que el futuro del planeta está en nuestras manos. Atomizados y sin voz propia, bien poco podemos hacer por salvarlo.

En el mercado nos vemos obligados a comprar lo que ofrecen las empresas. Si, como tan a menudo ocurre, la insatisfacción ambiental afecta a casi todos los productos o servicios que están a la venta, difícilmente podremos utilizar nuestro poder adquisitivo como medio de expresión. Cercenada la libertad real de elegir, el lenguaje de los precios deviene mudo para el medio ambiente. Nuestra insatisfacción como consumidores nos induce entonces a desplazar-nos desde el interés privado en el mercado hacia la esfera pública colectiva.

En las siguientes elecciones nos llamarán a votar, y eso supone una segunda oportunidad. Pero llega la hora de la verdad y ante la urna nos vemos constreñidos a elegir entre "paquetes" de listas cerradas cuyos programas, si es que conseguimos reconocerlos, cada vez se parecen más a combinatorias diversas de ingredientes parecidos. Hay que elegir el voto pensando en muchas cosas a la vez, tras una intensa pulsión publicitaria que casi nunca tiene algo que ver con problemas cotidianos. De la impotencia privada en la elección como consumidores, pasamos a la escasa potencia del voto ejercido en la esfera pública. La insatisfacción socioecológica se da de bruces con los límites del mercado y con la baja calidad democrática de esa forma de representación política que Robert Dahl denomina *poliarquía*.

Al final, claro está, los productos se venden y los partidos obtienen votos (cada vez menos, por cierto). Y la rueda sigue: empresas y gobiernos consideran que, al tomar sus decisiones, se limitan a satisfacer las demandas de sus clientes y votantes. Pero no es cierto. Cada vez que toman una decisión (y todas, sin exclusión, repercuten poco o mucho sobre el medio ambiente) están *interpretando* la voluntad de cada ciudadano y cada consumidor. Si son deseos poco o nada compatibles entre sí, los seleccionan y jerarquizan. Por lo

que dicen las encuestas sobre la percepción ciudadana de los problemas socioambientales, los interpretan muy mal. Ese círculo vicioso nos lleva directos al bloqueo que señalaron en Malmoe los ministros del ramo.

Albert Hirshman o Amartya Sen nos enseñan a entender ese bloqueo como un problema de libertad de expresión. La *lealtad* se deteriora porque la insatisfacción de las personas, en su doble condición de consumidoras y ciudadanas, no encuentra vías de salida ni en la esfera privada del mercado ni en las formas establecidas de representación política. Cuando eso ocurre, *sólo queda la voz*: tomar la palabra, protestar, proponer. Por eso, y porque los servicios que los sistemas naturales prestan a cualquiera de forma gratuita pertenecen a la categoría de *bienes públicos*, el conflicto socioambiental se convierte en un problema ciudadano de primer orden.

Lo que técnicamente puede considerarse un desajuste metabólico en la relación de la sociedad humana con la biosfera, se traduce en el interior de la sociedad misma en un desafío democrático. Cuando logra rebasar el círculo de los expertos, la sostenibilidad deviene una cuestión ciudadana emergente que se proyecta hacia el ámbito público reclamando una democracia de mayor calidad. Esa otra democracia que Jürgen Habermas llama dialogante y deliberativa, basada en *la inclusión del otro* como parte del problema y de la solución, que entiende la propia condición humana como una red de interdependencias. Necesitamos una democracia participativa que busque nuevos consensos instituyentes, y nuevos instrumentos públicos, para regular y conducir democráticamente la actividad ciega del mercado hacia escenarios de mayor sostenibilidad. Algunos ya la llaman democracia ambiental.

Los grupos ecologistas y demás organizaciones no gubernamentales existen para romper el bloqueo socioambiental que padecen tanto el mercado como el estado. Son una voz que se alza en la mudez insostenible de esos canales establecidos para organizar y regular nuestra vida social. Pero su función mediadora también da lugar a equívocos. Especialmente si creemos que basta con su probada generosidad —que no compite ni por nuestro dinero ni por nuestro voto— para que "nos" arreglen el problema. Su verdadera razón de ser es otra: abrir espacios y oportunidades a la nueva democracia ambiental. Son portadoras y constructoras de nuevas mediaciones que nos permitan salir de la impotencia. Pero no quieren, ni pueden, ni deben sustituir nuestra participación. Sólo de ella depende el avance de las soluciones reales.

Si está usted perplejo ante tanta declaración de buenas intenciones ambientales que no se compadece con el deterioro ecológico a ojos vista; si se siente sola e impotente por la desproporción entre la inmensidad de la tarea y la aparente falta de medios para llevarla a cabo; si quiere echar una mano, pero no sabe cómo ni dónde; y si, por fin, anda buscando un *detector de verdades*, para separar la paja de quien sólo predica con lavados de imagen del auténtico grano donde germina la sostenibilidad del mañana, no lo dude: la participación no engaña. De la calidad de la democracia depende, cada vez más, la calidad de vida. De todas las formas de vida. En todas sus dimensiones. Y su propio futuro. Eso es la sostenibilidad.

LANZAROTE: UN BELLO PORTAAVIONES DE LUJO ESCORADO POR SU CARGA CONTAMINANTE

Alfonso del Val

Experto en tratamiento de residuos

Lanzarote constituye un todo sobre el Atlántico, fácil de aprehender por su asequible situación, extensión y orografía. Su evolución desde lo que para nosotros es Antigüedad, Prehistoria..., es tan desconocida como sorprendente. Redescubierta a comienzos del siglo XIV por el primer turista aventurero, el genovés Lancelott Malocello, le supuso ya la pérdida de su nombre: "Desde la divulgación del portulano, esa será la primera imagen y el primer nombre que Europa conocerá de esta isla"¹. Pero la imagen se irá enriqueciendo con el primer mapa², ya ciertamente más preciso que los quizás soñados por Plinio y Ptolomeo. Poco sabemos de los efectos de aquel conocimiento exterior de la Isla sobre la escasa población, 1.000 o quizás 3.000 *majos*, pero es bastante aceptable la hipótesis de que el redescubrimiento del Medievo genera la primera crisis de origen externo sobre el equilibrio entre recursos y población y, como consecuencia, también sobre los residuos, hoy valiosa fuente de información arqueológica y antropológica.

¹ *Majos. La primitiva población de Lanzarote*, José C. Cabrera Pérez y otros, Fund. César Manrique, 1999.

² Atribuido a Angelino Dubert en 1339. Según J.C. Cabrera y otros (*op. cit.*).

En sus 84.500 Ha, las diferentes poblaciones de la *ínsula de Lancelott* habrían procurado evolucionar sobre el siempre difícil equilibrio entre la máxima diversificación productiva y la mínima vulnerabilidad por una parte, y entre el consumo de recursos y el tamaño de la población por otra. Es evidente que la generación de residuos no tiene cabida en esta situación. Probablemente no existiera ni el concepto. Estaban adelantados en esto los *majos*.

Durante seis siglos se ha mantenido la cultura del equilibrio aunque incli-nándose lenta, pero progresivamente, hacia una mayor carga sobre el terri-torio y una menor diversificación productiva. En 1950 Lanzarote albergaba 25.000 personas sobre una base productiva fuertemente autosuficiente que aprovechaba, sabiamente, los recursos sin apenas generar otros residuos que los fácilmente degradables y reintegrables en el medio. La *ínsula de Lancelott* era aún, en este pasado cercano, un destino idílico para un turismo práctica-mente inexistente. La renta era tan escasa como la contaminación y la Historia tan desconocida como vivida. La biosfera aún carecía de reservas.

En las últimas décadas, los nuevos editores y divulgadores de mapas, más conocidos que el de Angelino Dubert, han ofrecido *la ínsula de Lancelott* al mundo. En muy poco tiempo, los actuales turistas-aventureros, también del Norte, han ido transformando progresivamente, gracias a sus excedentes de renta, la bella planicie insular en la cubierta de un gigantesco y lujoso por-taaviones anclado en el Atlántico, cuyo inestable equilibrio depende, casi exclusivamente, de factores exóticos.

En menos de medio siglo, la superficie cultivada, y por ende la autosuficien-cia, se ha reducido a cifras anecdóticas, apenas un 4% del total insular. La

dependencia exterior es aún mayor, prácticamente total, respecto del agua³ y la energía. Anualmente son atraídos a este enorme y ecológicamente escorado portaaviones de lujo más de millón y medio de nuevos turistas que satisfacen sus exóticas necesidades en un cada vez más frágil y desequilibrado medio. Para ello son necesarios 35.000 aviones que recorren 214 millones de km y 1.800 buques que desembarcan, además, 800.000 Tm de materiales, alimentos, agua y combustibles cada año.

Este milagro económico, que permite niveles de renta inimaginables hace tan sólo 50 años, exige un coste ecológico aún más difícil de imaginar también para los 25.000 habitantes de 1950. Medio millón de Tm de CO₂ y cantidades menores, pero mucho más peligrosas, de otros contaminantes atmosféricos se suman, anualmente, a las 160.000 Tm de residuos sólidos como resultado —en lo que se convierte— del cuantioso y costoso suministro exterior de alimentos, materiales y energía.

Este modelo económico genera, básicamente, renta y residuos, con un enorme, abismal, desequilibrio entre conocimiento, voluntad y capacidad para administrar y gestionar uno y otro. Nunca ha tenido la Isla tantos recursos externos, desaprovechados y despreciados, como los contenidos en los residuos, ni nunca ha habido tanto conocimiento y posibilidades técnicas para evitar los peligrosos y aprovechar los beneficiosos. Sin embargo, esta inaceptable insensatez, llamada contaminación, amenaza, cada vez más, el apetible futuro que algunos nos ofrecen.

³ Al ser la totalidad del agua consumida desalada previamente gracias a la energía fósil importada (hidrocarburos).

Este aún privilegiado territorio, no puede seguir contaminando el aire que no le pertenece con sus aviones, automóviles y otros ingenios proveedores de agua

y comodidades y enterrando los otros residuos, los aprovechables y los peligrosos, en un espacio que, para más inri, fueron los dominios del rey Zonzamas⁴. Este pedazo de biosfera, aún salvable del definitivo escoramiento ecológico, no puede seguir ignorando que su verdadera productividad se expresa en términos de residuos. Duplicar la capacidad de acogida —aeropuerto, puerto—, implica, anualmente, una emisión a la atmósfera superior al millón de Tm de CO₂ y más de 300.000 Tm de residuos sólidos, amén de otros contaminantes más peligrosos difíciles de evaluar.

No se puede seguir aumentando, y ocultando, la pesada carga ambiental que lastra y escora, cada vez más, a este lujoso portaaviones, a la vez que se le exhibe como reserva de un modo de producción —la biosfera— que ya apenas tiene presencia real más allá de su enorme belleza. Aligerar la carga es objetivo prioritario para mejorar la navegabilidad si es que, realmente, se ha decidido un destino diferente al que hoy se nos ofrece.

Una alianza entre la capacidad técnica actual para aprovechar los recursos —desde la energía solar a los residuos— y la participación de la nueva sociedad lanzaroteña bien informada de los riesgos y nuevas posibilidades de actuación, podrían constituir la base operativa para redefinir el destino de esta bella nave. Es preciso que el visitante recupere el antiguo espíritu del turista aventurero y deje en la Isla algo más que renta y residuos. Esto ya está sucediendo, aunque en casos reducidos; pero el potencial de apoyo de un turismo del Norte altamente sensibilizado ante la crisis ambiental es enorme.

Una actuación radical para la prevención, reducción y aprovechamiento de los residuos, la doctrina que todas las Administraciones dicen perseguir, exige

⁴Último rey *majo* de la Isla que habitaba en el valle de Zonzamas, donde aún quedan restos de su tosco palacio, próximos al vertedero insular.

decisiones que afectan indudablemente a la capacidad de carga insular, algo que ya se ha debatido suficientemente y es conocido por casi todos. Si queremos menos residuos, debemos poner límite a la capacidad de contaminación de visitantes y residentes y, hasta que las medidas para la reducción de los kilogramos de residuos *per cápita* den los resultados que se estimen necesarios, será preciso reducir también los *cápita* generadores y aprovechar al máximo los residuos producidos.

Convertir los residuos de alimentos y similares en fertilizantes para la recuperación de suelo fértil, frenando la erosión y procurando una agricultura ecológica que refuerce el antaño primordial autoabastecimiento, es un modo fácil, si se desea y se disponen los medios necesarios, para convertir una parte de la actual carga contaminante de turistas y residentes en extraordinario beneficio. Reutilizar los envases de agua, actualmente desechables, representaría una disminución anual de 700 Tm de residuos de un material importado de alta calidad —plásticos— que tras un sólo uso acaban en la basura. Organizar la construcción y demolición de edificaciones para el reaprovechamiento posterior de los materiales es liberar a la Isla de la feroz depredación de conos volcánicos para su transformación en picón. El aprovechamiento de la energía solar evitaría la emisión de CO₂ y otros contaminantes disminuyendo la dependencia energética exterior.

Éstos son algunos de los ejemplos de realización inmediata para que, en los nuevos mapas de la biosfera respetada, se pudiera incluir la *ínsula de Lancelott* como un destino privilegiado y deseado de los nuevos turistas respetuosos con su medio y deseosos de vivir la nueva y apasionante aventura de su disfrute y conservación.

TERRITORIO Y PAISAJE

Florencio Zoido

Catedrático de Geografía. Universidad de Sevilla

Cuando era niño me enseñaron que las personas podemos utilizar tres herramientas poderosas para relacionarnos de la mejor manera con el mundo que nos rodea: memoria, entendimiento y voluntad. Memoria para recordar el pasado y aprender de él; entendimiento para reconocer en el presente lo que es importante y separarlo de lo accesorio; voluntad para afrontar el futuro y transmitir a quienes nos sucedan las mejores oportunidades. Memoria, entendimiento y voluntad/pasado, presente y futuro, síntesis extraordinaria que puede ser evocada en momentos tan vertiginosos y atolondrados como el que estamos viviendo en este tránsito de siglo.

Aunque la Historia se acelera y nada está asegurado para el futuro, no tiene mucho sentido ser tan engreídos como para creer que somos su final. Vivimos un episodio que pronto quedará atrás. La trayectoria seguida hasta ahora por los humanos está plagada de otras etapas de desorientación y decadencia.

Quizás por ello lo más necesario sea no dejarse influir por tanta polémica cotidiana y reflexionar serenamente sobre lo que más nos conviene.

En una isla como Lanzarote el territorio es un recurso fundamental y muy limitado. Lo fue en épocas anteriores en las que se lo trató con el esmero que muestran, entre otros muchos ejemplos, los viñedos de La Geria y las Salinas de Janubio. También lo es hoy, aunque haya huellas de abandono en algunos sitios y tampoco falten muestras de buenas prácticas recientes, como la impronta, notoria en muchos lugares de la Isla, del criterio y de la obra de César Manrique. Más escaso y decisivo será aún en el futuro el espacio en Lanzarote, en un tiempo en el que con seguridad habrá más población permanente y más personas interesadas en conocer su belleza cálida y esencial. Ese futuro puede tener tantos aspectos positivos como el pasado o el presente y sin duda tendrá sus propios problemas y desafíos.

El debate sobre el territorio y su ordenación está planteado en todo el planeta; en algunas partes con más madurez y desarrollo que entre nosotros. Cada cual tiene derecho a sentirse más o menos optimista o pesimista, pero la única actitud social interesante es intentar superar los retos que se plantean en un lugar y un momento determinado. El filósofo José Antonio Marina ha señalado en un escrito reciente que es imprescindible reclamar a las instituciones públicas inteligencia para encontrar buenas soluciones que aumenten el bienestar y mejoren la convivencia; no podemos aceptar que los únicos "organismos inteligentes" sean privados o correspondan sólo a las iniciativas que persiguen el lucro.

El Plan Insular de Ordenación del Territorio (PIOT) de Lanzarote fue aprobado en 1991 y hace unos meses se aprobó definitivamente su revisión parcial. No

lo conozco directamente y no me atrevo a opinar sobre sus cualidades o defectos. He tenido noticias de las actitudes y polémicas en torno a él, particularmente en relación con la Moratoria relativa a la construcción de alojamientos turísticos. No me resulta fácil pronunciarme sobre ella; sin embargo, mi experiencia en asuntos similares me ha proporcionado algunos criterios generales. Que la Administración actúe conforme a plan es un principio de obligado cumplimiento en países desarrollados; un plan debe estar basado en el reconocimiento de las causas y los procesos pasados o actuales y tiene que proyectarse hacia el futuro; un plan de esta importancia y naturaleza tiene que ser una ocasión bien aprovechada para generar ideas, llegar a acuerdos y establecer un compromiso general de actuación que debe obligar a los particulares y ser cumplido por todos los organismos públicos, principalmente por aquéllos que lo formulan y aprueban. Pero un plan también puede pervertirse y ser utilizado como un ariete de estrategias inconfesables o incluso ser esgrimido maquiavélicamente para administrar arbitraria y discrecionalmente el poder, admitiendo o persiguiendo su incumplimiento, según los casos; un plan sin órganos de gestión adecuados, sin un ejercicio riguroso de la administración cotidiana o sin disciplina es más negativo que la dejación de funciones o la inactividad; una ocasión perdida que potencia la desmoralización y el descrédito de lo público.

El crecimiento de todos los indicadores —sociales, energéticos y ambientales— ha encendido las señales de aviso, mostrando que Lanzarote no puede dejarse al mero hacer y deshacer del mercado, sino que este poderoso mecanismo debe ser corregido en sus tendencias más expansivas, o pronto habrá generado su propia crisis. Esta actitud de cautela y prudencia ya ha sido adoptada en otras partes en las que los recursos principales eran también

muy limitados —Venecia, Baleares—. El suelo es un bien imprescindible en un espacio insular tan singular como Lanzarote, caracterizado por un gran dinamismo geomorfológico, por la fragilidad biológica de los medios semiáridos y por sus innumerables particularismos macaronésicos. Debe evitarse la proliferación de construcciones en cualquier parte; por el contrario, hay que fomentar el crecimiento moderado de los principales núcleos de población, como la capital de la Isla, aprovechando los nuevos impulsos para su reordenación y equipamiento.

También hay que tener bien presente que los responsables públicos están en sus puestos por designación de los ciudadanos, para tomar decisiones, administrar y gobernar en función de intereses generales, sin prisas ni presiones de particulares. Ya no valen los argumentos demagógicos utilizados profusamente hasta hace muy poco tiempo, y menos aún si los repiten especuladores llegados de cualquier parte, que no conocen los valores ni la cultura regional o local. La población española no está viviendo en la miseria y existen instrumentos y medios adecuados para asistir a quienes necesitan ayuda, sin tener por ello que sacrificar los mejores recursos. Determinadas decisiones impulsadas por promotores privados acarrear cortos beneficios que duran poco tiempo, pero pueden provocar conflictos duraderos, muy difíciles de erradicar.

Desconozco qué valoración ha hecho el PIOT del paisaje de Lanzarote. Este recurso aparece de manera infrecuente en las polémicas, aunque es uno de los valores esenciales de la Isla. Actualmente está siendo objeto de atención creciente por organismos internacionales, como el Consejo de Europa, que propone la consideración paisajística de todo el territorio y reclama criterios

de protección, gestión u ordenación para mantener o realzar las cualidades del paisaje. En la perspectiva del inmediato desarrollo del Plan, tomar en consideración los paisajes isleños puede servir de gran ayuda para mantener lo que está bien y para mejorar las situaciones que deben ser corregidas. Hace poco tiempo lo señaló la alcaldesa de Calviá, con la lógica inapelable del silogismo más primario: el turismo depende del atractivo turístico; el atractivo turístico —al menos en los lugares que se distinguen cualitativamente— se relaciona de forma importante con la belleza del paisaje; si ésta no se mantiene, el turismo se verá afectado negativamente y se perjudicará también a la población permanente en la calidad de su vida cotidiana. El paisaje es un componente principal del medio en el que se vive y de la identidad de las sociedades que lo han producido a lo largo de los siglos.

Muchos literatos han insistido en esta última afirmación: el paisaje es memoria, contiene las huellas del pasado; pero también es parte del presente, sirve como un *test* permanente de buenas y malas prácticas en el territorio. Podemos convertirlo, además, en criterio de futuro y ordenar el territorio manteniendo o realzando la belleza de los paisajes que nos rodean. Todos podemos mirar y comprender aquellos paisajes que están más próximos o son más íntimamente sentidos. Esperemos que el territorio de Lanzarote pueda ser contemplado y admirado por los habitantes de la Isla y por sus futuros visitantes encontrando en él la memoria del pasado, reconociendo los valores del presente y manteniendo la voluntad para confiar en el futuro.

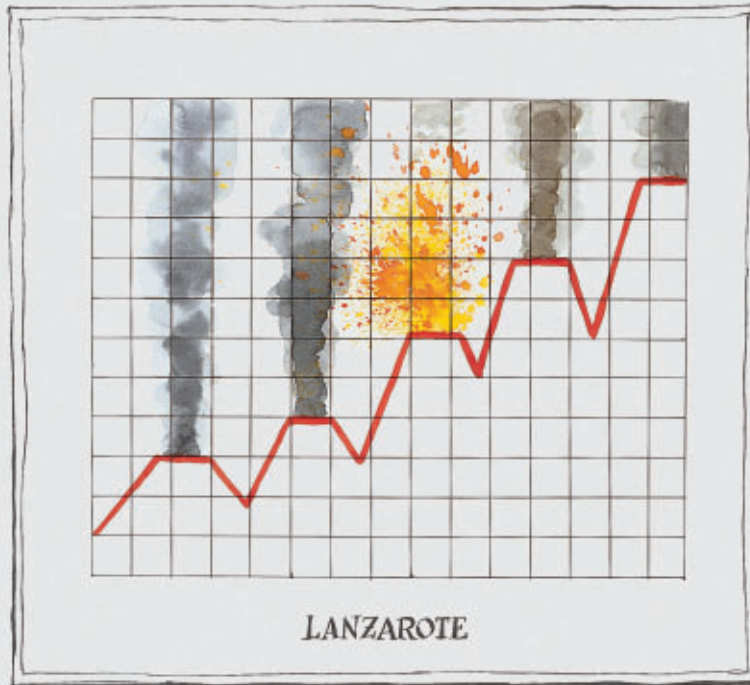
DIBUJOS

Gallego & Rey

Los siete pecados capitales
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm



ESPECULACIÓN



Especulación
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm



EXPLOTACIÓN

Explotación
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm

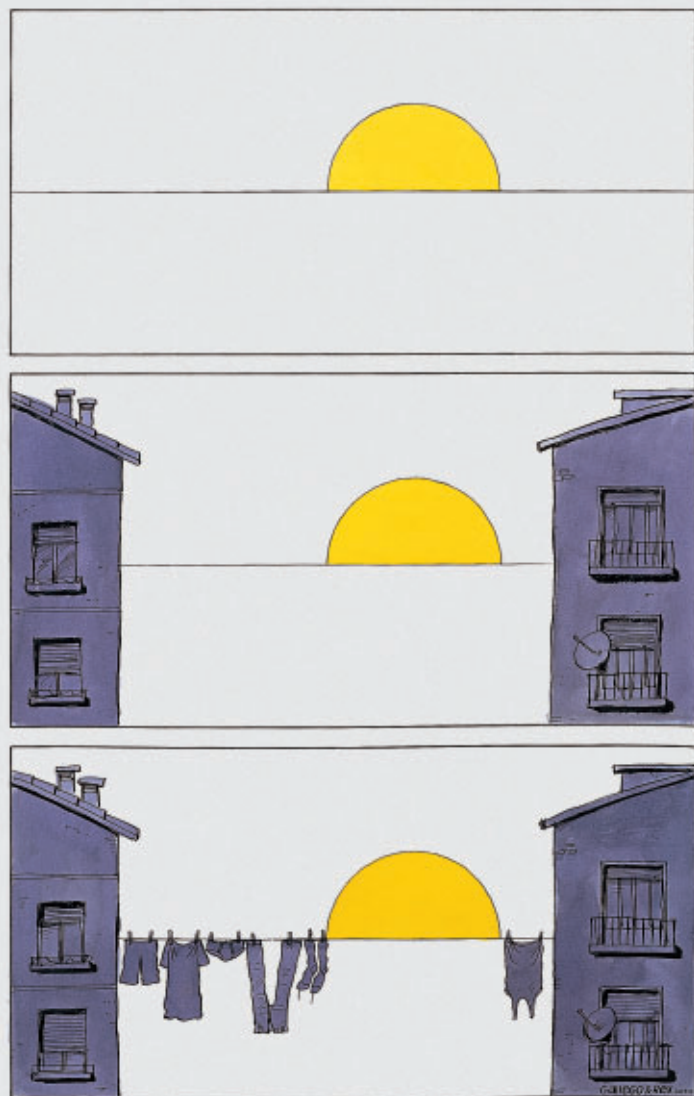


CONTAMINACIÓN

Contaminación
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm

Corrupción
2000
Collage/papel
70 x 50 cm





AGLOMERACIÓN

Aglomeración
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm



XENOFOBIA

Xenofobia
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm



MERCANTILISMO

Mercantilismo
2000
T. mixta/papel
70 x 50 cm

Máximo



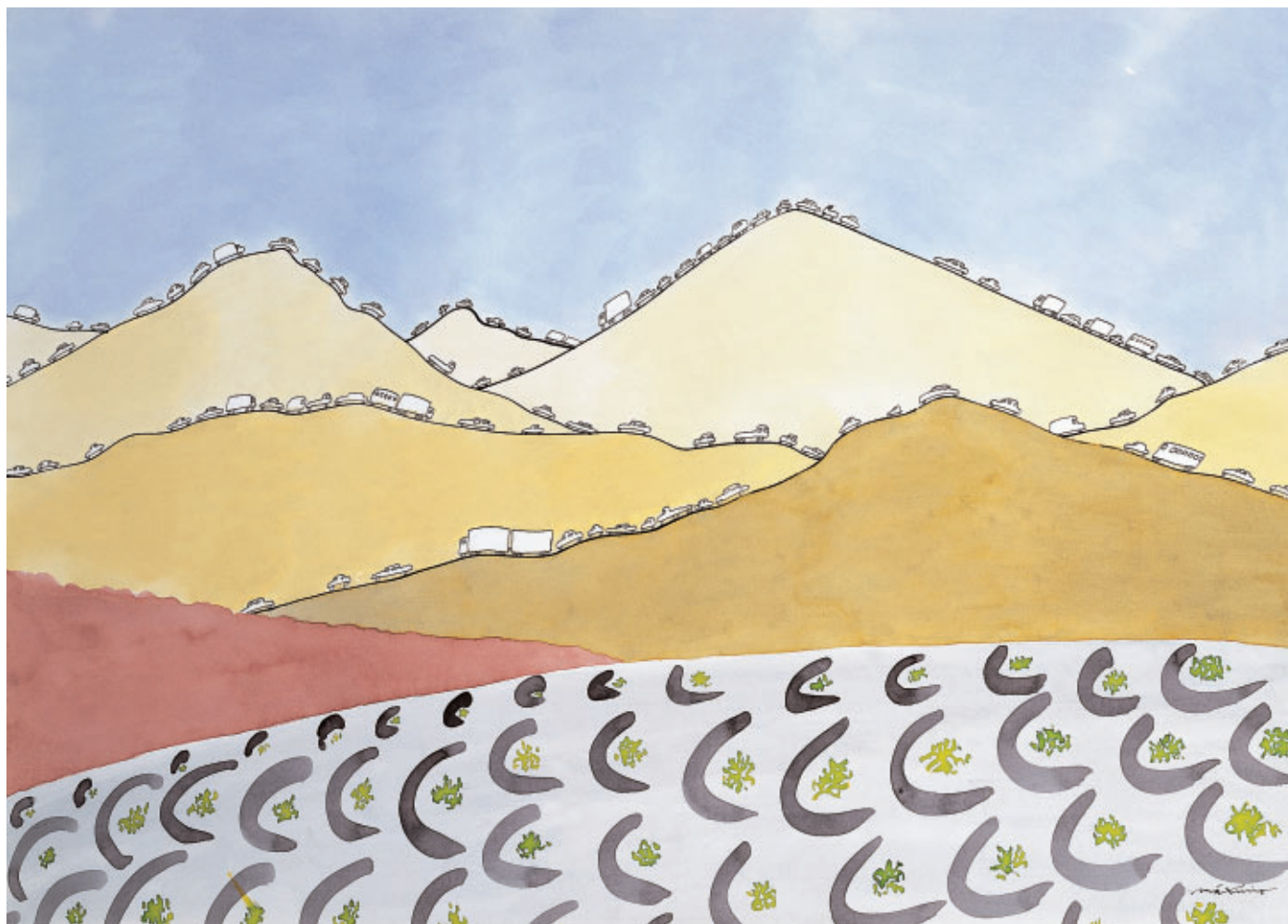
La grúa de Babel
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm



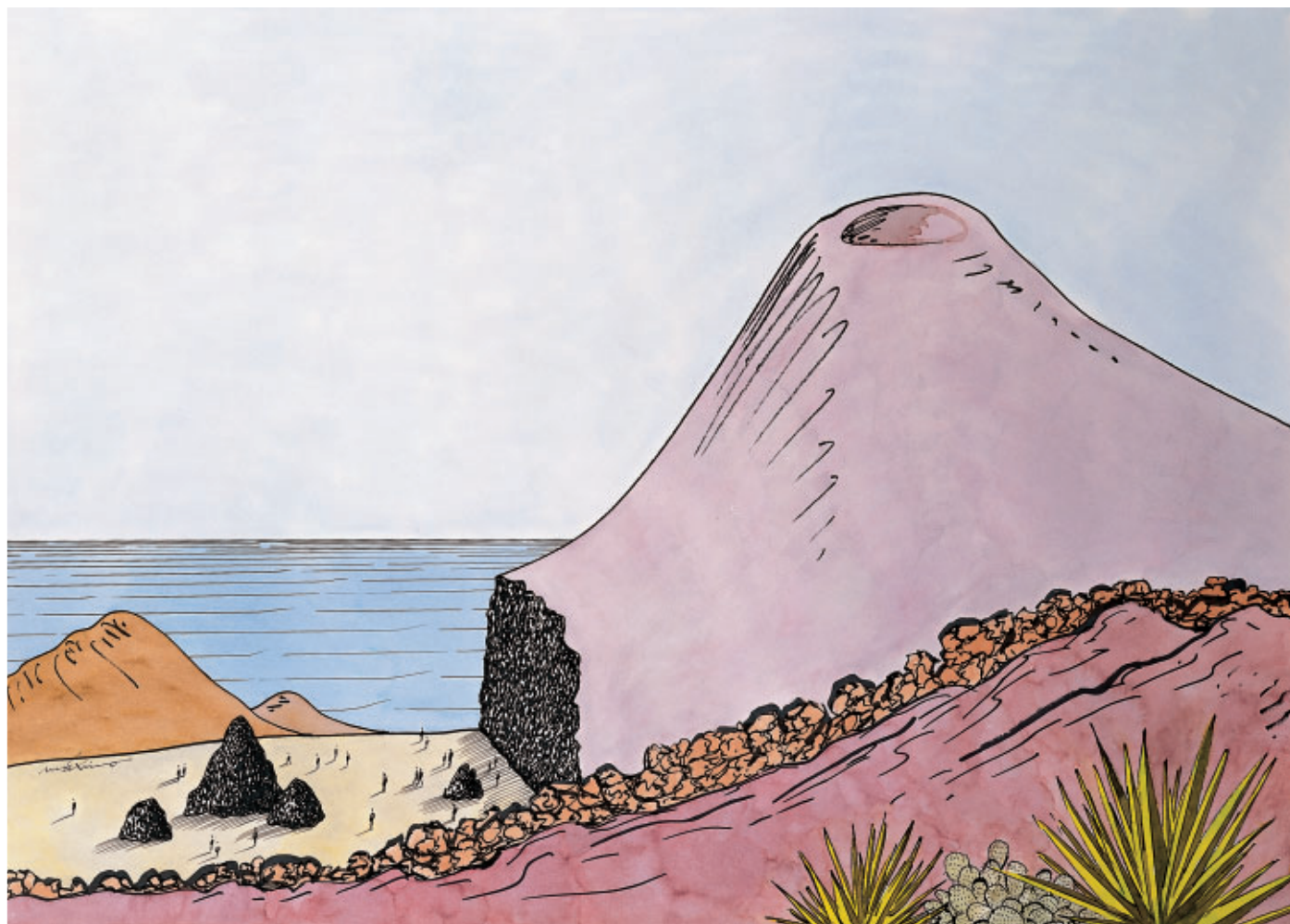
Ruta de rutas
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm



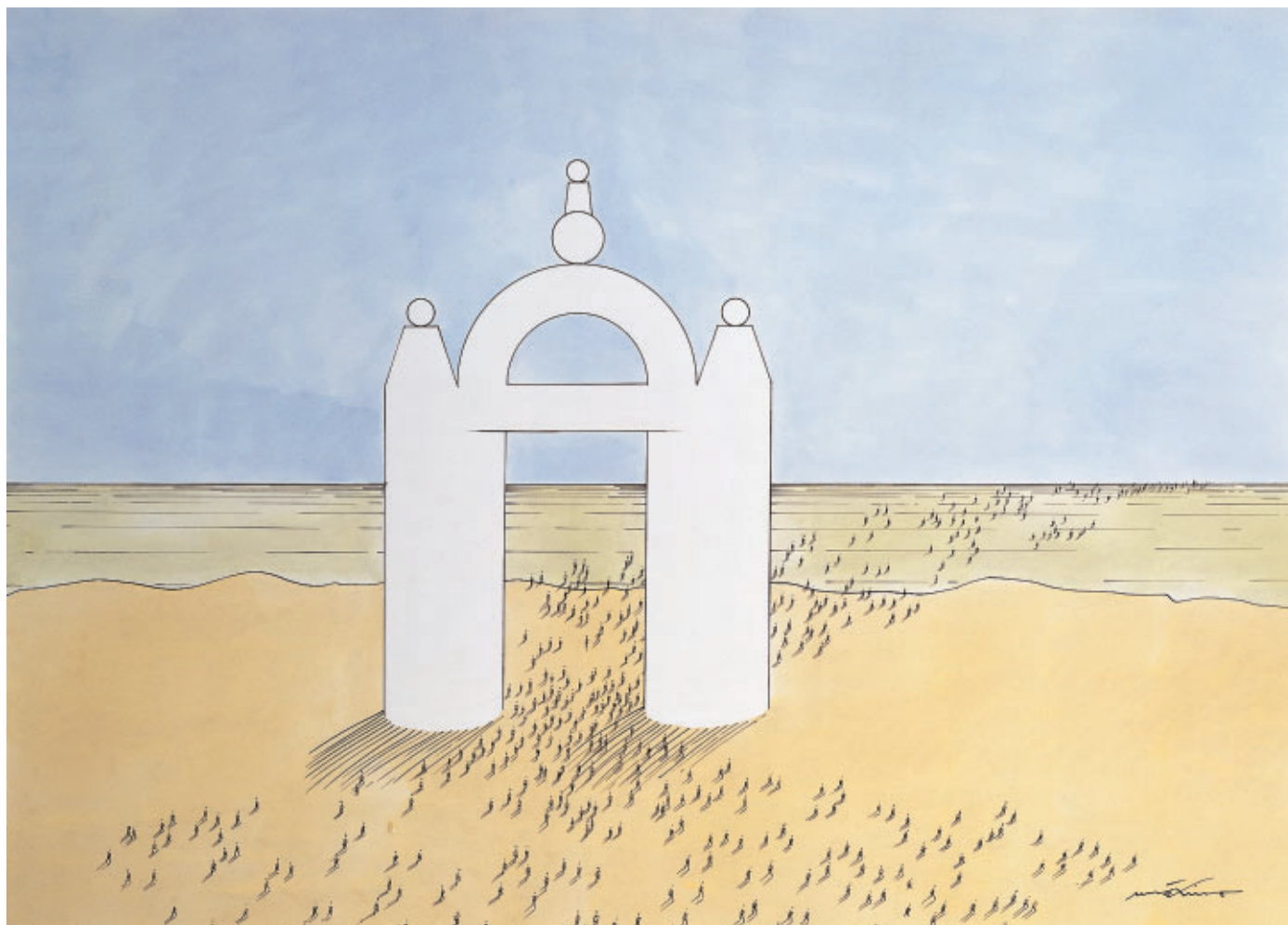
Mar adentro
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm



Rodadura perpetua
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm



Mordisco al volcán
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm



Isla de promisión
2000
T. mixta/papel
49.5 x 69 cm



Parar ya
2000
T. mixta/papel
49,5 x 69 cm

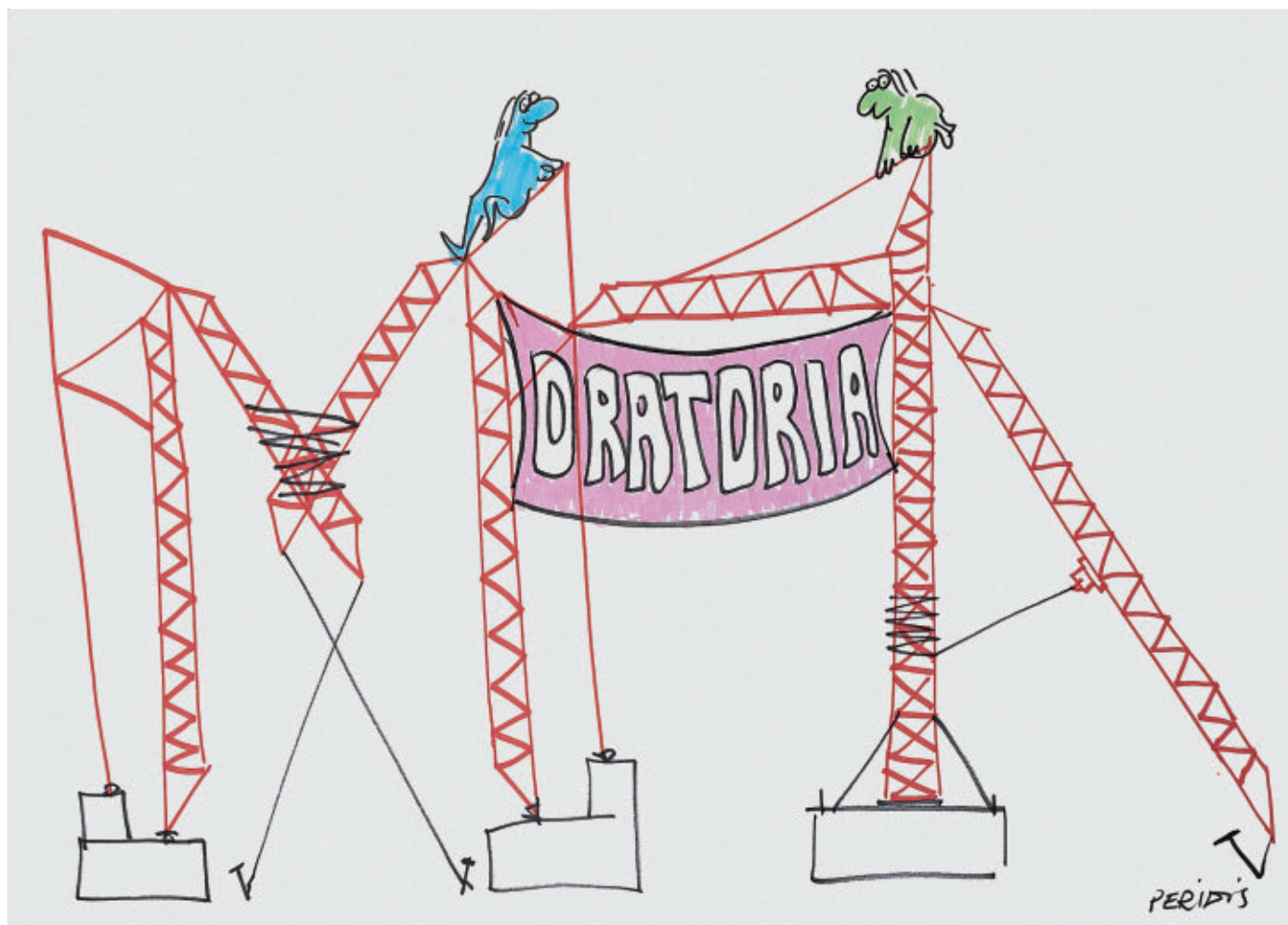
Peridis



Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



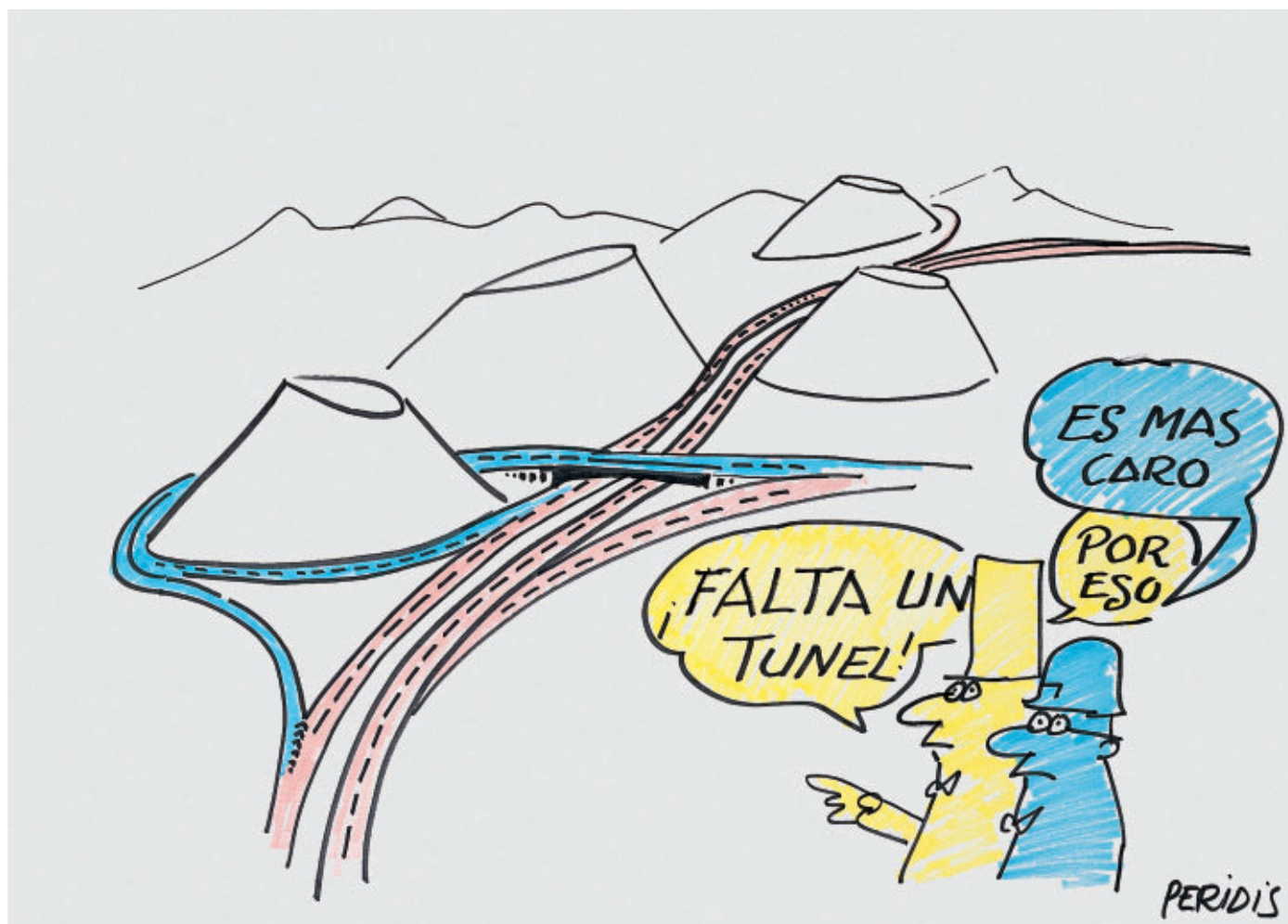
Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



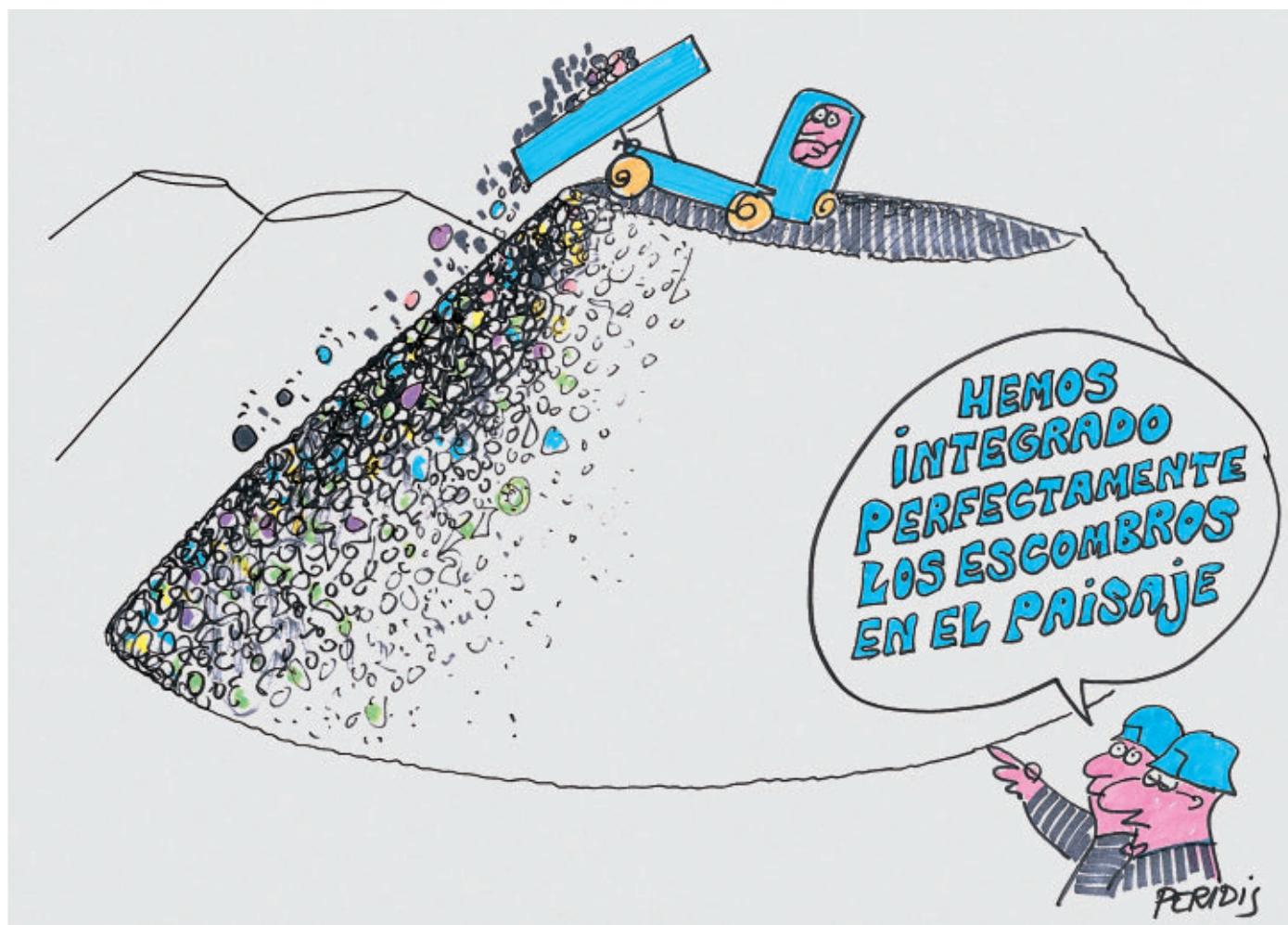
Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm



Sin título
2000
Rotulador/papel
50 x 70 cm

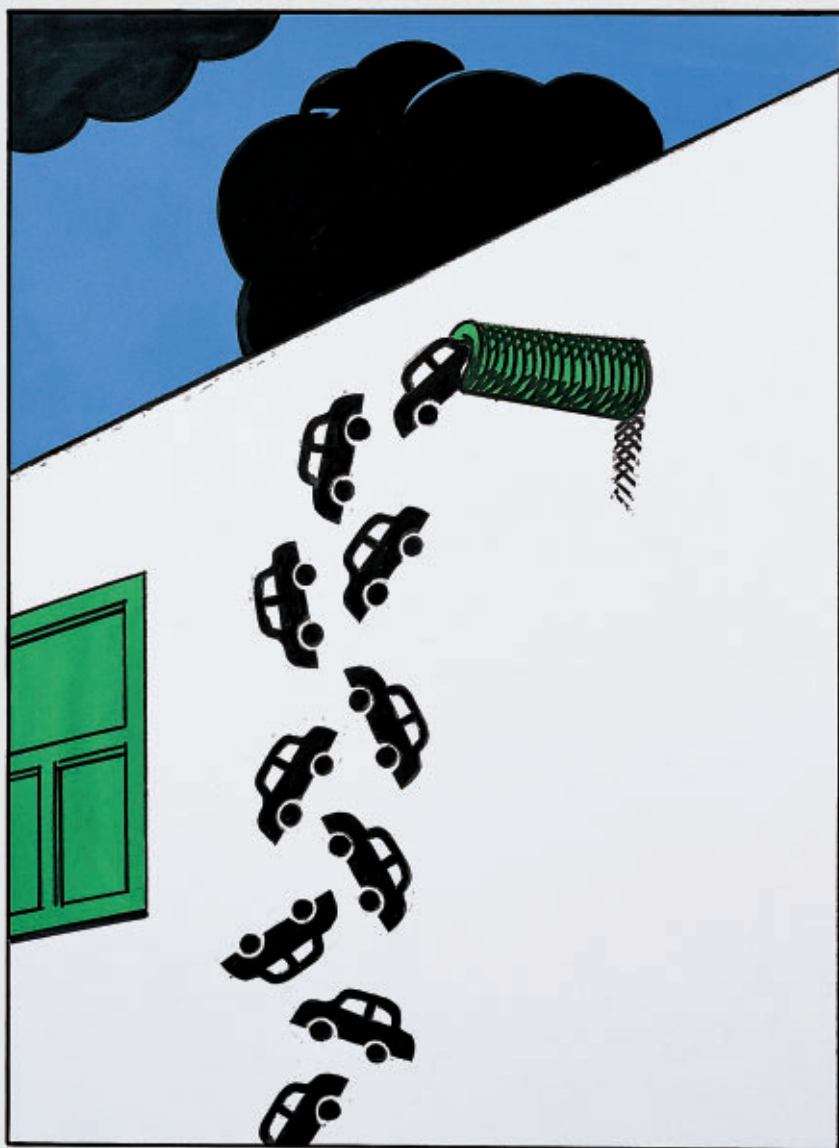
El Roto



ER ROTO

La plaga
2000
T. mixta/papel
61 x 47 cm

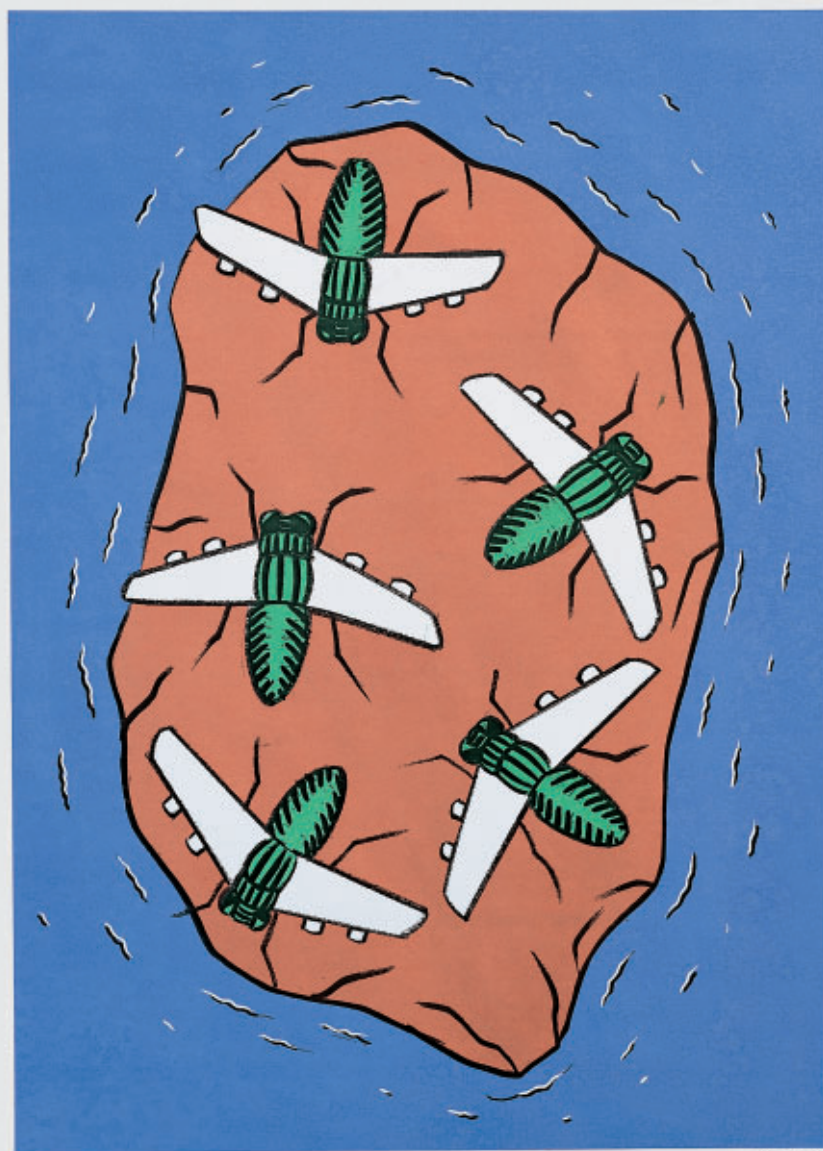
la plaga



CL (OTO)

la lluvia negra

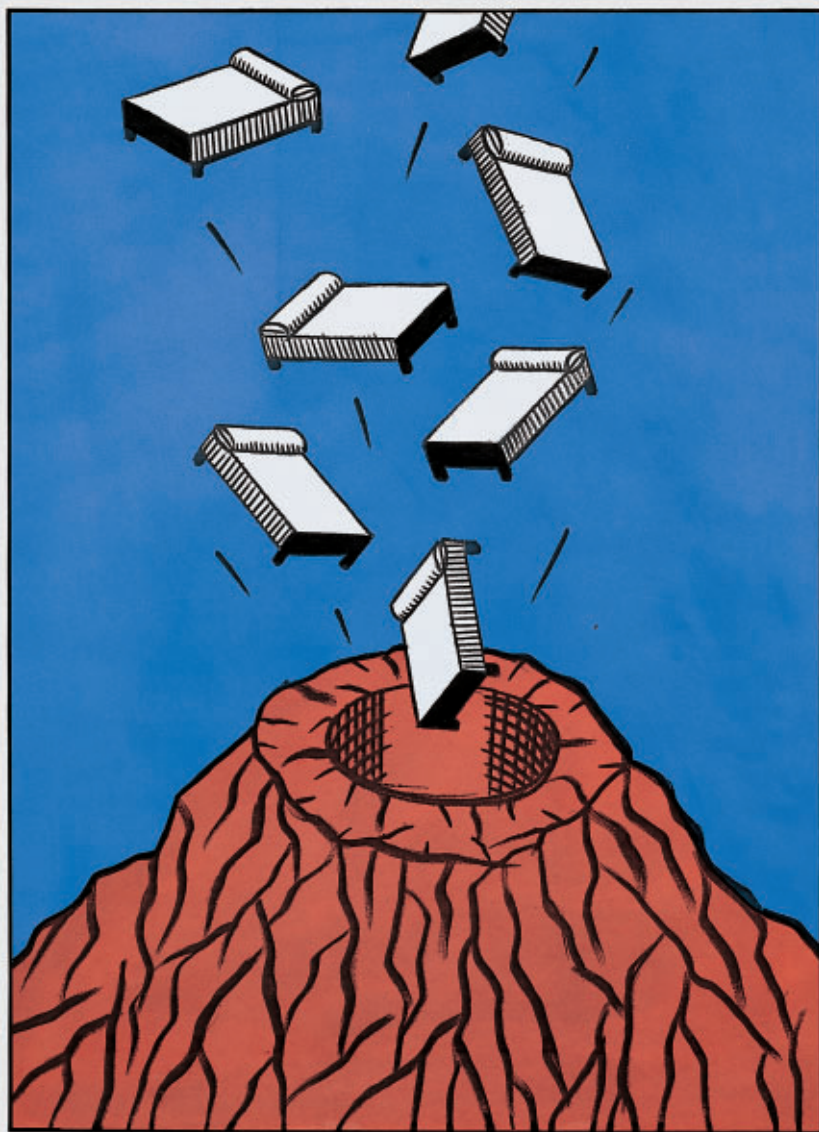
La lluvia negra
2000
T. mixta/papel
63,2 x 47 cm



EL FLOTO

Las moscas

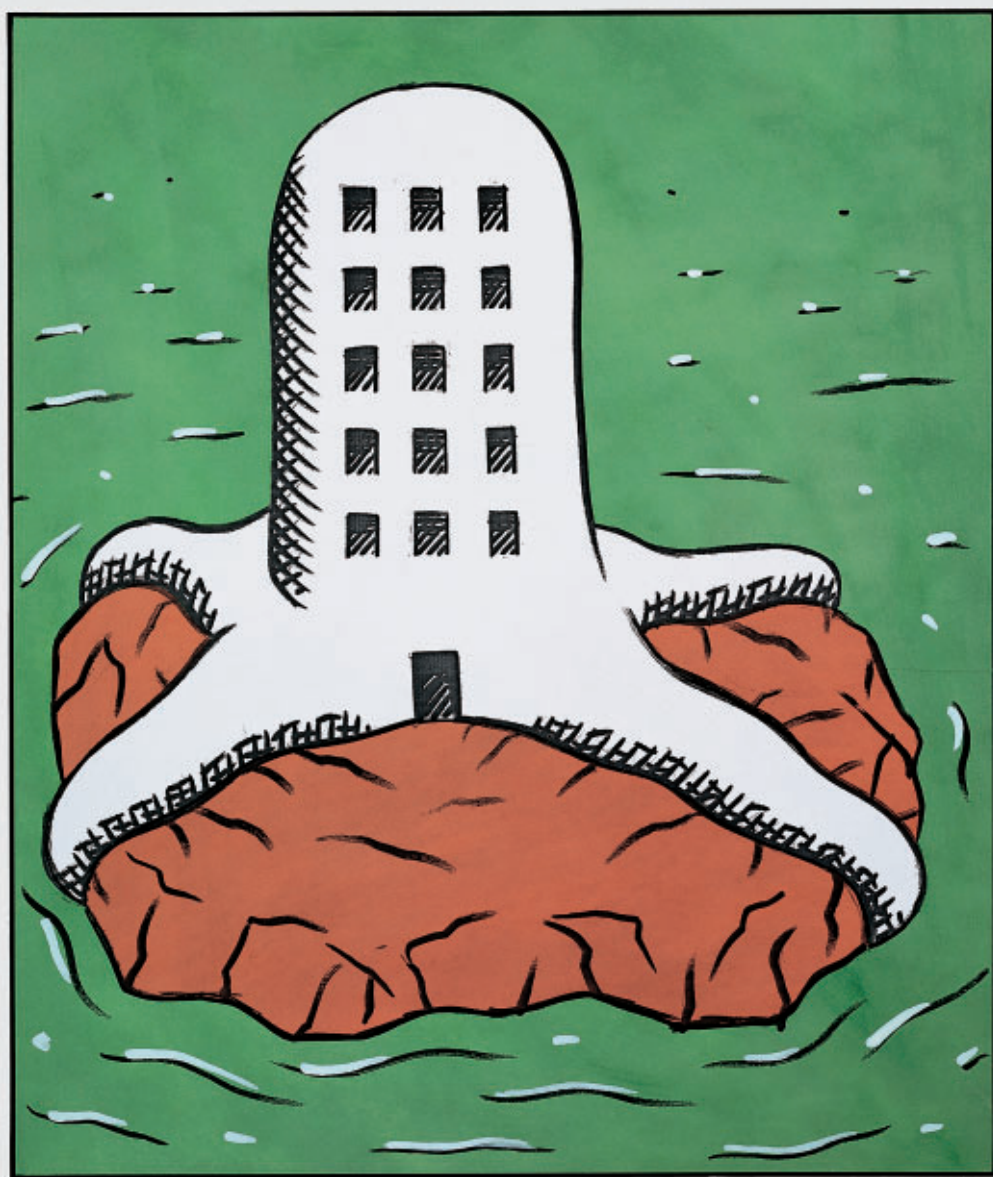
Las moscas
2000
T. mixta/papel
64 x 49 cm



EL ROTO

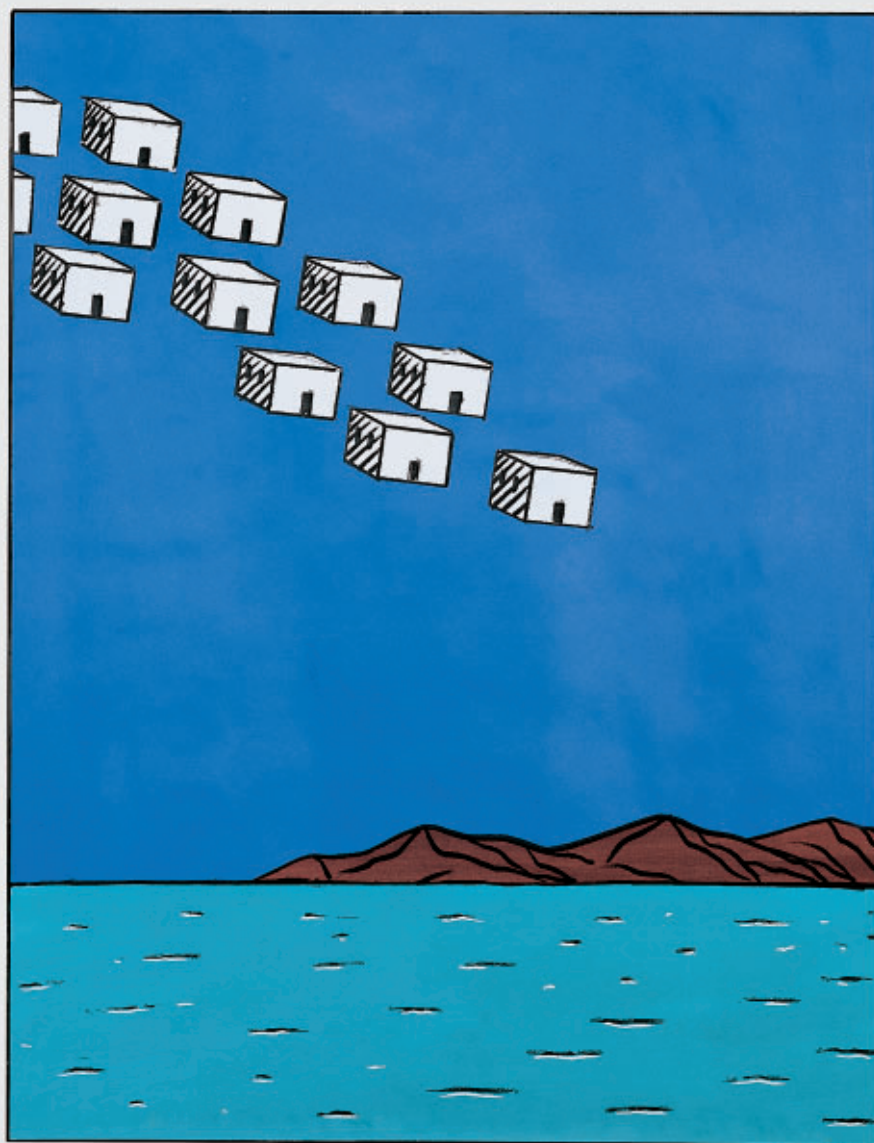
la erupción

La erupción
2000
T. mixta/papel
62,5 x 49 cm



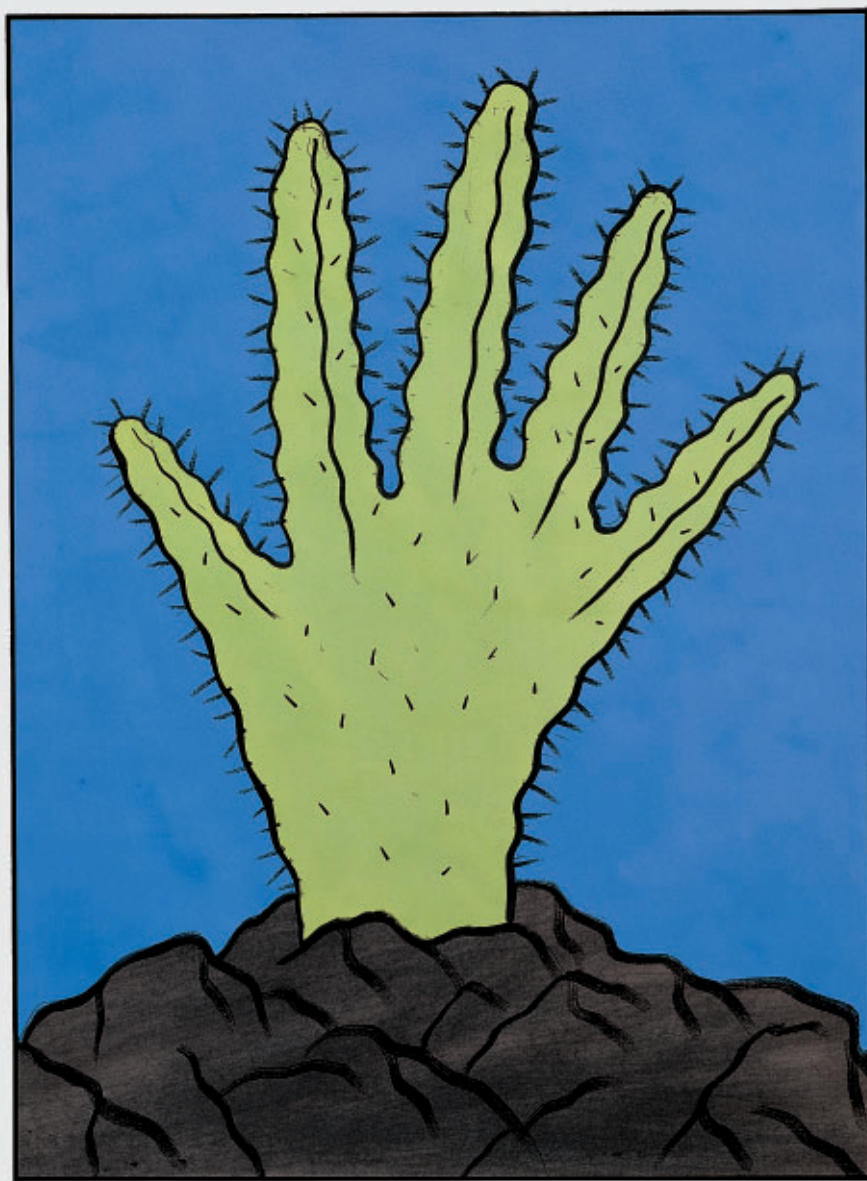
El pulpo
2000
T. mixta/papel
63 x 50 cm

El pulpo



los pájaros

Los pájaros
2000
T. mixta/papel
67,5 x 49,5 cm



EL 2070

el cactus

El cactus
2000
T. mixta/papel
63,5 x 50 cm

BIOGRAFÍAS DIBUJANTES

GALLEGO & REY

José Gallego (Madrid, 1955) y Julio Rey (Madrid, 1955) se conocieron en la redacción de *Diario 16* en enero de 1980. Durante un año, Gallego y Rey cumplieron por separado misiones distintas en el periódico como ilustradores. En enero de 1981 la dirección del diario les encargó un *cartoon*, primero semanal y enseguida de tres apariciones a la semana, sobre televisión. Fue el primer trabajo conjunto firmado ya por "Gallego & Rey". En síntesis, Rey hacía el papel de guionista y Gallego el de ilustrador.

Entre 1983 y 1989 publicaron su tira cada día, en la sección de política nacional y opinión, en las páginas de *Diario 16*. En abril de 1989 aceptaron una oferta del periódico *El País* donde sus dibujos aparecieron durante once meses. En 1990 regresaron a las páginas de *Diario 16*, donde continuaron su trabajo periodístico, alternándolo, cada vez más frecuentemente, con otros campos: publicitario, institucional...

De 1992 a 1997, realizan una tira de humor en el informativo de máxima audiencia de la cadena de televisión privada Tele 5.

A mediados de 1996 se incorporan a las páginas del diario *El Mundo*, donde continúan publicando su cartoon político, al tiempo que colaboran en diversas publicaciones.

Gallego & Rey han recibido por su trabajo numerosos premios entre los que cabe destacar: Premio Juego Limpio de la R.F.E.F. (1986), Premio de la Asociación Nacional de Informadores Gráficos de Prensa (1987), Premio Caché a los mejores humoristas (1990), Premio Estrellas del Humor (1992), Caballeros de L'Academie du Trait d'Humeur (1992), Profesores honoríficos del humor de la Universidad de Alcalá (1992), Premio Tono (Premios Villa de Madrid, 1993), Credencial de Comunicador del Club de la Comunicación (1994).

MÁXIMO

Máximo San Juan Arranz (Mambrilla de Castrejón, Burgos, 1933) ha publicado sus dibujos y textos en diferentes revistas y diarios: *Pueblo, La Vanguardia, El País, Triunfo, Interviú, La Codorniz, Por Favor...*

Ha hecho exposiciones individuales y participado en colectivas. Una antología de sus dibujos para *El País* fue expuesta en el Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla (1980).

Ha publicado varios libros, entre los que cabe señalar: *Historias Impávidas, Este País, Carta abierta a la censura, Diario Apócrifo, Animales políticos, El poder y viceversa o Hipótesis.*

Ha sido seleccionado, junto a otros veinte dibujantes de distintos países, por el Writers and Cartoonists Syndicate de Nueva York para difundir sus dibujos en Estados Unidos.

Actualmente, y desde la fundación del periódico en 1976, publica un dibujo diario en *El País*.

Ha sido galardonado con el Premio Joaquín Costa de Periodismo (1983) por sus trabajos sobre la paz, Premio de la Asociación Pro-Derechos Humanos (1985), Premio Mingote de Humor Gráfico (1980) o el Premio González-Ruano de Artículos Periodísticos (1988), entre otros premios.

PERIDIS

José M^a Pérez González (Cabezón de Liébana, Cantabria, 1941) es arquitecto y dibujante.

Como arquitecto, sus trabajos se han centrado en la restauración y rehabilitación de edificios, monumentos y entornos: Monasterio de Santa María La Real (Aguilar de Campoó, Palencia), Monasterio de San Benito (Valladolid), Teatro Principal de Burgos, Biblioteca Pública de Fondo Antiguo y Fondo Moderno (Alcázar de Toledo)... Ha participado en numerosas conferencias, coloquios, congresos y exposiciones divulgadoras del Patrimonio y ha recibido el Premio Europa Nostra de Conservación del Patrimonio Histórico-Artístico (1988) por la rehabilitación del Monasterio de Santa María La Real.

Es patrono de la Fundación Santa María La Real-Centro de Estudios del Románico y asesor-coordinador del Programa de Escuelas-Taller y Casas de

Oficios para la formación y empleo de jóvenes en la rehabilitación del Patrimonio Histórico-Artístico y Natural.

Ha publicado sus dibujos en distintos medios: *Informaciones*, *Cuadernos para el Diálogo* y actualmente en el diario *El País*, desde el inicio de su publicación. También ha publicado varios libros y realizado varias historietas breves de dibujos animados para TVE.

Le ha sido otorgado el Premio Mingote de Humor (1983) y la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes (1993).

EL ROTO

Andrés Rábago (Madrid, 1947), también conocido como OPS, El Roto y Jonás, es pintor, dibujante e ilustrador.

Con sus dibujos, ha colaborado en distintos diarios y revistas: *Triunfo*, *Hermano Lobo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Totem*, *Madriz*, *Diario 16*, *Pardon*, *El Independiente*, *El Periódico de Cataluña*, *Cambio 16*, *El Jueves*, *Ajoblanco*, *Tiempo* y *El País*.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Los hombres y las moscas* (Ed. Fundamentos), *Bestiario* (Ed. Alfaguara, 1989), *Habas contadas* (Ed. PPC, 1994), *El Fogonero del Titanic* (Ed. Temas de Hoy, 1999), *La memoria del constructor* (Diputación de Sevilla, 1998). Ha ilustrado varios libros y ha sido autor de varias escenografías teatrales.

Su obra plástica forma parte de las colecciones del Museo de Madrid, Diputación de Sevilla y Museo de Dibujo de Castillo de Larrés (Sabiñánigo, Huesca).

Ha realizado numerosas exposiciones individuales de pintura entre las que cabe destacar las celebradas en la Galería Mainel (Burgos, 1972); Galería Rayuela (Madrid, 1975); Galería El Coleccionista (Madrid, 1981); Galería Alfredo Melgar-Foch Tardy (París, 1991); Galería Manuel Ojeda (Las Palmas de Gran Canaria, 1994); Centro Cultural Conde Duque (Madrid, 1997); Museo de Arte Contemporáneo (Sevilla, 1998); Galería Trazos Tres (Santander, 1998); Galería Egam (Madrid, 2000). También ha participado en diferentes colectivas en Santander, Wroclaw, Hannover, París, Tenerife, Madrid, Cuenca...

Ha recibido, entre otros, los siguientes premios: Mención especial Jurado Internacional por *Bestiario* (Feria del Libro de Bolonia, 1990); Premio Nacional de Ilustración de la Asociación de Ilustradores de Madrid (1990); 1^{er} Premio por el mejor diseño periodístico de la Society for News Design (U.S.A., 1997); 1^{er} Premio internacional de dibujo en prensa Courier Internacional (Rouen, 1999).

VERSIÓN INGLESA

AMONG GODS AND CANNIBALS: CRONICLE OF A FEAST

Fernando Gómez Aguilera

I. Like the flame of a candle

Islands fade away too. When their resplendence is gone, islands go out like the flame of a candle: they cease to be the destiny of light which gave them their name at the very beginning. A thick, rough web of shadow and weariness envelops and devours the weak beats of their hearts. And then, within them, neither eventide nor the life of the man who breathes them in nor the throbbing sea nor the tremor of memory are saved. The extinction of their being sweeps everything away with it. The days embody a curtain of blurred darkness on the dead skin of the devoured islands' inert body. Living becomes a crestfallen metaphor of life. Meanwhile, men mutter as they lick their wounds, amid the lust of princes and merchants, whom they approach to ask for coins and acquiescence so that the memory of what they once were on the island may at least be preserved in the melancholic perfume of words written on paper. It is the kingdom of shadows, the return to the caves where it all began. Shadows, rivers of shadows.

Why do islands fade away? What are the gusts of wind that blow them out? In what shadows are they wrapped until their face, their trunk and limbs, their delicate innards, are

disfigured? Who sacrifices them? Whither do the extinct islands go? Do the islands alone know or do men also know something about how they go adrift?

As the Island is reached, a vague sound can be heard or, to be more precise, if the keen observer uses his eyes as well as his ears, then, whoever he may be, he will soon realise that the sound is loud and clear. It is not the sound of light, despite our belief that we have arrived at the destiny of light, for it is a known fact that the sound of light is a very quiet, intravenous sound which creeps into the rest of our senses before making itself heard. Indeed, we have the impression that we are standing before the sound of a beautiful body which is yielding to the pressure of the cracks. A kind of living canvas cracking under a sudden change in the climate, of a force which swells the cloth that is imprisoned between the edges of the frame. The sound of cracking. A body which, before its limbs fall away, starts to feel the effects of the erosion caused by the cracks. The sound of an island as it breaks up. And the muttering of men and women who breathe in the air coming through the cracks, who cause the cracks, who consent to the cracks from amid shadows of indolence, or who denounce them and suggest that new windows be opened onto the horizon so that the destiny of light will never fade away. Lanzarote.

II. That story, this story: the same old story

There is nothing new. If the second half of the eighties brought an expansive cycle in the tourism and real estate sector, affecting all walks of life on the island until it produced a scenario of risk which became a source of concern for society in general, in the early nineties, Lanzarote underwent a major recession. Of this process, fuelled by powerful centrifugal forces which challenged the strategies upheld by César Manrique and, more generally, compromised the island's territorial and social integrity, was born the need to order and regulate both touristic activity and the occupation of the territory. In 1991, the go-ahead was given to the *Plan Insular de Ordenación del Territorio* or PIOT (island plan for the organisation of the territory), whereby, amongst other decisive regulations, the 250,000 tourist and residential accommodation places envisaged under various partial municipal plans were reduced to a total of 112,336 beds up to the year 2000. Today, however, the

headway made in 1991 proves to be clearly inadequate. After some critical years – especially 1990-1993 – from 1996 onwards, there began to appear signs of recovery and the commencement of a new period of intense economic activity linked to the expansion of the tourism sector in the broader framework of a prosperous national and regional situation conducive to enhancing the interests of large-scale investors and entrepreneurs.

The heating of the Canary Islands' economy came about quickly, favoured by the magnitude and voracity of the financial resources at stake. To income from the tourism business should be added the huge amount of European funds reaching the islands, in addition to state contributions and the injection given by the *Reserva para Inversiones de Canarias* or RIC (reserve for Canary Islands investment), which had been accumulated by the corporate sector thanks to a fiscal incentive provided for in the *Régimen Económico y Fiscal del Archipiélago* or REF (the archipelago's economic and tax system) for the purpose of boosting investment through tax exemption schemes. In 1998, the reserve built up a total of Pta226,186m, with plans to create a basket of capital amounting to Pta2bn over the next 10 years. At the same time, however, the rush to launder money triggered by the coming effective introduction in the year 2002 of the Community currency, the euro, has also played an important part in raising the temperature of the Canary Islands' economic furnace, resulting in an unbeatable year in terms of the corporate sector's interests and profits. Nevertheless, the inhabitants of the Canary Islands still figure among Spanish citizens with lowest income per capita, occupying twelfth place, i.e., below the average and at a good distance from the Balearic Islands, the autonomous community to post the highest rate.

The autonomous community administration, bedazzled by the myth of ongoing growth – in 1998, the Canary Islands' GDP growth rate was 4.58 per cent, ranking third in Spain –, stoked the engine while taking advantage of the energy released to persist in boosting the tourism industry, which accounts for 42 per cent of Spain's total supply – 11 million tourists a year on the Canary Islands and 729,000 registered accommodation places in 1998 – and contributed 80 per cent of GDP to the archipelago's economy, with annual turnover in the region of Pta1.7bn. With a scenario such as this, it is not surprising that, in 1999, the Canary Islands Government Tourism Department should have planned to spend Pta1,500m on promoting the islands to attract more visitors. Nonetheless, it does prove surprising that, while the corporate investment reserve (RIC) and the administration itself helped raise the

financial and investment temperature on the islands – without questioning the present model of touristic development or considering new forms of organisation for the productive system so as not to jeopardise natural resources – the wealth produced was not distributed any more fairly, so that the unemployment rate continues on its upward path, with a figure of 13.29 per cent in July 2000, the highest percentage in the country. Unfortunately, it seems that none of the people concerned is interested in looking deeply into the system's contradictions. Thus, money is not redistributed, although it changes hands at a torrential rate. To quote an example that speaks for itself, in the period from 1999 to 2006, the Canary Islands Government Department of Public Works, Housing and Water plans to invest Pta866,428m in road-building, housing, ports and hydraulic works, giving cause for reasonable doubt not only as to the Canary Islands' capacity to digest the huge volume of investment in circulation but also regarding the environmental, social and territorial price to be paid, making the crack of non-sustainability even deeper.

In the meantime, the monetarist legitimisation of the present economic model, the ecological failure of which is known to all, ignores both the scenarios of risk traced on the horizon of the future and the basic questions being raised for some time now on account of this autistic race, not to mention the anxiety expressed from within independent areas of society and even from the halls of the administration itself. In this regard, it cannot but be a source of concern that, in the *White Book on the Environment*, prepared by the Canary Islands Government Territorial Policy Department, after recalling that "the lack of sustainability of the economic development model is increasingly apparent", reference is made to something about which, at this stage, nobody has any doubt: that "the consumption of natural resources and the environmental impact caused by tourism activities is reaching alarming levels which may be aggravated considerably", and that we are witnessing "the most radical transformation of the territory ever seen on the Canary Islands". A major process of territorial and social modification which "entails uncontrollable consumption of natural resources and extremely negative repercussions on the environment". However, no halt is called in the stimulation of touristic demand, an attitude which continues to feed the uninterrupted growth of the accommodation capacity and also of the resident population – which is rising fast, due above all to the influx of immigrants – and steps up the pressure on natural resources to levels beyond the realm of tolerance, about whose limits few are willing to debate.

III. A world in agony

Despite such explicit warnings, the system, shielded by its inherent inertia, interests and blindness, stubbornly continues to link solely the meaning of progress to economic reason, thus excluding considerations that are decisive when it comes to looking at the present and future wellbeing of societies and citizens. This way of going about things turns a blind eye to the mound of new realities and challenges appearing in our era. It is an approach which leaves public management devoid of moral horizons and turns its back on one of the most characteristic intellectual conquests of our time: the awareness of living on a limited planet, the finitude of natural resources. Notwithstanding this indisputable fact, which should concern us enough to move us to implement new forms of organisation and management by comparing alternative development models with the hegemonic, economy-oriented, neo-liberal catechism, the territory is still being exploited, used like a mine or fund of financial reserves; i.e., the supply is more of the same, in greater quantities.

True, the creation of new production and quality of life patterns brings with it the need to establish personal and social convictions on the understructure of a social turnaround. The far-reaching challenge shakes the foundations of the dominant ways of our civilisation: to work with strategies favouring alternative policies which actually respect the human being's sustainable, continued relationship with his surroundings and natural resources requires a critical approach to the democratic formulae which encompass and regulate the government of public and private property and interests. There can be little doubt that, at the centre of our maelstrom, lie present-day democratic practices, so formal and rhetorical as they cling to the old world order; or, to put it another way, as deeply immersed in a crisis as they are in need of a redefinition. The map-making techniques with which to conceive and manage the era are in need of a major renewal, leaving the way open for maps designed to take us beyond the disagreeable experiences resulting from both ineffectualness and uncertainty.

Collective interests receive their information via unknown perspectives and dynamics. The magnitude and speed of events constitute decisive, specific parameters of the present world, becoming substantial reasons above and beyond their relative appearance. The limited nature of natural resources, the pressure of the new technologies, our mobile contemporary society, the empire of the media, market globalisation, the free flow of the financial bubble,

the polarisation of poverty, the dictatorship of international capital, the systematic violation of human rights and the debilitation of democracies erode and dilute collective interests, which are reduced to a form of volatile, fizzy water. On a scenario where the landscape is devoid of moral and utopian horizons, it is becoming increasingly necessary to bring influence to bear on the nearest civic niches – the district, the city, the province, the community and the transversal spaces – while using the new communication technologies to advantage so as to bring dispersed individuals and groups together and devise answers to international organised power as, to a certain extent, occurred in Seattle and Davos. Citizen participation is destined to play a decisive role in the reorientation of collective interests, starting off with the management of the territory and natural resources. It should become an indispensable scion in our anaemic democracies: new sap, to work as a catalyst. However, in the absence of new models for a participatory society, there is no alternative but to persevere in the Herculean task of making a demand from all fronts for solidary, rational patterns in the exploitation of resources, trying to weaken autocratic economic reason in the process, with a view to putting human considerations inherent in man's plural dignity on the table. Otherwise, while in-depth analyses of the ecological failure of the present economic model are being carried out, the discourse on sustainability will continue to rot on the rhetorical palate of political power and the market mandarins. These are the ones that have swotted up on all the new vocabulary, peppering it with inflections of the voice and bibliographical references, the sole intention being to devour it so that nothing may hinder the continued construction of the world with the usual materials and thirst for power.

IV. Light is finite

Paradise also fades away because, like men and the world, paradises start to agonise. Today or tomorrow. They die in our arms while, in a half-stupid, half-distracted gesture, we insist on pressing harder and harder on the stiletto with which we have pierced their hearts. Light disintegrates in our hands: it passes out and dissolves. Lanzarote is an island unique in its singularity, a pioneer in the concern to make a tourism-based economy compatible with the conservation of its territory and its wealth of natural and cultural resources. After three

decades of growing touristic activity, it is bearing up, at least apparently. By this, it is meant that, although it still looks good in a medium shot, the cracks show through like symptoms of impending decadence on a close-up, where we all stand exposed. Amid the glowing beams of its wizard and mentor, César Manrique, Lanzarote is striving to retain the capacity to recognise itself in the mirror and, by fits and starts, to defend itself from a thousand-and-one assaults. In exchange for prosperity and modernity, it is no small thing that has been lost on the way and high is the price that has been paid while storm clouds gather on the horizon looming before our immediate present. And, having reached this point, each and every citizen of Lanzarote is doing his accounts, looking at his own balance. Some make this calculation with coins; the majority do so with desires, anxiousness and convictions.

But the alternative is still open to the island: to remain in the glow of light or to plunge into the abyss. Although fortunately not everything is lost in territorial, environmental and social terms, there is little leeway left in terms of choice and time. Lanzarote is starting a walk through the wilderness and, unless something is done, when tomorrow dawns, it will find itself still wandering down the long, nameless path of desolation formed by those dry, parched sands, with no chance whatsoever of coming back. The truth of the matter is that, without enacting a cinematographic toast to the sun, there is still room to hold a critical discourse to defend the integrity of the island's natural resources; to contribute to the citizens' wellbeing; to enhance the maintenance of the biodiversity of land and sea; to play a part in changing the direction of the menacing scenarios of risk; to advocate the establishment of strict limits on the growth of tourism; to demand rationality in the development of infrastructures causing a major impact on the territory; to stress the need to reconvert the development model; and to denounce the inefficiency and obsolescence of the instruments used in the administrative management of resources, which are a far cry from the capacities for innovation and efficiency called for by a Reserve of the Biosphere with more than 42 per cent of its land classified as a protected area. There is still room for hope and active commitment – the *raison d'être* of this exhibition –, in spite of the conflicts and worrying possibilities of risk which are threatening to extenuate the island.

Of all the hostile forces, the greatest is the one deriving from growth and the amassment of tourism. In its action, the origin of the hypertension being suffered by Lanzarote may be identified; an origin which is, at one and the same time, a spring gushing with organic

imbalances. Hypertension and touristic obesity are Lanzarote's ailments, its basic risk chart. Since 1997, the pressure exerted by town-planning has been stepped up considerably. A significant indicator is provided by the consumption of cement: if in 1995, 99,100 tonnes were used, in 1996, this figure rose to 104,275 tonnes; in 1997, to 124,337 tonnes; and in 1998, to 151,083 tonnes. This last figure was surpassed by far in 1999. The island's economy is focussed on the monoculture of tourism, which has throttled the diversity of the productive network, reducing the traditional activities of fishing and farming to a merely testimonial role. In 1998, the services sector contributed 87.8 per cent of the island's economy and building accounted for 7.6 per cent, while the cultivated area, which is growing smaller by the minute, measured 3,332 hectares, as against 4,857 ha in 1991.

The brusque, intense activation of the real estate sector is leading to profound and rapid territorial and socioeconomic transformations which the island's fragile metabolism is unable to digest. The result makes itself manifest in the form of increasing social unrest. The problem of living with the new socioeconomic map born of hypertrophy has a traumatic solution in a community which, since the seventies, has been forced to digest too much food, with no stomach-settlers provided, as a result of all the disturbance to which it has been subject. The demographic vertigo which has been shaking the island in the last few years speaks for itself: from the 58,634 official inhabitants living in Lanzarote in 1987 – with a daily average of 17,182 tourists – or the 77,192 in 1996, there was a rise in 1998 to 84,849, to which must be added a daily average of 49,678 tourists. Accordingly, the actual population totalled 134,527, to reach nearly 92,000 in January 1999 (66 per cent natives) and 100,500 in February 2000. The influx of manpower constitutes the major flow in this growing trend, which is intensifying demographic pressure and imposing hair-raising rates of population growth on a territory of reduced dimensions: between 1998 and 1999, the island's population rose by 7,000 and in the first eleven months of 1999, 8,442 new residents registered on the municipal census, giving a population density of 100 inhabitants per km² (1998). Taken as a whole, the Autonomous Community of the Canary Islands (1,630,015 inhabitants in 1998) reflects one of the highest population increases in Spain: between 1981 and 1996, the islands' population grew by 17.4 per cent and the number of immigrants was up by 91 per cent. At the same time, Gran Canaria and Tenerife rank among the islands with the densest populations worldwide, with 459 and 333 inhabitants per km² respectively (1998). Looking

towards the future, in a study presented early this year, the *Instituto Canario de Estadística* or ISTAC (the Canary Islands institute of statistics) foresees demographic growth on the Canary Islands of 12 per cent over 15 years, between 1996 and 2011; that is, a total of 1,791,000 people. By way of comparison, Madrid, for instance, grows at a rate of four per cent. According to these estimates, Lanzarote and Fuerteventura will be the islands to mark up the greatest rise, on account of the immigration factor. Forecasts reckon that the island of volcanoes, with 77,192 inhabitants in 1996, will be home to 121,203 residents by the year 2011.

On Lanzarote, the population explosion, with annual growth rates which can be assimilated only with difficulty, has taken health services and educational facilities to saturation point, causing a great deal of inconvenience and dissatisfaction. This in turn leads to conflicts of integration on the one hand and, on the other, segregation on the part of sectors of the resident population, expressed in attitudes of rejection of *the other* and of the strengthening and exaltation of their own individuality and local values. But the machinery which heats the economy and makes the tower of tourism grow higher is also the one which magnetises the imbalance of immigration, above and beyond desirable natural rhythms. This is the fire from which all the smoke is rising.

The speedy, sustained increase of economic activity and the population causes imbalances in all scopes of reality, upsetting the fragile island system and immersing it in a state of crisis. As the island is totally dependent on energy, it is forced to import fossil fuels to feed the machinery for energy production and the desalination of water, without which the tourism industry could not survive. The equilibrium is precarious. Despite the fact that Lanzarote, surrounded by the ocean, with a productive sector polarised entirely around the services sector – consisting of the consumption of energy and natural resources and of the production of waste –, is at the mercy of the flows and reserves of traditional fuels, the possibility of applying new technologies and renewable energies or of rationalising present consumption rates is barely mentioned in the sustainability (i?) strategies: in 1998, 17,845 MWH of wind energy, out of an overall consumption of 465,205 MWH, was produced. Instead, projections and growth are looked on as if energy resources were proprietary and infinite, substantiating the blind optimism of capitalism and the consumer society.

As may be supposed, the growth of production and consumption rates is relentless. In 1998, the supply of petrol amounted to 40,126 tonnes, or 62.6 per cent more than 10 years ago, back

in 1988. Such a disproportionate percentage no longer surprises us when we take a close look at the statistics of Lanzarote's oversized automobile fleet: 76,466 vehicles in 1998, or twice as many as there had been 10 years before: 38,580 in 1988. The figure gives a ratio of 901 vehicles to every 1,000 inhabitants, the highest in the country beyond any doubt. With a practically non-existent public transport network on the island and a fleet of rental cars making up an overwhelming total of more than 22,000 (the mainstay of a sector employing about 5,000 people, with approximately 1,500 direct jobs and 3,500 indirect), privately-owned vehicles are used for 80 per cent of travel on Lanzarote. In Arrecife alone, 25,000 cars take to the roads every day, while over 62,000 drive daily through the inner city; i.e., half the daily total recorded for the entire urban area of Las Palmas de Gran Canaria. It should be taken into account that Arrecife has a population of just over 40,000 and the capital of Gran Canaria, about 350,000. Such heavy traffic seems incongruous on an island with a road network of approximately 425 km and very short distances between the busiest points.

This celebration of *progress* and *development* cannot exclude the consumption rates of electricity and water. While the consumption of electricity per user was 8.5 MWH in 1995, it was up to 9.7 MWH three years later. In five years, from 1993 to 1998, electricity consumption rose by 30 per cent. In 1995, the production of water amounted to 9,506,773m³, whereas only three years later, in 1998, the figure reflected 3,000,000 m³ more, i.e., 12,415,815 m³. New desalination plants – 80 per cent of water consumed is desalinated – , which need fossil fuel to operate, are being built in order to meet growing demand. Thus, the pressure on resources is ever greater in a Reserve of the Biosphere managed with an imperceptible sensitiveness towards that biosphere, while nobody is taking any decisions or providing the means to introduce policies through which to rationalise consumption. These are failings affecting even the treatment of solid urban waste and the control of dumping in the sea. Today, Lanzarote still needs to implement a determined, modern policy for the environmental management of waste; a policy which, in addition to covering the selective collection of waste and its subsequent reuse and recycling, should include prevention and reduction schemes.

The island's capital, Arrecife, is one of the greatest victims of the intense pace of growth and transformation being seen on Lanzarote. Both the administrative capital of the island and the main commercial area, the city has, through time, evolved independently of the scenic

dynamics of the other towns and is the result of an accumulated urban development as irregular as it is detrimental. Lacking in public leisure areas and showing no respect for the heritage of civil architecture, the city has turned its back on the exceptional shoreline after which it is named. Although Arrecife has not enjoyed the benefits of income from tourism, it must nevertheless assimilate the imbalances brought on by the acceleration of economic heating and the tourism boom. The arrhythmia of its urban and socioeconomic fabric is closely linked to the vital constants of the insular system. With a population that is growing at a disconcerting rate, it is home to 46.4 per cent of the island's total population (now 45,000) and, last year alone, from November 1998 to the same month in 1999, it acquired 3,000 new residents, in a trend to which shows no signs of stopping. At the beginning of last year, the designers of the *Plan Director de Infraestructura de Canarias* (the Canary Islands infrastructure management plan), an initiative of the autonomous executive, diagnosed the capital's central problems as being the density of the population, urban deterioration, chronic slum areas and the consolidation of a number of ghettos, even in the central districts: a bundle of sure conflicts which accentuate the citizens' unrest and lack of motivation. Added to all this is the recent uncertainty about the future of the city's shoreline, threatened by actions of a varying nature, particularly the drafting and initial approval of the *Plan de Utilización del Puerto de Arrecife*, or PUPA (plan for the use of the Port of Arrecife), clearly speculative with regard to the seafront, where the possibility of leisure facilities and infrastructures is appearing on the horizon, alongside the announced private urban development of Islote del Francés; the possible construction of marine leisure infrastructures; and the deficiencies in urban mobility. Fortunately, on the opposite front, the Canary Islands Government Territorial Policy Department has taken steps to protect the exceptional natural and cultural values of the Arrecife Marina by proposing that it be declared a *Sitio de Interés Científico*, or SIC (place of scientific interest). The scenario of needs and opportunities taking root in Arrecife is a warning as to the tension which the immediate future will force us to face. The city is in need of integral planning, based on consensus, so as to establish qualified strategic action, both in the centre and in the surrounding districts, capable of giving new life to the urban fabric, of redefining the regressive development pattern followed until now and of modifying the prevalent spontaneous, disintegrating and haphazard tendencies fanned until now by administrative

decisions and a lack of political continuity. At the same time, however, from a standpoint of the defence of collective interests and encouragement of citizen participation, it is also necessary – if the city's planning possibilities are not to be placed in jeopardy – to dispel any reasonable doubts and misgivings aroused by obscure initiatives regarding the shoreline which may endanger its conservation and public enjoyment.

Terrestrial and marine ecosystems are being threatened by the pressure of tourism and the resultant development of infrastructures inside a general framework of environmental management characterised by the absence of schemes to protect species in danger of extinction, projects for the recovery of damaged ecosystems and the negligible success of control and follow-up mechanisms. Lanzarote owns a silent, distinctive natural heritage of flora and fauna submitted to constant aggression, placing it in a recessive situation. Applied non-critically and systematically, the myth of progress is having devastating effects. Natural resources appear to be one of its main victims. Financial flows and economic transactions are insensitive to nature, which is conceived as a mere supplier of raw materials and a consumer article. In Lanzarote, as elsewhere on the Canary Islands, there is plenty of money changing hands. The autonomous government has a tremendous investment capacity which, to a large extent, it plans to pour onto the territory in the form of the development of infrastructures: the Road Agreement alone, formalised by the autonomous and central governments, has a spending budget totalling Pta200,000m. Moreover, to the investments coming from the Canary Islands executive must be added those made by insular and local administrations, not to mention private initiative: altogether, a heap of operations aimed at highly sensitive communication and leisure centres.

Of course, Lanzarote is also on the path of this hurricane of investment, which could trigger an intense, rapid transformation of the territory, enabling it to assimilate a greater influx of tourists – both day trippers and vacationers –, whilst exerting considerable pressure on the shoreline. The Canary Islands Government Public Works Department claims to be investing something like Pta9,000m in the island, targeted at the coastline, hydraulic infrastructure and roads, in the course of the present year. Furthermore, it has announced that, in coming years, the annual investment rate will be Pta3,000m. The syntax of bulimia, and of collapse, is spreading all over the island in the form of wider roads, where the greatest menace is to be found in the high-speed Órzola-Playa Blanca axis and the adaptation of the La Geria

road; the planning of several golf courses, including one at Tías, with 18 holes, complete with an accommodation capacity of 700 beds; six projects at the preparatory stage for the southern part of the island; a network of nautical sports centres, which will take over the coastal strip, stimulating real estate development in the area and knocking the marine ecosystems off balance; drinking water production facilities; another runway at the airport, after the recent opening of a new terminal; theme parks; perhaps two new tourist resorts, one in the north and the other, in the south; hypermarkets, with one measuring 30,000 m² already under way in Arrecife; and then, huge commercial ports, such as the extension proposed for Playa Blanca, with a 650 m jetty. This list would not be complete without the 7,500 m² commercial area, with an investment of Pta6,000m, the purpose of which is to provide a maritime motorway linking Lanzarote up with Fuerteventura, the idea being to receive cruiser tourism and residual day-tripper tourism coming from the neighbouring island. As a result, Lanzarote will become Fuerteventura's great theme park. Indeed, in coming years, the shores of the Canary Islands will be the victims of fierce attacks on the part of real estate companies. Money, promoters and parts of the administration are focussing their attention on colonising the seashores, transforming them and making them into a profitable enterprise. The warning lights are on along the coastlines of the Canary Islands. Beset by the progressive degradation of the ecosystems, the development of nautical sports centres and leisure facilities, the construction of piers and the extraction of aggregate, in addition to lacking a protective, organisational plan, their situation is critical. To put it briefly, they are beset by money, speculation and political greed.

Such a conglomerate of infrastructures is threatening to turn the island into a scenario of the baroque, a huge, assorted amusement park, where the aberrations and bad habits of all the continents come together while the island's idiosyncrasies disappear into nothing, the impossibility of adapting to the advantages of continental territory having been accepted. The mass of investment planned or in progress, both in the building of accommodation (with a rough estimate of more than 10,000 new places in the last two years alone) and in infrastructure leaves little room for optimism and smacks of the ratification and standardisation of Lanzarote as a tourist resort. This is a worrying outlook which, while tracing unequivocal signs of non-sustainability on the horizon – seeped in the incense of the empty environmental rhetoric used by political representatives –, calls for new forms or

organisation for touristic activity, set in a context of control, regulation and fixed growth limits, conceiving the island as an integral, solidary and interdependent system, as opposed to a compendium of seven disjointed towns.

V. Never fade away

A poem published by Luis Feria (Santa Cruz de Tenerife, 1927-1998) [...] reads as follows:

At evening's calm hour
to live life undyingly is the only
craft of the man who breathes.
To raise his hand and hold back the sky.
Destiny of light, never fade away.

It is a poem of celebration and communion with nature: eventide, the sky, light ... man as he contemplates the spectacle of life, as thrilling as it is awesome: *Destiny of light, never fade away*; or it could also be interpreted as *Nature, island, never fade away*. We know, however, that the destiny of light and the destiny of cement repel each other and are irreconcilable. On the islands, this is known only too well. On Lanzarote also, without any doubt. Bird-watchers are convinced that the animal reflex makes canaries edgy just a few seconds before the earth begins to tremble. Reliable sensors of the cataclysm, their nervousness starts before the disaster. Perhaps a similar virtue is one of the characteristics of the islanders. Hence when in January 1999, the data centre belonging to the *Cabildo* (organisation of representatives from all the islands on the Canary Islands) carried out a survey on insular issues, few were surprised by the fact that 65 per cent of the population proved to be in favour of *zero growth* for tourism: no more tourists, no more building of accommodation. The citizens, with apprehension and foresight, opted for the destiny of light and condemned the ballast formed by all the cement. Meanwhile, since May 1998, the Lanzarote Cabildo has been trying to gain approval for the *Revisión del Plan Insular del Territorio* (revision of the territory's insular plan). The revision, popularly known as the Moratorium, was seeking to

moderate the increase in the number of tourist accommodation places over a 10-year period so as to obtain some breathing space for reflection and decision-taking with regard to the future. The administration acknowledged the uncontrolled pressure being exerted on the island, which simply could not withstand the pace. The granting of touristic building permits was suspended for two years and the PIOT was rescheduled, giving authorisation for the provision of 10,707 new touristic places – these would be added to the existing number of 56,114 beds, according to official figures; 73,000 according to AETUR, the island federation of tourism entrepreneurs; or 80,000, according to estimations by ecologist collectives – and 17,943 residential places in touristic areas over the next 10 years; that is, up to the year 2010. Nevertheless, ecologist associations, opinion platforms and the César Manrique Foundation soon contested the measure, believing it to be insufficient. There was also a controversy about the real numbers of accommodation places which may finally be built in coming years. Thus, as against the 28,650 approved under the PIOT, ecologists reckoned that the actual rise in the number of accommodation places was 55,341, arriving at this figure by adding the renewal of expired permits (17,735) and an additional item of residential places (8,966). Moreover, it was claimed that the administrative procedures followed in the suspension of permits had led to a considerable rise in the acquisition of building rights prior to the suspension, resulting in the stimulation of immediate growth.

Above and beyond the unstableness of the figures concerning accommodation places, deriving in the main from the scant information furnished by local corporations, it is a solid fact that, at the present time, construction is going on at a disproportionately fast rate as a result of the sector's activity in new tourist accommodation places, residential housing and the refurbishment of outdated places. Promoters are moving fast, with an estimated Pta 60,000m in private investment for the period from the year 2000 to 2002 only in Playa Blanca (Yaiza). It is likewise a solid fact that the island is hardly in a position to assimilate any more accommodation places than it already has, whatever their number may be and this, in any event, exceeds official figures by far. The future looks gloomy if we bear in mind that, in 1998, Lanzarote received 1,738,291 tourists, 1,662,427 of whom were foreigners, with an average occupation rate of 88.53 per cent; art, culture and tourism centres were visited by 2,800,000 people, leaving income of Pta3,250m behind them; and the airport handled 4,577,329 passengers and 42,839 aircraft. Just 10 years before, in 1988, passengers had been half as many: 2,156,341.

The truth of the matter is that tolerance margins seem to be reaching a point of exhaustion and this is felt by many citizens and social representatives who are openly calling the present model and its inertia into question. The social visibility of the imbalances and perturbations to which the island is being submitted and the daily life of its inhabitants are fostering both anxiety and the creation of a critical mass in favour of preventing the exploitation of the territory and planning productive activities within the framework of a culture of restrictions and alternative policies which may prevail over the real estate interests and sectarian, economy-oriented logic. Collective feeling is sensitive to transformations and the acceleration of processes and its reaction, together with the analysis of socioeconomic indicators, seems to point to a need to face the critical situation of the insular system with a new cartography that should provide alternative options for the management of the territory and its resources. Without compromising the natural heritage and civic health, these options should, as César Manrique unceasingly upheld and endeavoured, encompass the possibility of making citizens' wellbeing compatible with the conservation of the singular natural and sociocultural heritage, giving priority to quality – of the island as a system and of the accommodation provided – over quantity.

The intelligent insight and the humour with which Gallego & Rey, Máximo, Peridis and El Roto use images, situations and accounts to portray the scenarios, players and subjects of conflicts are an invitation to ponder over Lanzarote's present. Their acute perception and interpretation of the tensions of reality and the sense of commitment reflected in their drawings, enveloped in a spirit of lucid laughter which is suggestive of a horizon of doubts and questions, along with a few answers, open the door to debate and confirm the direction in which risk is moving. Many of their drawings of the conflicts tormenting Lanzarote acquire the nature of an emblem and, as they make in-depth examinations of the cracks that threaten the island, they are able also to associate them with a universal tectonic movement whose effects are being felt in other places all over the world. Local ups and downs and the common, global platform live side by side and complement one another. Indeed, this could not be otherwise at a time like this, when the world, which has shrunk in size on account of communications, once more becomes immense. A total of 29 drawings have been included in the exhibition *Lanzarote: the role of the crisis*, to encourage meditation about the threats assailing the island and to spark a reaction. In addition to the artists' interpretation, the

exhibition catalogue contains 14 articles born of critical thinking, where different specialists reflect upon the various scopes of insular traumas, making up a prism of complementary aspects: traffic and roads, waste, territory, biodiversity, energy, economy, landscape, globalisation, migratory movements, insular systems, architecture and town-planning, citizen participation and tourism. Their analyses and judgements explore alternative routes, pointing out different formulae for the solidary and sustainable construction of day-to-day reality. And it is all for the purpose of helping prevent Lanzarote, destiny of light, from ever fading away.

MORE TOURISM! THE WAR IS ON!

Federico Aguilera Klink

The logic behind the economy of tourism in Lanzarote, as in the rest of the Canary Islands, brings to mind the logic applied by Groucho Marx in the Far West to keep his engine going in that hair-raising race. Just as Groucho decided to start destroying the carriages of the train so as to use them to fuel the boiler, here, the same logic has been applied for some time now. The engine of touristic growth and mass concentration is relentlessly destroying the train made up of carriages in the form of islands, burning it up as each day passes in the raging boiler of the economic logic of pseudo-progress going nowhere.

The difference lies in the fact that Groucho had a very clear objective: that of catching up with the con man who had the deed of the mine, whereas, in Lanzarote, a Reserve or (Mine) of the Biosphere, the engine feeds on this would-be reserve, while running to benefit but a few, oblivious of all the social and environmental costs involved. Moreover, we know that we are deteriorating and using up the mine in a completely irreversible way, although this depletion is disguised beneath the publication of figures known as growth indicators. Like magical totem-poles, their purpose is to persuade people to take no notice of the reality they see before them and to have faith in all these figures, making them think that what they are seeing is a different reality. The problem is that these indicators are looked on as being

scientific due to the fact that they lead one to think that *more* means *better* and because some of them are expressed in monetary terms. However, as Donella Meadows points out so lucidly and humorously, to try and conduct the economy with present figures is like trying to drive a car with a misty windscreen and trusting a drunk passenger to show us the way along the road.

Not unrelated to the consolidation of this faith is the major role played by certain politicians, whose task consists initially of protecting the territory and the environment but which, in actual fact, becomes a fervent defence of growth: aware that people's attitudes are influenced by insistence and repetition as opposed to reasoning, politicians "argue" that growth is compatible with the environment and ecology, claiming that it is necessary if the standard of living of the inhabitants of the Canary Islands is to be improved. Thus, we are made to look so ungrateful that we fail to appreciate everything they do for us. To all this is added the enthusiastic welcome given by mass media to the construction of new hotels with hundreds of beds and investments worth billions. In doing so, they deliberately turn a blind eye to the fact that the pre-requisite for true social progress to exist is that people be aware and convinced that there are lots of feasible alternatives to present policy that offer a wide range of options in the most vital of the aspects affecting their wellbeing: the physical environment in which they live and work.

Unfortunately, instead of opening the debate on actual, feasible alternatives, which would, moreover, constitute an opportunity to practice and consolidate democracy on a day-to-day basis, the only message to come across, time after time, is one which disqualifies those of us who question that growth as utopians and fails to appreciate that what is really utopian is to think that we can go on growing as we have been doing until now. It is irrelevant that this questioning is based on solid reasoning and arguments as, by definition, the only accepted reasons and arguments are those that defend growth and help the economic machinery to keep running non-stop, irrespectively of its contribution to people's wellbeing. The conclusion is obvious: if the economy grows, then all is well and there is no need to wonder what this growth is costing, the real price that is being paid for growing or how the income produced by that growth is being distributed.

To put it briefly, the only objective to receive the blessing of politicians and entrepreneurs in this land of tourism *à la Far West* – Lanzarote and the Canary Islands as a whole – consists of the growth of tourism, the idea being that the engine should run faster and faster and

never come to an halt. The key word is *more*: more flights bringing more tourists; more hotels and apartments; more car rental services; more waste; more congestion; more "consumption" of natural spaces and more and more and more ... fuel for the engine. The point is that this fuel is none other than the continued deterioration of each island. Essentially, when we muster the courage to face up to what is really happening and see beyond all the plastic, cosmetic declarations, such as, amongst others, Natural Protected Space and Reserve of the Biosphere, as pompous as they are useless, what we find is that each island is looked on as just another wooden carriage to be put to immediate use as fuel, or as a mere plot of land which the stokers-promoters-speculators are itching to build on or "develop ecologically". There is, however, no denying reality: the growth of tourism is possible only because the price paid by tourists for transport, including flying, is far lower than the incalculable social costs deriving from that transport. More often than not, these are ignored although, on the odd occasion, attempts are made to finance them with public funds. Paradoxically, this means that tourism must grow even more if the funds are to be provided.

This is so because we have gone from a situation in which tourism was an activity at the service of the island, where it was possible to improve personally or finance the construction of certain basic, collective infrastructures, to one in which the island is entirely at the service of tourism. This leads to the destruction of both while no solutions are found to the problems which the income earned from tourism could have solved. Indeed, we are up against the patently obvious fact that the greater the growth of tourism and the economy, the greater the number and the complexity of the problems arising. Although the real solution to these problems is precisely the reduction of that growth, the apparent, politically accepted solution calls for increased growth of tourism so as to finance these solutions. Ultimately, it turns out that any solution has its own built-in problem and accordingly, the spiral consisting of touristic growth-problems-solutions-touristic growth-problems goes on into infinity. Summing up, the touristic engine is devouring tourism and detracting from the islands' quality as social spaces, turning them into mere commercial areas and hotbeds of increasingly bitter conflicts for which there is no solution from the point of view of the logic of the growth of tourism.

Proof of this is to be found in the construction of hundreds of hotels and thousands of apartments, providing accommodation for millions of tourists and billions in terms of income. New ports, airports and roads have been built but there are never enough. The

engine must keep running, more tourists must be brought and more hotels and apartments must be built, along with extensions at ports and airports, with the ultimate aim of making the islands' territory into a vast parking lot for the mass concentration of people and vehicles. Just how much deterioration is needed for the interests of the collective to take true priority over those of the individual?

TO LIVE HERE

Joan Buades

THE WORLD IS AN ISLAND. We live in a world which is gradually slipping out of our grip. We are approaching the culmination of the philosophical project of modernity: that of man as master and minister of nature, he who knows it, unravels its secrets and is, accordingly, capable of "perfecting" its fruits. Technology, with its unceasing inventions and contrivances of all shapes and sizes, has become the religion of our time, an era which is marked by what somebody has termed as "technological sleepwalking". Bribe by the television, the Internet, the microwave and the car, we have lost the instinct of fear and misgiving about the turn that events are taking.

At an increasingly hair-raising rate, we are breaking through sacred borders: the planet, the immediate universe, the body, the human genome. However, and this is the tragedy of the present moment, we are slowly but surely beginning to feel strange in our artificial paradise. It is an open secret that we are brushing against the limits: the climatic balance that enables us to breathe, the hydric balance allowing nature to flow and feed us, the survival of the beauty of the landscape as the face of the planet which gives tranquillity and pleasure. We are many, and our number is increasing all the time. We are living in the century of uprooting and migration; of a false crossbreeding and of the destruction of the last nations to have

remained outside the technological cult. We know that, on the planetary level, these new problems stem from a development which is blind to the environment and the social rights of both people and villages. Macroeconomic success, the freedom solely of trade, technical illusionism, are today the pillars of a decadent civilisation bound for extinction. They have all contributed to the famous globalisation; that is, to the unification of humanity's modes of production, consumption and survival. If there is one thing that is clear as of now, it is that the world has become a shrinking island where fragility and complexity are increasingly prevalent. The awareness of the world as a single land, as an island, is precisely the basis of the ecological cultural revolution. Unlike the revolutions of the past, this one feeds on life and non-violence: today's challenge consists of protecting the planet from a greater destruction which goes against the interests of man himself and of other living beings and which diminishes the possibilities of both to enjoy a full existence.

AN ISLAND IS THE WORLD. Bali, Formentera, Kauai, Madagascar, Jamaica: the planet is dotted with nearly 500,000 islands. The study of insularity has always been stimulating. The Galapagos, for instance, lay at the origin of Darwin's theory on the evolution of species. Insular systems have features that make them particularly attractive for an understanding of life's tapestry. Their limited, interrupted geography has made them into a shelter for such disparate phenomena as increased diversity, even in the most adverse environmental conditions (endemisms), and for slower evolutionary dynamics as compared with continental ecosystems. We know of instances of human development that differ greatly in insular spaces. Some have given rise to the classical splendour of the Mediterranean whilst others can teach us a lesson about the future of humanity. Let us turn our attention to Easter Island, one of the most remote, uninhabited places on the entire planet. Around 1550, the population reached its height, with about 7,000 inhabitants, very possibly becoming the most advanced civilisation in Polynesia, as shown by the gigantic statues that have made it famous. What was the cause of its abrupt decadence? As in so many other cases in history, the rupture came because it had stepped beyond the threshold of ecological sustainability. The use of tree trunks to haul the huge stones with which they built monuments to their divinities, coupled with the disproportionately greater everyday needs of a growing population, led to the complete deforestation of the island before the arrival of the Europeans in the eighteenth century. From that time on, the decadence of the island, of the

quality of human life and of biodiversity, has turned into a permanent fixture. So much is it so that today, the island is home to less than 3,000 people. Will the destiny of Easter Island be the future destiny of our species?

LANZAROTE IS A LABORATORY OF PLANETARY INTEREST as to the viability of human development based on respect for nature's tempos and the real needs of people. This is what is meant by UNESCO's declaration of the island as a Reserve of the Biosphere. Despite the fact that the declaration was made seven years ago, it has not materialised as yet in the form of sustainable environmental management. Solid proof of this is the very fact that this exhibition is being held, along with the highly varied range of approaches to the island's crisis reflected in it: the tourism model, energy, infrastructures, biodiversity, demography, town-planning, the level of local democracy... .

With its little more than 80,000 hectares, a practically barren habitat by virtue of its volcanic beginnings, with its fair weather all year round and the fact that it belongs to a member state of the European Union, Lanzarote is now a major tourist resort. Taking Majorca and Ibiza as points of reference, specialisation in tourism means a complete break from traditional society to become part of the industrial world. As shown by the public controversy on the delay in urban development and the *Plan Insular de Ordenación del Territorio* (plan for the organisation of the island's territory), what is at stake is the long-term quality of life of a society which is starting to suffer the large-scale invasion of speculative capital, with no real democratic control whatsoever. To a probable total of almost 70,000 hotel beds at the present time could be added a further none too negligible figure in coming years, if the pressure exerted by the builders' lobby comes to fruition. It is crucial to stress the idea of "loading capacity", which measures the environmental limits that a given territory can withstand on a lasting basis. What is the limit of the ecological and social sustainability of the territorial model of Lanzarote? Here, we must innovate and find the way to move from mere discussions about urban development (on the management of planning and types of building) to a real, ecologically sensible territorial organisation. To put it another way, there should be a consensus about new indicators, such as the density of the population or strategic reserves of water. There is a need for courage, a need to slow building down before Lanzarote becomes a "natural" theme park in the hands of unscrupulous real estate agencies. There is a need for an economy in which the locals matter: the search for a balance with other sectors; reinvestment in quality public

services; encouragement of cultural initiatives and community participation; absolute sincerity, with a bit of bravery thrown in; together, putting democracy into practice in our daily lives, no longer leaving it to experts or self-interested groups of politicians; as in so many other islands in the archipelago-cum-world: to live here.

AN ENERGY CRISIS: NEW OPPORTUNITIES FOR LANZAROTE

Roque Calero Pérez

Because of its past, present and future, Lanzarote is an almost unique instance worldwide of all the implications, both real and potential, of the concepts of development and sustainability.

Like any small island, Lanzarote is impenetrable and fragile in nature, a victim to the limitations deriving from its own, scant resources. If it were uninhabited, the balance between solar energy, water, flora and fauna would be perfect. From the instant the human race set foot on the island, its natural conditions started to undergo a process of change through what is known as the technological action of man, whereby the environment was deliberately altered and primitive nature created anew.

In order to carry out this technological action, it was necessary to bring into play, or to process, three factors: raw materials, energy and information. Thus, for instance, a simple technological process such as building a house with stones requires raw materials in the form of stones, energy to transport them, lift them and set them in place, along with precise information about how to go about it.

Until not so many years ago, on the island of Lanzarote, the quantity of life, including human life and its quality, was conditioned by the knowledge (information) available and by the energy and raw materials likewise available. As the island gradually opened up to the exterior, increasing its imports of raw materials, energy and information (so making up for

its own shortfalls), its technological level also rose and with it, the amount of life capable of being supported; that is to say, the process which has come to be known as development was set under way.

This development was, until a short time ago, conceived as a greater quantity of life (more tourists, more residents) and a greater quality of life (more cars, more electrical appliances in the home, more...). In turn, this has led to a huge amount of excessive pressure on the island's natural resources, to a growing dependence on the exterior and to greater vulnerability to any crisis occurring on Lanzarote or beyond its shores.

The truth of the matter is that today, Lanzarote is an artificial world, a monument to technology, a full-scale aircraft-carrier anchored in the sea. Every day, hundreds of aircraft land on the island to exploit the exportable resource: tourists paying for sunshine, beaches, hotels, the landscape ..., while scores of mother ships supply it with the resources necessary: energy, food, materials, machinery and so on. Even if one accepts that Lanzarote's only sellable resource is tourism services, one is forced to ask the question as to whether the present model is the right one with regard to the future or, to put it another way, whether it can be sustained in time. The answer depends on a number of extremely different factors. However, I am going to limit this article to the analysis of just one of them, energy, as it is, beyond any doubt, the most decisive, both for the maintenance of present development and, more importantly, for the attainment of any future sustainable development.

At the present time, practically 100% of the energy consumed in Lanzarote comes, directly or indirectly, from imported oil. This energy is used in the air transport of tourists (between 300 and 450 litres of kerosene per person per return trip); in the production of drinking water for the entire island (at a rate of 0.6 kg of oil per m³ of water); in the preservation of food in refrigerators; in fitting out houses and residences to make visitors as comfortable as possible; in lighting houses in and outside, along with shops and streets; in cooking; in heating water for personal hygiene, etc. In a word, energy is the mainstay of life on the island; no more, no less. Accordingly, the greater the quantity of life, the greater the number of inhabitants and visitors, and the greater the quality of life, the greater the conventional development: that is, the greater the consumption of energy.

In view of this situation, a great many questions may be posed with regard to the future, but I shall point to just two, by way of a synopsis: can the quality and quantity of life be increased

at the same time that oil imports are decreased? What would be the repercussions for Lanzarote of a possible crisis in oil prices and supplies? Clearly, Lanzarote will not be immune to what may happen in the future to energy derived from oil (and even from gas). On this will depend the *to be or not to be* of the island of Lanzarote as we know it today.

Given the limited resources of oil and gas and the present high consumption rates (which will rise as more countries reach a higher level of conventional development), it may be stated without hesitation that the decade of the year 2010 to the year 2020 will mark the commencement of the final phase of these fuels. The first symptoms will be considerable rises in prices and all manner of political turmoil, leading to the onset of a period of ever-greater scarcity.

For Lanzarote, the repercussions will be far from negligible on account of the major role played by fuels in the full spectrum of the island's activities. Not only would prices of goods and services (including water) increase but, more seriously, the cost of transport for tourists coming to the island would also rise, meaning in practical terms that Lanzarote would progressively become further removed from the continent of Europe. This would, in the main, affect the present model of mass, short-stay tourism, where the transport factor accounts for over 40 p.c. of the total tourism package.

Bearing in mind the evolution of the population of Europe (the progressive ageing process) and new work habits and requirements (more free time, shorter working life, the possibility of working from anywhere in the world, etc.), the most adequate response to this presumed energy crisis could consist of endowing Lanzarote with a new model of tourism. The model would be based on the island's own energy resources so as to cut back the energy costs of the goods and services produced there and on longer average stays on the part of the visitor so as to reduce the cost of transport in the total package.

From the point of view of energy, this entails the intensive use of energy resources derived mainly from the sun and the wind and the widespread introduction of energy-saving systems in all possible applications.

The intensive use of solar, photovoltaic and thermal energy would lessen considerably the dependence on oil for lighting, refrigeration and the heating of water, while the large-scale use of wind energy could mean that the total supply of the entire island's drinking water would be supplied without having resort to oil, not forgetting the growing possibility of

harnessing the wind to produce what will be the clean fuel of the future: hydrogen (to drive vehicles of all types and to produce electricity).

For the widespread introduction of energy-saving systems, a thorough transformation of the island's models of homes, apartments and hotels, geared towards bio-systems of air conditioning and self-sustainability, is required. This means that it is both imperative and urgent to establish new construction standards, not only for new buildings on the island but also for the gradual adaptation of existing ones.

The upshot of all this is that, while Lanzarote will continue to be an aircraft carrier anchored in the ocean, it will be far less dependent and better protected against external crises, with a much more advanced technological development to call its own. Ultimately, this means that quantity will be maintained (perhaps) and that the unquestionable priority will be quality, understood, in this context, as a highly technical foundation for tourism, efficient and self-sufficient in terms of energy.

All these ideas are set within a framework of worldwide solidarity, which is the real, positive contribution to the maintenance of a cleaner atmosphere and a more stable and lasting ecosystem on the planet.

THE GUATIZA BYPASS: LET THEM HAVE THE MONEY BUT DON'T LET THEM BUILD IT

Antonio Estevan*

The thesis of this article is simple. Hard times lie ahead for Lanzarote in the area of the sustainability of transport. For different reasons, it is to be feared that there will again be intense activity in road-building, spurred by the political imperative of using up approved investment budgets in an institutional framework of environmental insensitiveness towards public works. As a result, a tidal wave of environmental destruction deriving from the construction of roads, headed and symbolised by the Guatiza Bypass, is approaching the island.

Over the last 15 years, Spain's transport policy has consisted simply of building new roads and expressways as quickly as possible as a way of obtaining votes at the elections, using European funds and money from the privatisation of Spanish enterprises for the purpose. Few people know that, at the present time, as a result of this long race of building for votes, Spain is the first country in Europe in terms of the number of kilometres of high-capacity roads (motorways and expressways) per inhabitant and per vehicle, ahead of the following country (France) by 34 percent and 57 percent respectively, and in front of the other countries by far higher percentages¹. In absolute terms, the Spanish network is now the second in length in Europe and the fourth worldwide, surpassed only by the United States, Germany and Canada, in that order. However, in view of recent government announcements

* In 1998, he was commissioned by the Fundación César Manrique to prepare the study entitled *Report on the roads of Lanzarote*.

¹ Yearbook of the Ministry of Public Works, 1998.

about new mega-plans for infrastructures, it does not seem that the building fever is going to subside.

The electoral motives behind the expressway plans of the eighties and nineties appear to have lost impetus in recent years². Building more expressways no longer brings votes in for the simple reason that there are hardly any voters without an expressway left. The next expressways, which are an utter extravagance from the point of view of the volume of traffic, will be built simply for money. With the new infrastructure programmes, which will go to make up a gigantic network, the big construction company lobby, which has always had the Ministry of Public Works under its thumb, is guaranteed not only plenty of highly profitable new works for coming years but also, and more importantly, an impressive budget for the maintenance and care of the expressway network. This budget will, inevitably, be repeated year after year.

On its own, small insular scale, over the last 20 years, Lanzarote has been a true reflection of the unusual state policy briefly described above. The only transport policy on the island has been geared towards the construction of roads and has been implemented without rhyme or reason and with no thought for the island's characteristics or the interests of the population. The list of accumulated blunders is getting longer, including, for instance, the expressway splitting up the Tías nucleus; the two roads running parallel between Yaiza and Playa Blanca; the deplorable Arrecife-San Bartolomé Road; the new fast road crossing the northern part of La Geria; the high-speed motorway running from Tegüise to the *Monumento al Campesino*, crossing El Jable... Anybody can see the serious damage already caused to the landscapes of Lanzarotes – whose value need not be described – by the public works policy that has been sweeping across the island for years.

In Lanzarote, however, as on the autonomous and state scales, the main concern is about what is to come. On the island, there are two main foci of roadworks: the traditional coastal route, Playa Blanca-Arrecife-Órzola, and the more recent inland route, Arrieta-Haría-Tegüise-Uga. In actual fact, the latter is nothing more than an invention of officialdom as this route has never existed in Lanzarote as such. It has always been just a chain of local connections. But the creation of this route has already been used to justify the execution of several works of some importance and, in the future, it could lead to more by its simply being declared an "alternative" to the coastal route.

² More recently, building for votes has shifted from expressways to the railway and now it appears that the high-speed train, to which massive amounts of public resources will be allocated in the next decade, is the way to attract electors: adding together the number of kilometres of high-speed track now operative, under construction and at the design stage, by the end of the present decade, only France will rank before Spain in this type of railway infrastructure, in both the European and the worldwide contexts.

At the same time, in the Informative Study³, the entire route's "suitableness as an expressway", from Playa Blanca right up to Órzola, is categorically stated. Obviously, this proposal is totally indefensible for anyone with a minimum of technical decorum, above all with regard to the northernmost section, as Órzola is a town of a few hundred inhabitants, with only the island of La Graciosa to the north, inhabited by a handful of families and legally protected from urban exploitation. However, when the time came, the appropriate autonomous authority gave its approval to the Informative Study and the study's conclusions are being used in official circles to justify the proposals for action along the entire corridor. Within the scope of this route, the Guatiza Bypass, which symbolises the commencement of a new cycle of roadworks in Lanzarote, is once more on the carpet. Clearly, the Guatiza Project forms part of a far-reaching approach tending to create fast routes with a new layout and "controlled access"; in other words, high-performance roads free of any right-of-way to the surrounding land and, therefore, easily convertible into expressways in the future through the construction of a second roadway.

The problem arising from the Guatiza Bypass goes far beyond the destruction of the fertile plain of prickly pear cacti, the savage invasion of the landscape and the irreversible fragmentation of the territory brought on by the works. It also goes beyond the squandering of resources on works that are completely unnecessary: the heavy traffic that builds up at the Guatiza and Mala crossings can easily be dealt with, with greater road safety than on the bypass and without any need to inconvenience the population. All that has to be done is apply the principles and techniques grouped within the objective of "easing the traffic".

The problem is far deeper and the consequences for the island are grave in the extreme: to allow this type of road, which has been designed for fast, long-distance journeys on continental routes carrying an average volume of traffic, to form an integral part of Lanzarote is tantamount to signing the long-term death sentence of the ecological and scenic sustainability of the island's road transport. It is easy to foresee, because it has already happened elsewhere, that the existence on the network of key sections of fast roadways with controlled access will be used to justify the progressive conversion of more and more sections of other roads in accordance with the same parameters, in a feedback process which will gradually spread over the island's entire network, whatever the volume of traffic may be in any of the sections. This is what is termed by road departments as "the

³ Informative study
Órzola-Arrecife-Playa Blanca. Phase
C.U.T.E.; Consultoría y Gestión E.E.
and SERCAL, S.A.. Directorate
General of Public Works of the
Canary Island Government.
Las Palmas, 1996.

necessary standardisation of the network". Ultimately, the island will be crisscrossed by high-speed roads and expressways that are totally unnecessary in view of the island's size and a devastating sight to behold in an area with a relief such as that of Lanzarote.

This being so, there is now little space left on Lanzarote for the exchange of beautiful thoughts about balanced, sustainable mobility, the creation of nearness and other more or less poetic proposals like the ones envisaged in the Strategy of Lanzarote in the Biosphere, just when it seemed possible that things might start being done differently. From what one can see, the institutional context of public works in Lanzarote is once again at the mercy of specific economic and political interests and its level of technical competence has fallen as low as it was in the worst of former times.

And, if this is the state of affairs and the island no longer has the capacity to rise up against the interests of the construction world and put a political brake on the environmental disaster that is approaching on the crest of the new wave of roadworks, then the only thing to do is to make a specific proposal to bring the symbolic project of the Guatiza Bypass to an halt. Such a proposal could appear two-faced or even out of place but, in light of the circumstances, if it is examined objectively, it will be seen to possess a solid, internal logic: *Let public money be sacrificed but not the island. Let a pact be made with the reigning de facto powers for a sound solution capable of saving the Plain of Guatiza: if there is no other way to stop the road, let them have the money but don't let them build it.*

WHY NOT LANZAROTE?

Francisco Jarauta

Today, the trend towards a global civilisation is a reality. Whatever the intermediate effects, the imbalances and the contradictions of the process may be, nobody is ignorant of the fact that the tendency towards the globalisation of human activities has ceased to be an abstract concept to make way for specific forms of organisation of a new world in the process of being created.

First and foremost, the "new world" is the result of a profound reorganisation of the economy and society, of forms of power and communication. Ours is one of the few eras to have undergone such far-reaching, rapid transformations. The map with which we had become accustomed to conceiving history has blown up, shifting the borders and imposing different strategies. Thus, a territory which does not lend itself to official map-making has sprung up.

The reorganisation now under way entails a new complexity which calls for renewed reflection so as to direct the analysis of the new phenomena and trends, along with any political strategies which may be of use in the intervention of the various levels of the present situation, transforming their logic and meaning. The reorganisation under way is, for instance, defining the central role played until recently by the nation-state, leading to new

forms of organisation of economic and political power, increasingly legitimised by an after-the-facts pragmatism to become, in the end, the ultimate forum for decision-taking as regards the globalisation of the planet.

Within this context, a priority economic reason has prevailed as the primary reason for the process, as against any other appraisal of the facts. However, to submit the process to the logic of the functionality of the economic is to omit a number of fundamental considerations which hitherto it had been incumbent on morals and politics to defend. What is more, if, on the one hand, a progressive economy-oriented treatment of the processes, i.e., where priority is given to the economic over the political, divests the latter of its critical capacities and, in any event, of the relevance pertinent to a fair orientation of priority targets, then, on the other, the diminishment of moral and critical components when it comes to establishing a valuation of ends means that the globalisation processes are legitimised through their own logic: that of the efficient performance of their strategic targets at all cost, to the exclusion of other points of criticism worthy of consideration, which modern tradition had placed on its moral horizon as something not open to negotiation.

This rudimentary lesson which modern history has taught us should continue to be applicable when the broad perspective of the problems involved in globalisation is approached. It is a question of claiming a moral counterpoint to a type of analysis which prefers the economy-oriented logic of the processes as the sole criterion of measurement and legitimacy. Here, it should be added that it is not a matter of gratuitous, testimonial standpoints but of decisions bearing a direct relation to the organisation of democracy itself, the ultimate benchmark in the representation of collective interests.

Similarly, increasing relevance is now being acquired by those theses which, in the course of recent decades, have been pointing out the risks which could derive from an abusive instrumentalist treatment of the planet. Ever since the now distant Rome Club report on the limits of growth was published, sparking a long controversy in the seventies, a critical awareness has been taking shape, leading to the understanding that the planet earth ought to be considered as a system whose resources and possibilities are limited and that, accordingly, to abuse it in any way could cause irreparable damage. It is interesting to observe how, in contemporary essays, used by the more daring forms of liberalism to explain their projects, no reference to this report is to be found anywhere. Nevertheless, we are all

aware that we do not live in an infinite world and that our immediate future depends on our ability to manage the system, putting it to the best possible use and so safeguarding the interests of future generations. From the United Nations conference on population and the environment, held in Stockholm in 1972, to the aforementioned, widely-acclaimed Rome Club report, *Limits to Growth*, published in the same year, when it brought to the fore the debate on development models, right through to the well-known study prepared in 1987 by the World Environment and Development Commission, the Brundland Report (*Our Common Future*), which coined the now universally-used concept of "sustainable development", a huge amount of literature concerned with the fashioning of critical thought with regard to the future of humanity has been appearing. This is an awareness which, to quote Hans Jonas, is leading to new forms of moral and political responsibility.

In the face of this set of problems, it continues to be a matter of urgency to draw up new maps, a new cartography of the contemporary world to enable us to think and to place our options against a fairer, more human horizon. Perhaps it is no longer a time for great revolutions, but who can deny the need for new criteria with which to direct the economic, political, social and cultural strategies of our world? If, furthermore, in the de-territorialisation process of politics, the local – region or city – has become the most real place in political terms, perhaps it is here that the new projects and the new hopes should be applied and realised. A human way of living and communicating on a planet which is becoming more and more cosmopolitan and multicultural and which, fortunately, is still home to places like Lanzarote.

BIODIVERSITY AND DEVELOPMENT

Antonio Machado

When George Bush refused to sign the Convention on the Diversity of Life at the Rio de Janeiro Summit Meeting held in 1992, indirectly, he was doing a great favour to the final launching of a concept now prevailing in the conservationist world: biodiversity.

Traditionally, biologists have dealt with the study of the diversity of life in its varied morphological, physiological and ethological expressions; that is to say, of biodiversity as an attribute of life. However, the Rio Summit added an important nuance to the concept by equating biodiversity to a resource. Biodiversity is the group of genes, species and ecosystems of a given territory. Thus there arises a renewed interest in the conservation of this genetic heritage which, aside from its ecological function in the maintenance of ecosystems, is becoming increasingly tangible as a result of the headway made in biotechnology. The *Human Genome* project, the case of Dolly the sheep and even the genetic hypothesis underlying Crichton's astonishing novel, *Jurassic Park*, are fine exponents of the potential concealed in genes: so tiny that they are invisible, genes are packed with information which may be used to serve man's interests.

Biodiversity, with its three components, genes – species – ecosystems, is an item on the stocktaking list of each nation and few indeed are the nations that are as yet not aware that the maintenance and future of our species on the planet hinges on it. This is valid above all on the global scale and slightly less so at the regional level or in the case of an individual island. Any territory can be forced to take on a greater human load, either by using technology

to increase the yield of local resources or by importing the items which it is short of, or simply does not have. In such cases, some regions exploit and become parasites of others.

This preliminary statement is helpful in doing away with the fallacy of presenting Lanzarote as a model of "sustainable development". It is some time now since Lanzarote ceased to live off its own resources, which had always been limited. Nowadays, the island's human population survives thanks to the abundant import of food and energy arriving daily at its ports. Any island that finds itself forced to desalinate sea water by using imported fossil fuels lies, by definition, outside the framework of ecological sustainability. Moreover, if my memory serves me well, sustainable development is like a three-legged stool: social sustainability, ecological sustainability and economic sustainability.

It is in this context that we should evaluate the relative interest of the island's biodiversity. In Lanzarote, official figures speak of about 600 species of wild plants, 430 species of beetles, over 250 different lichens, 73 species of spiders, about 30 nesting birds, 17 species of butterflies and so on and so forth. These figures are not so big if compared with other, more humid islands and regions. However, the main feature of the island's biodiversity is not the number of species but the fact that many of them are not to be found anywhere else (15 species of plants, 33 species of beetles, etc.). It is, therefore, a question of endemisms, species which will be lost to the planet as a whole if they become extinct in Lanzarote, and with them, the potentially exploitable genes they contain. No less important are the variety of vegetables selected and adapted in the course of time by the rabbit breeders, the ways of growing them, the landscape resulting from their cultivation; or, to put it another way, anthropogenic biodiversity.

Now for the question: would the island continue to function ecologically if these species disappeared? Yes, it probably would. In fact, development so far has done a lot to alter natural habitats and the list of autochthonous species no longer found on the island or in danger of extinction is an announced epitaph. At the same time, the overall number of registered plants and animals is rising relentlessly on account of the ongoing introduction of extraneous and exotic species, greatly enhanced by man's trading activities. As things stand at present, more than one third of Lanzarote's wild flora is exotic and is, like an invader, eating up the space of native and endemic plants. The same is true of autochthonous crops. Furthermore, if we want to add to this gloomy outlook, all we have to do is think of the direct pollution of water and air or of the continuing rise in uncontrollable rubbish and waste.

Generally speaking, biodiversity on Lanzarote has increased but the island's own heritage or biodiversity has suffered considerably as a result. This is a senseless exchange: the authentic for the banal; quality for quantity.

As the century draws to a close, globalisation is perhaps the most characteristic phenomenon of the times, and the tourism industry, one of its staunch supporters. On the negative side, globalisation devours diversity, both biological and cultural. Globalisation and biodiversity do not mix and, to make matters worse, losses suffered by biodiversity are irreversible. Extinction is forever.

Moreover, if Lanzarote is already wedged in a model of ecologically unsustainable development, what difference does it make if a few more species are lost or the island's traditional landscapes assume characteristics hitherto unknown to them? Well, it does make a difference because, apart from our international responsibility as guardians of unique species of flora and fauna, the island's situation could worsen and become even more unsustainable. By no means is our wellbeing guaranteed.

Let us think, for instance, of the growing interest in the authentic which is being aroused in the society of the "white man" precisely by the phenomenon of globalisation. Ultimately, the authentic, that which is born of its own self with no preconceived commercial aims, will become an extremely rare commodity to be coveted by all in the not too distant future.

Lanzarote was, and still is, a relatively authentic island, with its own landscapes, ecosystems and vegetable and animal species. Now is the time to find out whether tourism, on which our economy is so dependent, will go on considering that an island which is slowly sinking into banality is attractive. It is time, above all, for the rabbit breeders to decide whether they prefer to live in a place that has its own identity or in a potpourri of imported clichés. The island's plants and animals, of course, have no say in the matter.

Going back to the three-legged stool, ecological sustainability has already taken a knock and now, social sustainability is in jeopardy. Believe me when I tell you that, if these two legs snap, so will the economy.

TREASURE ISLAND

José María Mendiluce

Were it not for the headlines in the press, the disturbing presence of human desperation in the streets or the dramatic expression of dead bodies, children and pregnant women, a dense normality would gradually prevail. Beneath appearances, however, thick layers of silence and interests are superimposed. Again, silence is the accomplice, as useless as it is incapable of avoiding dramas. Nobody knows anything. Nobody sees anything. Nobody reports anything. In the meantime, a vast assortment of beneficiaries of the work of others are lining their pockets through illegal activities and exploitation as they wait at the end of the chain of extortion and trading of human beings. The new business of the twenty-first century. The treasure of the illegal. But, if the silence of the general public is immoral, and that of the beneficiaries is criminal, it becomes irresponsible and accusatory when those involved are political leaders and government representatives who prefer to move us away from the gunpowder by lengthening the fuse, ignoring the dangers and putting off their responsibilities by uselessly substituting the absence of a migration policy by a policing and border control policy. And they will solve nothing because the relentless demand for cheap, young, unskilled labour is combined with the wretchedness of those that flee from the non-future. And money, avaricious and speculative for some, is the selfsame reason for the uncertainty and desperation of our brothers.

Thus, either absent or incompetent, or with clumsy or inadequate policies, the government takes cover behind public order. But the spark has been lit and great is my fear that we shall

use more lengths of fuse to put ourselves at a safe distance from the explosion. Unfortunately, there is no longer a way out. Public order may prevail for a time, but not for long; not while the social turmoil causing marginalisation exists. Meanwhile, let us be thoroughly prepared to review the moral and ethical order of a society which, while turning a blind eye and a deaf ear and saying nothing, will sit and hope that it will all soon be over. Reality has already rendered the Immigration Act obsolete and will ridicule its reform, which has gone through as announced. The reform constitutes a poor, short-sighted, restrictive way of meeting the inevitable need for another policy to deal with the flows of migration and to tackle the underlying problem: the social integration of immigrants by the immediate application of active policies to reunite families, as families alone can provide their young with a safe, firm foundation.

As long as the dramatic wretchedness of Africa persists and the balance of globalisation results in more zeros for the African nations, and the debt weighs them down even further, uncontrolled immigration will continue. Recently, even the International Monetary Fund and the World Bank, two of the main creditors, have acknowledged, quite shamelessly, that the debt is "unsupportable" and "unpayable" in the case of those countries in which the payment of interest takes up 25% of their exports. To put it another way, they are forced to allocate four times more resources to the payment of interest on the debt than to education and health. It is outrageous to claim the miserly payment of impossible debts without pausing to ask ourselves about our own: the moral, ethical, historical and political debts that we, the Europeans in particular, have incurred with the people of Africa. In a matter of 200 years, we have conquered and enslaved, pursuing a devastating, greedy form of colonialism, followed by a decolonisation process designed with clumsiness and short-sightedness. And we have left our overseers there so that, corrupted and corruptive, they may maintain a system of power which will enable us to carry on with our unfinished task of plundering Africa's natural wealth.

Nowadays, the trade wars waged by our corporations are settled by real wars between guerrillas and governments at the service of unspeakable interests. Oil against diamonds, gas against gold. The dead against the dead. Profits in Europe and the United States. We have not been concerned about the fact that this process has entailed over 30 wars since 1970, with eight million refugees and displaced people; or that half the lives lost (civilian, of course) in wars worldwide have been lost in Africa.

While Africa agonises in a permanent context of resistance to death, Europe must make a choice (and there is no time now for doubts or procrastination) between the devilry of the legal or illegal sale of weapons and unconditional support for the Mandelas of Africa. And there is more than one.

We, as Europeans, ought to take a firm, united stand and find the strength to change international relations and export not just capital and technology, but also human rights and democracy. Otherwise, Africa will become the nuclear and industrial rubbish collector of an anti-natural economy and the world's largest hospital for victims of famine, wretchedness and AIDS. But many among us are aware that these equations do not work and that it is no longer possible to share out poverty without sharing out wealth; and that globalisation brings us together in the present and in our fate; and that there is either a future for all of us or none at all, not even on our cosy island.

FOR AN ECONOMY AT THE SERVICE OF LANZAROTE

José Manuel Naredo

It is easier on the islands than on the great continental masses to appreciate that the improvement of the quality of life and the improvement of the environment cannot be separate or even opposing targets as, in actual fact, the usual economic approaches would have it. This would seem to suggest that it is time to review their foundations. Indeed, if *progress* is identified with the *growth* of the population and consumption, and *nature* is considered as a potential force to be exploited, then *regression* is a foregone conclusion. The future awaiting this merely extractive, exploitive view is, inevitably, the deterioration of the territory on which it feeds. Thus, natural resources appear as simple *limiting factors* confronted by economic *progress*, whose triumph presupposes the deterioration of the former, giving rise to a *regression* which normal economic discourse tends conveniently to ignore.

However, as César Manrique has taught us so well in the case of Lanzarote, natural resources can and must be not only *limitative*, but also *suggestive* as a source of pleasure and creativity. Even a volcanic atmosphere so apparently hostile to human life as the one on Lanzarote may be *suggestive* of highly-valued and gratifying uses. Even a volcanic passage may prove most agreeable for life. The aridity produced by insolation, the wind and the salinity of the sea's waters may be turned into a useful and beautiful area of salterns. Or the dark hues of lava may go well with the greenery of the vegetation..., and the whiteness of buildings be brought to form part of an extremely attractive landscape. To put it briefly, the

human species is able to establish a usage which is at once useful and an improvement to the physical environment in which it evolves. Traditional agriculture and vernacular architecture are full of past examples of this favourable interaction, which the progress of segregational science and non-supportive individualism, led by an economy servile to its master, capitalist universalism, have gradually been annihilating. And, together with the destruction of local wisdom, we are witnessing an unprecedented cultural, constructional and scenic simplification.

To find solutions to this *regressive* scenario, economics should stop being the "lugubrious science" resulting from the confrontation of *man* with *nature* and set about seeking the favourable integration of both. For César Manrique, aesthetic sensitivity was the fuse that set this fertile symbiosis alight. From this angle, the cultivation of aesthetic intuition should play a major educational role in forcing managers and politicians to make a contribution to the sensible orientation of actions on the territory, taking into account the people that live there. To my mind, a sense of humour may also be an efficient antidote with which to stir up intuitive feelings against the absurd interested parties brought to the surface by the progress promised from dominant segregational rationality, and I hope that the exhibition for which this text has been requested contributes to this.

It would seem fitting to stress that we are no longer spectators, as was the case in the Romantic Age, of a simple confrontation between unitary scientific knowledge and criticisms launched from outside. Nowadays, serious contradictions are being observed at the very heart of science, the most relevant confrontations for our purposes being those existing between *ecology* and *economics* and, within the latter, between *ecological economics* and *normal* or *standard economics*. These confrontations show that the intuitions of César Manrique described above could find support in the very field of *economics* itself; not, however, the prevalent, one-dimensional, segregational economics, which disguises self-interested decision-taking with a halo of scientific objectivity, but open, multi-dimensional economics. Here, we are speaking of an economic approach whereby management would be democratic and constitute not just a point of trans-disciplinary encounter but also a means of informing the inhabitants affected and giving them a chance to air their views in the pinpointing of targets and the choice of projects; because it is now an established fact that, so as to define orientation and process the ambivalence and uncertainty inherent in

decision-taking, normally outside the range of scientific rationality, the only way is to establish an institutional framework geared towards informing and increasing the awareness of all parties involved, while encouraging them to play their part. Participation is a fundamental stage in the encounter between unitary purposes and the ethical and aesthetic criteria forgotten in standard economic discourse.

Nevertheless, in the era of the "single thought" and dominant capitalist "globalisation", can a tiny island successfully assert its own personality and its desire to reconcile lucrative purposes with certain, specific, utilitarian objectives concerning environmental quality, territorial aesthetics... or cohabitation? In the case of Lanzarote, dependence on tourism is also an obstacle to the voluntary isolation which the conservation of specific forms of life and management would seem to require. Thus, it is not a question of building a utopia outside the present world but within its own dominions.

The selfsame economic advantage provided by the island's touristic appeal is also the main disadvantage when it comes to its conservation and improvement: the desire to exploit that appeal easily leads to its deterioration. Natural spaces of interest have first attracted the sensitive spirit. But, in the wake of writers and artists who, like radio transmitters, are the first to appreciate that appeal, come legions of tourists who, between them, contribute to its degradation. The spiral of speculation and the mass use of these spaces is detrimental to their scenic value and subjects them to the stress, amassment and congestion characteristic of city life. As a result, save for the cases in which, with a rare sensitiveness, a happy medium has been struck between the use of a territory for tourism and habitation on the one hand and the conservation of its original values on the other, the deterioration of the habitability of towns and cities has been projected to all points of the compass by mass tourism.

Lanzarote's main economic task consists of channelling and constraining the expansion of the tourist trade, which is threatening, as lava did in the past, to ravage the island's territory and wipe out all the features peculiar to its own life. And when individual behaviour patterns bring unwanted collective consequences, the scale of reasoning must be extended so as to include and remedy them: in the case in question, reasoning should be focused on the touristic project of the island as a whole, with intelligent discussions about its dimension and orientation. The management of a winecellar illustrates the alternative facing Lanzarote's tourism industry: maintain high quality through limited production or increase

production at the cost of losing out on quality (and price). When high quality has been attained, it is absurd to debase it by competing in the production of "plonk", which is far more problematic. Equally absurd is the amassment and degradation of Lanzarote's touristic quality to end up supplying the same "sun and sand" tourism offered by so many places at bargain prices.

Nevertheless, if correctly channelled and constrained, tourism, instead of ravaging and mediatising all the other activities, could contribute to keeping them alive, with their own personality, by expanding its market *in situ*. With the correct valuation of the local scenery, wisdom, products and activities, the island's cultural identity would be guaranteed.

The idea of taking the island as an integrated management project requires the ongoing interaction of information and the participation and deployment of the social network to fuel its existence. This approach calls for the promotion of such interaction, along with the three aspects described previously: drawing information from the social fabric and considering its possible effects on the territory; increasing the inhabitants' awareness with the information gathered, taking their opinions into account and encouraging their participation in decision-taking; and lastly, reshaping the institutional framework and establishing the regulations necessary for the adaptation of the all-important cash flow to the accomplishment of other ends (social, environmental...) which may make it possible to maintain and even improve the internal quality of the insular system.

LANZAROTE, THE GREAT PARODY

Ezequiel Navío

At the present time, the population of Lanzarote is facing a serious challenge of great significance. The island of fire, of worldwide renown on account of its spectacular coastline, its arid, wild, volcanic scenery and its immense biological wealth, has undergone a sudden change brought on by an eruption of destructive development models. And the effects are notorious and forceful, bearing great similarity to those seen at other geographical points both in Spain and on the rest of the planet, where countless attractive spots have been targeted at tourism and subsequently spoilt.

The natural, territorial and sociocultural heritage of Lanzarote, with its traditions, its primary economies of self-sufficiency and respect for the environment, is beginning to form part of the island's history in a past which, although recent, is moving further and further away from the present. A new theme park for the masses, replete with tourist attractions, has come into being. The money-making season has commenced and the culture of influence-peddling is prevailing as a way of making a fast buck and as a shield behind which a good number of investors are laundering their money.

Unquestionably, this phenomenon merits serious reflection with a view to analysing its causes and results and to reaching a consensus about decisions conducive to drawing a distinction between the continuity of such a non-critical system and, on the opposite side, the encouragement of feasible ways of adapting to what has become known as sustainable

tourism. Experience shows, however, that Lanzarote is not on the right track here either. The economic machinery is working at full capacity and its inertia is a hindrance to the corrective ideas and margins necessary for an effectual intervention to cope with the social and ecological distortions now occurring on the island. If we add to this fact the passiveness and, in some cases, the evident connivance of certain local administrations responsible for territorial organisation, as shown in the exploitation of the island's natural resources (the non-renewable ones for the most part) and in the conservation of nature, it is not too difficult to start to understand why this deterioration exists and why nothing is being done about it. If, moreover, our reflection concludes with the assimilation of a festering bureaucracy, a source of exasperation in administrative procedures, and the lack of impartial instruments for follow-up and control with which to ensure the application of the environmental and territorial legislation in force, then we shall understand how it is possible for this chain of outrages to come about and enhance the interplay between the desperate search for portions of political power and the present system of economic development based on the supply of sunshine and sand.

When one is here, on the spot, it proves at the very least paradoxical that highly relevant political forces, while waving the banner for the protection of the Canary Islands' heritage, should base the main insular economy on a development-oriented monopoly which is extremely detrimental to the most intrinsic values of the island and its culture. In the opinion of a number of observers and analysts, including the organisation which I represent, there is no difference between the attitudes of top officials on the Canary Islands and Lanzarote and those maintained by outside investors: those who come eagerly to this and the other islands in the archipelago for the purpose of taking advantage of the present situation of growth to make investments, with no regard for the surroundings, and set about building or creating infrastructures which will have a great impact on the environment and are, in many cases, unnecessary.

In the meantime, this haphazard economic boom is calling for more labour, the demographic rate is rising spectacularly and there are massive immigrations of outsiders in numbers and in forms which the various sectors of the native population are finding hard to assimilate. Parallel to this, the number of automobiles is increasing uncontrollably to the detriment of public services in an area which is visited by nearly two million people a year while the arteries of communication by road are reaching saturation point. It is a form of progressive

collapse which is also being detected in schools and colleges and health centres, amongst other services.

As a direct effect of such a worrying phenomenon, the deterioration of natural ecosystems multiplies in a geographical area where over 45 per cent of the territory is protected and which, just to complete the parody, has been declared as a Reserve of the Biosphere by UNESCO.

It is at this point where nature, like a mirror, reflects the wounds inflicted by the hand of man. Of particular importance in the most seriously affected ecosystems are the marine ecosystems on the littoral platforms, the salt marshes and coastal sandbanks, the dune and sand systems, the soily-stoney flats, the thermophilic woodland, historical volcanism and the volcanic passages. Within this scope, responsibility lies above all with those behind the town-planning, public works, tourism and energy policies in the sense that, with no criteria for sustainability, they foster the installation of large-scale infrastructures in the form of electrical wiring, generators, concrete and asphalt, more suitable for a European capital than for an island like Lanzarote.

Then again, the dispersion of duties and responsibilities and the lack of initiatives and backing for the agricultural and fishing sectors not only go against the sustainability criteria established in the concept of Lanzarote as a Reserve of the Biosphere but also supersede the diversification of the economy, increase the degree of dependence on the outside world for products consumed internally and, littler by little, corrode the rural culture which has characterised Lanzarote for centuries.

Inside the ecological framework, which is the true pillar of the island's economy and quality of life, the effects of the development process are showing a distressing loss of biodiversity if compared with the degree of deterioration seen as recently as 20 years ago. For instance, geological matter is extracted over the length and breadth of the island, including the Chinijo Archipelago, thus irreversibly disfiguring ecosystems and places of interest such as volcanic sands, hillsides of volcanic cones, volcanic caves and lava corridors, along with plains used for farming. In many cases, the matter is extracted in the heart of protected natural spaces, thus violating environmental legislation. Another phenomenon worth mentioning is the sad absence of recycling and management systems for solid and liquid waste, leading to alarming increases in the levels of contamination within insular territory and on the shoreline.

According to figures from the WWF/Adena Canarias, between 70 and 80 per cent of dumped waste released to the sea fails to comply with the Coastline Act of 1988, so affecting the biological strata of a narrow, fragile platform. The decrease in species of fish, the proliferation of plagues in the intertidal and sub-tidal zone and the ongoing disappearance of phanerogams and species of marine flora have, over the last 20 years, been occurring in succession at an incredible speed (in a matter of five years, the meadows of *Zoostera noltii* have diminished by 75 per cent on the Arrecife shoreline, despite the fact that this area is still home to 38.2 per cent of the Canary Islands' benthonic species). On Lanzarote at the present time, there are more than 15 species of terrestrial flora in imminent danger of extinction.

As for fauna, it is estimated that 27 animal species are in urgent need of recovery projects on account of the population regressions triggered by the actions of man. From the start of the century to the present day, at least five zoological species have disappeared from Lanzarote as a result of varying forms of human pressure. Today, the accumulation of oil dumped deliberately into the sea by cargo vessels, the pressure of tourism on cetacean populations, poaching and the widespread catching and commercialisation of young fish, the use of non-selective fishing methods, the sadly-lacking treatment of the toxic and highly toxic waste which is thrown daily into the sea, the transformation of the coastline into areas of "enjoyment" through the thoughtless use of concrete, together with the proliferation of rubbish tips and dumping grounds on the shore, are all clear examples of how the actions of man affect the sensitive biological diversity of the coasts of Lanzarote.

Summing up, the use and regulation of the territory, and of the ecological values present in all their forms, calls for rigorous approaches to make economic progress compatible with the true conservation of the nature of this, the island of rabbits. If mechanisms of this kind are not put in place, if the fraud of green or ecological tourism, presented to us as champion and decoy by the tourism industry, is not laid bare, then progressively, the insular space will suffer the loss, already evident, of its individuality, appeal and identity, coupled with the obvious economic potential embodied in tourism.

With an outlook such as this, with an ever-increasing tendency to worsen, it is of the utmost importance to design strategies on the basis of criteria of consensus, sensitivity and a future-oriented, long-term view. The deployment of society, galvanised through discrepancy while united by the will to achieve a model which will benefit Lanzarote's society and

natural heritage as a whole, is the only viable, rational way to find a balance for the economic future and to attain an acceptable degree of quality of life for the population. This can be done by means of promoting environmental education and traditional values at schools and colleges, encouraging self-sufficiency and diversification in the primary and energy sectors and defending the general interest from minority, speculative interests by denouncing the latter. There are certainly plenty of examples available for a coherent approach to this challenge, but to adapt and extrapolate them requires feeling and above all, determination. Lots of determination.

ARCHITECTURAL ECOLOGY AND THE INTEGRAL WORK OF ART

Juan Antonio Ramírez

The most forceful parables about the effect of architecture on the environment have come to us through science fiction. Who can forget that city-planet, completely covered in buildings, described by Stanislaw Lem in the fictional saga of *Foundation*? There are, however, many writers, film directors and illustrators who have presented us with images and descriptions similar to those of the famous Polish novelist: all of them depict worlds in which vegetation is seldom found or has disappeared altogether; it is no longer possible to gaze upon things like mountains, the course of rivers and torrents, the sea or passing clouds. It is, of course, a question of hyperboles, but it is highly significant that such imaginary projections should have become increasingly frequent in the field of the arts.

It is no secret to anybody that they reflect the painful reality of our world: the earth's landscape has changed more in the last 100 years than in all the preceding centuries since the appearance of *homo sapiens*. Recent decades have enhanced our awareness of physical-chemical changes which are not immediately obvious to us but bear a close relation to the maintenance of life. I am thinking of things like the poisoning of subterranean waters, holes in the ozone layer or the warming up of the polar icecaps. Architecture and territorial planning play an uncomfortable role in all this as their effects are noticeable at once,

triggering unanimous popular criticism. Nowadays, the axiom whereby less construction is tantamount to greater respect for the environment seems to have been accepted by the majority of people. Nevertheless, it should not be forgotten that we also consider architecture necessary: nobody questions the fittingness of providing us with better homes and collective facilities (schools, hospitals, cultural and administrative centres, factories and so on). What is the solution to this apparent contradiction? To what extent has contemporary culture addressed this dilemma? I shall try to answer these questions by referring briefly to three periods in the history of twentieth century architecture that are essentially concomitant with as many distinct attitudes to the problem facing us.

Initially, the Modern Movement did not approach the question of architectural quantity, nor was it too concerned about the possible destruction of the natural environment through the disproportionate growth of cities. There were, it is true, some reflections on the matter, as shown by the organicism of Wright or the urbanistic conceptions of Le Corbusier. Let us recall the criticism of the aedilitian concentration of Manhattan devised by this great Swiss architect, and his proposal that the population be concentrated in huge housing blocks, with lots of green spaces in between. The urbanistic theories of the Modern Movement were mildly ecological, globally considered, paying more attention to the organisation and rationalisation of functions than to the control of growth. Above all, these pioneers were interested in the pureness of the new formal language, vying with those who would cling to academic eclecticism. A new repertoire of positive metaphors (among which there were some "biological" ones) took over from the columns, pediments and pinnacles of nineteenth century historicism as the stylistic reference point and it was assumed that this simple operation, applied on a large scale, would make a notable improvement to living conditions on the planet.

In the sixties, some of the misunderstandings born of this attitude were cleared up: without too much difficulty, speculative development had assimilated the linguistic repertoire of the Modern Movement, using it to flood the world with urbanistic manoeuvres of questionable moral correctness and poor aesthetic quality. From this time onwards, a number of marked ecological tendencies started to appear, upholding anything from *de-architecturisation* pure and simple to the invention of countless constructive, eco-friendly solutions: underground architecture; the return to certain traditional materials (such as mud); mega-structures

whereby the population would be concentrated in a handful of locations, leaving the rest of the earth in tact, etc. By and large, all these ideas came hand in hand with energy proposals for the recovery of human waste or for obtaining electricity by harnessing solar, wind, marine or geothermal energy. It is clear that emphasis was not so much on the forms as on the processes of architectural production and the ways in which it would be consumed.

However, from the eighties onwards, something else began to show signs of change: with the abandonment of ecological romanticism, considered by some to be rather impractical, a neo-modern attitude sprung up, consisting of a combination of two equally powerful forces: the quest for maximum aesthetic quality and the advantageous use of all resources while causing the least possible damage to the environment. In trying to avoid "optical pollution", it is taken for granted that a building of great technical and artistic quality will, in itself, constitute an improvement to the area in which it is located. Great importance is attached to things like the harnessing of solar energy, the recycling of sewage and so on. Thus, ecological concern seems to shift from architecture to constructive engineering, from the drawing board to the computers of the chemist and the economist.

In any event, it does not seem feasible to assume a dogmatic standpoint at the present time: we should limit construction but, as we cannot bring it to a complete standstill, we should demand maximum aesthetic and functional quality. This is of particular importance for tiny ecological utopias such as Lanzarote, which have also, or fundamentally, been built as the creations of an artist. It is essential that they continue to exist as experimental laboratories or reserves that can be used to fuel the collective imagination. Here, it would not be a question of respecting a protected, natural landscape but of accepting a territory as a total ecosystem (which includes architecture and territorial organisation, together with inhabitants and visitors), to be pampered, restored and put on display: an island as an integral work of art.

A SWING TOWARDS SUSTAINABILITY? WHAT COUNTS IS PARTICIPATION

Enric Tello

At the meeting held in Malmö, Sweden, in June 2000, about a hundred ministers for environment made a seldom-heard statement to the world: they acknowledged that they were failing in their efforts to put a brake on the deterioration of the environment. "There is an alarming gap between commitments and action," they said. "The main challenges vis-à-vis nature, as pinpointed at the Rio de Janeiro Summit Meeting of 1992, have become globalised and aggravated by the unsustainable consumerist habits of the West." It was not the first time that sustainable *rhetoric*, elevated anywhere and everywhere to the realm of the politically correct, was held up in public against the absence of real *solutions* to suit the purpose. This had already happened at the Club of Rome in 1991, when reference was made to the culture of sustainability and the new role of non-governmental organisations as players in the *first world revolution*. What was new about Malmö was that this should be openly admitted by the very ministers whose job it is to remedy the degradation of the natural systems by which we are sustained.

It was a declaration of helplessness. To rub salt into the wound, some people might describe it as incompetence. The ministers' honesty, however, is to be appreciated. To my mind, this is precisely the starting point we need to start shifting sustainable development from the limbo of well-intended rhetoric to the hard, conflictive, interesting reality of daily life. It is not within the reach of a ministry, or even of all the governments of the world together, to

veer the tendencies now forcing their way towards permanent deterioration onto the path of sustainability. Nor is it a task for false titans or hoodwinking tribunals. It is, purely and simply, a *common* task.

In terms of action, the new culture of sustainability is an invitation to take part. Participation alone will enable us to pull ourselves out of the mire; but the participation of whom? Of all those men and women who, in one way or another, are already taking part in the game which leads, blindly and stubbornly, to non-sustainability. Participation in what? In anything that is now fanning environmental degradation. Unless we all do something about it, there can be no solution.

Far too often do we see how the various cogs in the machinery pass the buck to one another. Corporations say that the products and services they sell are what the customers are asking for. Governments claim that they must comply with the preferences of those who elect them. Surveys show that, when it comes to the environment, consumers and voters are extremely wary of corporations and governments, all the more so when they are way beyond our reach. However, alone and isolated, we are not in a position to bring our good intentions to fruition. We are told time and time again that the future of the planet is in our hands. Scattered about here and there, with no voice of our own, there is precious little that we can do to save it. At the market, we are forced to buy what the corporations supply. If, as is so frequently the case, environmental dissatisfaction affects nearly all the products and services available to the buyer, we shall hardly be able to use our purchasing power as a means of expression. As real freedom of choice is curtailed, the language of prices becomes mute for the environment. Our dissatisfaction as consumers then impels us to move from the private interests of the market to the collective, public sphere.

When it is time for the next elections, we shall be asked to vote and thus, we shall have a second opportunity. However, when the moment of truth comes and we find ourselves in front of the ballot box, our choice is restricted to "packages" of fixed lists of candidates, backed up by manifestos; always supposing that we are able to distinguish them, that is, as they are more like varying combinations of the same ingredients. When choosing what or whom to vote for, one must consider a lot of things at the same time, having been submitted to a barrage of political messages which seldom bear any relation to day-to-day problems. From private powerlessness in our choice as consumers, we move to a position of negligible

power in the exercise of our right to vote in the public sphere. Socio-ecological dissatisfaction clashes with the limitations of the market and with the poor democratic quality of the form of public representation which Robert Dahl calls *polyarchy*.

Obviously, at the end of the day, products are sold and parties win votes, albeit fewer and fewer as time goes by. And the wheel goes on turning: corporations and governments are of the belief that, in taking their decisions, they are limiting themselves to meeting the demands of their customers and voters. This, however, is not true. With every decision they take (and all of them, with no exception, affect the environment to a greater or lesser extent), they are *interpreting* the will of each citizen and each consumer. If the citizens' wishes are not too compatible or indeed, are completely incompatible with one another, then the governments sift them into an order of importance. According to surveys on the citizens' perception of socio-environmental problems, this interpretation leaves a lot to be desired. This vicious circle takes us straight back to the impasse referred to by the ministers involved in Malmö.

Albert Hirshman and Amartya Sen have shown us how to understand this impasse as a problem of freedom of speech. *Loyalty* deteriorates because the dissatisfaction felt by people in their twofold capacity as consumers and citizens fails to find *a way out*, either in the private sphere of the market or in the established forms of political representation. When this happens, *the only option left is the use of one's own voice* to make oneself heard, protest and propose. As a result, and because the services rendered free of charge to all and sundry by nature's systems belong to the category of public property, the socio-environmental conflict becomes a problem of the first order for the man in the street.

What may technically be considered a metabolic imbalance in human society's relationship with the biosphere, turns into a democratic challenge within society itself. When sustainability manages to step out of the circle of the experts, it becomes an emergent issue for the citizenry and projects itself towards the public scope, calling for an improved quality of democracy. This is the other democracy, described by Jürgen Habermas as being based on dialogue and deliberation, on *the inclusion of the other* as part of the problem and the solution; the one that looks on the human condition itself as a network of interdependencies. We need a democracy of participation to find new institutive consensuses and new public instruments with which to regulate and lead the blind activity of the market to scenarios of greater sustainability in a democratic manner. This is already

being termed by some as "environmental democracy".

Groups of ecologists and other non-governmental organisations exist for the purpose of putting an end to the socio-environmental impasse in which both the market and the state find themselves. Their voice is heard in the midst of the unsustainable silence of the channels established to organise and regulate our life in society. Nevertheless, their mission as mediators also gives rise to misunderstandings, especially if we believe that their proven generosity, which does not compete either for our money nor for our vote, is sufficient to sort it all out "for us". Their true *raison d'être* is another: to open up spaces and opportunities for the new environmental democracy. They are the bearers and makers of new instruments which will enable us to come out of our helpless state. But they neither want, nor can, nor should substitute our participation as it is on this, and this alone, that progress towards real solutions depends.

If you feel bewildered by so many declarations of good environmental intentions, which smack of the incongruous when there is so much ecological deterioration staring us in the face; if you feel alone and helpless on account of the disproportion between the immenseness of the task and the apparent lack of the wherewithal to carry it out; if you want to do your bit but you do not know how or where; and if, finally, you are looking for a truth detector with which to separate the chaff of those who simply preach to spruce up their image from the wholesome wheat germ where the sustainability of tomorrow lies, then have no misgivings: participation knows no deceit. Quality of life, of all forms of life, in all its dimensions, and indeed, its very future, are becoming increasingly dependent on the quality of democracy. This is what sustainability is all about.

LANZAROTE: A HANDSOME AIRCRAFT CARRIER SET ATILT BY ITS CONTAMINATING CARGO

Alfonso del Val

Lanzarote is a whole resting on the Atlantic, easy to seize because of its accessible position, size and relief. The island's evolution from what, for us, is antiquity, prehistory..., is as little known as it is surprising. As far back as the early fourteenth century, when it was rediscovered by the first tourist-adventurer, the Genoese Lancelott Malocello, it lost its name. "From the dissemination of the portulan chart, such would be the first image and the first name by which Europe would know this island"¹. This image, however, would be enhanced by the first map², which was certainly more accurate than the ones that had perhaps been the product of Pliny's and Ptolemy's dreams. We know little of the effects of that outside awareness of the island on the scant population of 1,000 or possibly 3,000 *majos*, but the idea that its rediscovery in the Middle Ages led to the first crisis of an external origin, affecting the balance between resources and population and, accordingly, waste, now a valuable source of archaeological and anthropological information, is an acceptable hypothesis.

On an expanse of 84,500 hectares, the various populations of the *ínsula de Lancelott* must have endeavoured to evolve from the ever more difficult balance between maximum productive diversification and minimum vulnerability on the one hand and between the

¹ *Majos. La primitiva población de Lanzarote*, José C. Cabrera Pérez and others. Fundación César Manrique. 1999.

² Attributed to Angelino Dubert in 1339, according to J.C. Cabrera and others (*op.cit.*).

consumption of resources and the size of the population on the other. It is obvious that there is no room for the production of waste in a situation like this. It probably did not exist at all, not even as a concept. In this, the *majos* were ahead of their time.

For six centuries, the culture of equilibrium has been maintained although it has, slowly but surely, been leaning towards a greater burden on the territory and less productive diversification. In 1950, Lanzarote accommodated 25,000 people on a highly self-sufficient productive foundation, whereby resources were put to use wisely, producing hardly any waste other than that which was easily degradable and could be ploughed back into the environment. At the time, which is not so very long ago, the *ínsula de Lancelott* was still an idyllic destination for a tourism that was practically non-existent. Income was as low as pollution and history, as unknown as experienced. The biosphere was still lacking in reserves. Over the last few decades new publishers and distributors of maps better known than Angelino Dubert's have presented the *ínsula de Lancelott* to the world. In a very short time, present-day tourist-adventurers, also from the north, have, thanks to their surplus income, progressively turned the beautiful insular plateau into the deck of a gigantic, luxury aircraft carrier anchored in the Atlantic, and its unstable balance depends, almost exclusively, on exotic factors.

In less than half a century, the cultivable surface area and hence, self-sufficiency, has diminished to negligible levels: a meagre four p.c. of the island's total. Dependence on the exterior for water³ and energy is even greater, practically total. Every year, over one- and-a-half million new tourists are drawn by this huge, ecologically atilt, luxury aircraft carrier, where they satisfy their exotic needs in an increasingly fragile, unbalanced environment. To enable them to do so, every year, 35,000 aircraft travelling 214 million kilometres are required, along with 1,800 ships, carrying 800,000 tonnes of materials, foodstuffs, water and fuels.

This economic miracle, bringing income levels that were inconceivable only 50 years ago, entails an ecological cost even more inconceivable for the same 25,000 inhabitants of 1950. Half-a-million tonnes of carbon dioxide, together with smaller, though far more dangerous amounts of other atmospheric contaminants, are added annually to the 160,000 tonnes of solid waste as a result, or through the transformation of, the large and costly external supply of food, materials and energy.

Essentially, this economic model produces income and waste, coupled with an enormous, an abysmal imbalance between knowledge, willingness and the capacity to administer and

³This is because all water consumed is previously desalinated, using imported fossil energy (hydrocarbons).

manage the two. Never before had the island had so many external resources, inadequately used and then cast aside, as those contained in waste; nor had it ever had so much know-how and so many technical solutions with which to avoid the dangerous and make the most of the beneficial. Unfortunately, this crass foolishness, known as pollution, is becoming an ever greater threat to the attractive future described by some.

This, still a privileged territory, cannot go on contaminating the air, which is not its own, with its aircraft, cars and all those inventions that supply water and other conveniences, or continue to bury the other waste, both the usable and the dangerous, in a space which, to make matters worse, once constituted the dominions of King Zonzamas⁴. This piece of the biosphere, which could still be saved from remaining ecologically atilt for ever more, cannot go on ignoring that its true output is expressed in terms of waste. To double the capacity for passenger reception (at the airport and port) involves an annual release to the atmosphere of over one million tonnes of carbon dioxide and more than 300,000 tonnes of solid waste, not to mention other, more dangerous contaminants that are difficult to evaluate.

Man cannot go on increasing, and concealing, the heavy environmental burden which is progressively weighing down and tilting this luxury aircraft carrier, while showing it off as a reserve for a form of production – the biosphere – which barely exists any more save for its great beauty. To lighten the burden is a priority target for the improvement of its seaworthiness, always supposing that a destination different from the one presented to us today has actually been determined.

An alliance between the present technical capacity to harness resources – from solar energy to waste – and the participation of Lanzarote's new society, well-informed about the risks and new possibilities of action, could form the operative basis from which to redefine the destination of this fine ship. It is necessary for the visitor to recover the old spirit of the tourist-adventurer and to leave something other than income and waste on the island when he departs.

This has already started to happen, albeit in a limited number of cases, but the potential backing of tourists from the north, keenly aware of the environmental crisis, is tremendous. Radical action for the prevention, reduction and beneficial use of waste, that is, the doctrine that all administrations claim to be following, calls for decisions which undoubtedly affect the island's loading capacity, an issue which has been sufficiently discussed and is familiar

⁴The island's last *majo* king, who lived in the Zonzomas Valley, where there are still remains of his austere palace, not far from the island's dumping ground.

to almost everybody. If we want less waste, we should set a limit on the contaminating capacity of visitors and residents and, until such time as the measures for the reduction of kilograms of waste per capita achieve the results that are deemed necessary, the individual producers will also have to be reduced, while the waste generated is used to the best advantage.

The conversion of food waste and similar into fertilisers for the recovery of productive soil, checking erosion and aiming for an ecological agriculture to give the old, fundamental self-sufficiency renewed strength, is an easy way to go about it, if the wherewithal to convert part of the present contaminating burden left by tourists and residents into something highly beneficial is both desired and available. The reuse of water containers, now disposable, would mean an annual decrease of 700 tonnes of waste of a high-quality imported material - plastic - which, having been used but once, ends up in the rubbish-bin. The organisation of the construction and demolition of buildings in such a way that the materials could be reused afterwards would mean the island's liberation from the fierce depredation of volcanic cones for conversion into coal. The harnessing of solar energy would put an end to carbon dioxide effluents and other contaminants, thus reducing dependence on energy from outside.

These are just a few examples of an immediate course of action thanks to which the new maps of a respected biosphere might portray the *ínsula de Lancelott* as a privileged destination coveted by new tourists respectful of its environment and eager to experience the new, exciting adventure of its enjoyment and conservation.

TERRITORY AND LANDSCAPE

Florencio Zoido

When I was a boy, I was taught that we, as people, can avail ourselves of three powerful tools with which to relate best to the world surrounding us: memory, understanding and will. Memory to recall the past and learn from it; understanding to recognise what matters in the present and separate it from the accessory; will to face the future and convey the best opportunities to those who come after us. Memory, understanding and will/past, present and future: an extraordinary synthesis worth considering in such delirious, reckless times as those now besetting us as we cross the threshold into the new century.

Although history races on and nothing is guaranteed for the future, there is little point in our being so presumptuous as to believe that we are its end. We are living through an episode which will soon be left behind. So far, the path pursued by humans has been replete with other periods of bewilderment and decadence. Possibly, this is why, instead of letting ourselves be influenced by so many day-to-day controversies, it is of the utmost importance that we meditate calmly about what is best for us.

On an island like Lanzarote, the territory is a fundamental, extremely limited resource. Such was the case in previous periods, when it was treated with the care reflected, amongst many other instances, in the vineyards at La Geria and the salt mines at Janubio. This is still true today: although there is evidence of abandonment in some places, there are several signs of recent, sound practice, like the mark, so familiar at some points on the island, left by César

Manrique, through his criteria and work. Space on Lanzarote will become even more scarce and crucial in the future, when there will, in all certainty, be a larger permanent population and more people wishing to enjoy the island's warm, essential beauty. That future may have as many positive aspects as the past or the present and, without any doubt, will bring its own problems and challenges.

The debate about the territory and its organisation is taking place all over the planet, in some places with a more mature, advanced approach than among ourselves. Each individual is entitled to feel more or less optimistic or pessimistic but the only worthwhile social attitude consists of trying to rise to the challenges appearing at a given time and place. In a recent document, the philosopher, José Antonio Marina, has pointed out that it is indispensable to call on public institutions to act intelligently in the search for good solutions to enhance wellbeing and improve cohabitation. We cannot accept that the sole "intelligent entities" are private or that they are associated only with profit-making initiatives.

Lanzarote's *Plan Insular de Ordenación del Territorio*, or PIOT (island plan for the organisation of the territory) was given the go-ahead in 1991 and, just a few months ago, the partly-reviewed version received final approval. As I am not directly familiar with it, I dare not express an opinion as to its virtues or failings. I have heard about the attitudes and controversies surrounding it, especially with regard to the delay in the construction of tourist accommodation. I do not find it easy to make a statement about it. However, my experience in similar issues has provided me with a few general criteria. For an administration to act in compliance with a plan is a principle whose fulfilment is compulsory in developed countries; a plan must be based on the identification of causes and past and present processes and it must be future-oriented; a plan of this importance and nature must be taken as an excellent opportunity to produce ideas, reach agreements and establish a general commitment to action which should be binding for private individuals and fulfilled by all public bodies, above all by those who prepare and sanction it. Nevertheless, a plan can also be adulterated and used as a battering ram in shameful strategies or even be wielded in a Machiavellist manner to administer power arbitrarily and unlimitedly, allowing and pursuing its non-fulfilment, depending on each case; a plan that lacks adequate management bodies, a strict implementation of daily administration and discipline is more

negative than dereliction of duty or inactivity; it is a lost opportunity that fans the demoralisation and discredit of the public sphere.

The growth of all indicators, social, energy and environmental, has sounded the alarm signal, showing that Lanzarote cannot simply abandon itself to the doings and undoings of the market. Unless the more expansive trends of this mighty mechanism are corrected, it will not be long before it triggers its own crisis. This attitude of caution and prudence has already been adopted in other places where the main resources were also very limited: Venice, the Balearic Islands... Land is an indispensable asset in such an exceptional insular space as Lanzarote, characterised by a great geomorphological dynamism, by the biological fragility of a semiarid environment and by a motley collection of countless idiosyncrasies. The proliferation of buildings here, there and everywhere must be avoided and replaced by the encouragement of a moderate growth of the leading population nuclei, such as the island's capital, by making the best use of new drives towards reorganisation and the provision of facilities.

Another important factor to be taken into account is that public representatives are in their posts because citizens have elected to put them there for the purpose of taking decisions, administering and governing in accordance with the public interest, without being rushed or pressured by private individuals. The demagogic arguments brandished so frequently in the recent past are no longer valid and even less so if they are repeated by outside speculators who know nothing of the island's values or regional and local culture. The Spanish population is not living on the brink of poverty and adequate instruments and means are available to assist those in need of help, without having to sacrifice our best resources in the process. While certain decisions pushed through by private promoters bring meagre, short-lasting profits, they may give rise to long-lasting conflicts which prove extremely difficult to eradicate.

I do not know how the landscape of Lanzarote has been valued in the PIOT. It is a resource which does not crop up very often in controversies, despite the fact that it is one of the island's essential assets. At the present time, it is receiving more and more attention from international bodies like the Council of Europe, which is proposing that the entire territory be considered as a place of scenic value and is also demanding criteria of protection, management and organisation to conserve and heighten the landscape's qualities. In the plan's immediate scope of implementation, to spare a thought for the island's landscapes

could be most helpful in the conservation of what is good and the improvement of situations needing to be set right. This was pointed out not long ago by the Mayoress of Calviá, with the unquestionable logic of the most primary of syllogisms: tourism depends on touristic attraction; touristic attraction – at least in places that stand out in qualitative terms – is closely connected to scenic beauty; if this is not conserved, tourism will be affected negatively and the quality of the population's daily life will also suffer. The landscape is a key component of the environment in which one lives and of the identity of the societies that have created it through the centuries.

Many are the learned who have insisted on this last statement: the landscape is memory, it bears the footprints of the past. It is also, however, part of the present, it acts as a permanent test of good and bad practice on the territory. What is more, we can turn it into a criterion for the future and organise the territory in such a way that the beauty of the landscapes surrounding us is conserved and enhanced. We can all observe and understand the landscapes that are nearest to us or that we sense most closely. Let us hope that the territory of Lanzarote may be contemplated and admired by the island's inhabitants and its future visitors alike as they find in it the memory of the past, recognising the values of the present and building on the will to trust in the future.

FICHA TÉCNICA DE LA EXPOSICIÓN

Título

Lanzarote: el papel de la crisis

Fecha

27 octubre 2000 - 7 enero 2001

Proyecto

Fernando Gómez Aguilera

Organización y producción

Fundación César Manrique

Montaje

Servicios Técnicos Fundación César Manrique

Procedencia de las obras

Colección José M^a Gallego y Julio Rey, Madrid

Colección José M^a Pérez González, Madrid

Colección Andrés Rábago, Madrid

Colección Máximo San Juan, Madrid

Textos del catálogo

Federico Aguilera Klink

Joan Buades

Roque Calero

Antonio Estevan

Fernando Gómez Aguilera

Francisco Jarauta

Antonio Machado

José María Mendiluce

José Manuel Naredo

Ezequiel Navío

Juan Antonio Ramírez

Enric Tello

Alfonso del Val

Florencio Zoido

El catálogo Lanzarote: el papel de la crisis,
editado por la Fundación César Manrique,
se acabó de imprimir el veinte de octubre de 2000,
en los talleres de Cromoimagen, en Madrid.